

Liabona



La forma en que el Salvador bendijo a mujeres de fe, pág. 32

Por qué y cómo defender la libertad religiosa, pág. 16

La manera correcta de resolver preguntas, pág. 38



“Y Jesús les dijo: Por vuestra incredulidad; porque de cierto os digo que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible”.

Mateo 17:20

Estas semillas de mostaza, que crecen en las vainas, son la variedad que se encuentra en Israel. Para mostrarlas a escala, se incluye la imagen de un alfiler que mide un poco más de 3 cm de largo.



MENSAJES

- 4 Mensaje de la Primera Presidencia: Rodeados por Sus amorosos brazos**
Por el presidente Dieter F. Uchtdorf
- 7 Mensaje de las maestras visitantes: Los atributos de Jesucristo: Longanimidad y paciencia**

ARTÍCULOS DE INTERÉS

- 16 Ser testigos de Dios**
Por el élder Dallin H. Oaks
En un mundo que pone en tela de juicio nuestras creencias más básicas, debemos unirnos para insistir en el derecho de ejercer nuestra religión libremente.

EN LA CUBIERTA
Al frente: *Rabboni*, por Michael Malm. Cubierta interior del frente: Fotografía por David Stoker. Interior de la cubierta de atrás: Ilustración fotográfica por Cody Bell.

- 24 La rebelión de Satanás**
Por Mark A. Mathews
El comprender la rebelión de Satanás en la vida premortal puede ayudarnos a ver claramente la función de las reglas, las normas y las leyes en el plan de nuestro Padre Celestial.

- 28 Aférrate a la barra**
Por el élder Ulisses Soares
¿Cómo podemos aferrarnos a la barra de hierro y no soltarla, aun en medio de los vapores de tinieblas?

- 32 El respeto del Salvador por las mujeres**
Por Robert y Marie Lund
Podemos aprender más acerca de Cristo a través de Su interacción con estas cuatro mujeres.

- 38 Cuando surjan dudas y preguntas**
Por Adam Kotter
Tener preguntas en cuanto al Evangelio no es el problema; es lo que hacemos respecto a ellas lo que importa.

SECCIONES

- 8 Cuaderno de la conferencia de octubre de 2014**
- 10 Nuestro hogar, nuestra familia: Hablar sobre temas difíciles**
Por Sheree Lyn Clarke
- 13 Reflexiones: Abuelo, Papá**
Por Aaron L. West
- 14 Hablamos de Cristo: Toda prueba puede traer mayor fe**
Por Giorgia Murgia
- 42 Voces de los Santos de los Últimos Días**
- 80 Hasta la próxima: Edificados sobre la Roca**
Por el élder Orson F. Whitney



46

46 Lo que aprendimos de nuestros padres

La manera de trabajar, orar y confiar en el Padre Celestial son sólo algunas de las lecciones que los jóvenes adultos han aprendido de sus padres.

50 Un nuevo destino

*Por Amancay Kotecka-Miño
Gracias a mi testimonio, ahora comprendo que no estoy sola, no importa cuál sea mi próximo destino en la vida.*



Busca la Liahona que está escondida en este ejemplar.

Pista: ¿Estás descansado los domingos por la mañana?

52 Fortaleza que va más allá de la nuestra

*Por el élder David A. Bednar
El poder habilitador de la expiación de Jesucristo ayuda a aquellos que desean mejorar y servir más fielmente.*

56 No juzgues quién está listo

*Por Randall L. Ridd
Nunca se sabe quién está listo para recibir el Evangelio.*

58 Ten el valor de compartir el Evangelio

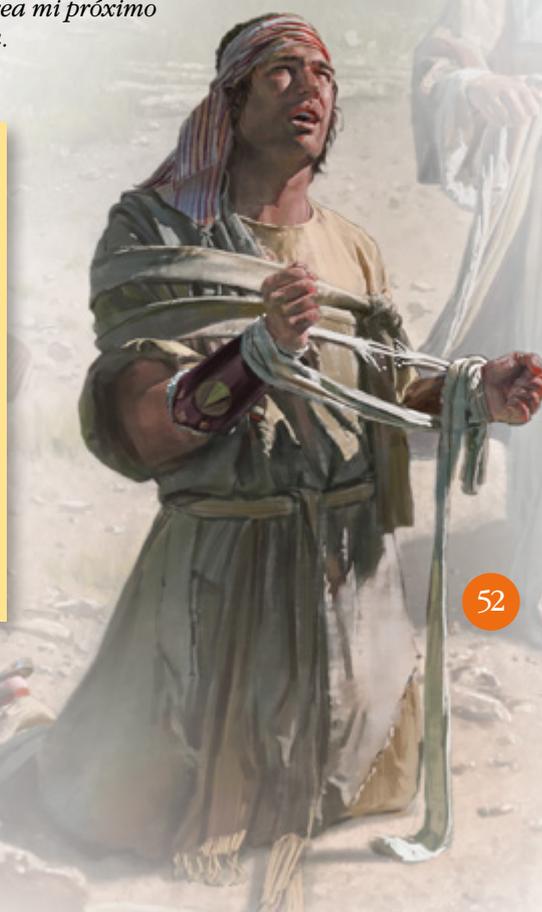
Tres maneras en las que podemos superar nuestro temor de compartir el Evangelio.

60 Recuerda que es decisión de ellos

El tener éxito en compartir el Evangelio depende de lo que tú hagas, no de lo que hagan los demás.

62 Extender invitaciones y hacer el seguimiento

Once maneras en las que puedes “pasar” la oportunidad a tus amigos de venir a Cristo.



52



77

66 Contar secretos

*Por David Dickson
Algunos secretos son demasiado importantes para no contarlos.*

68 ¿Cuándo debo decir algo?

*Por Jan Pinborough
¿Cómo puedo saber si debo guardar o contar un secreto?*

69 Testigo especial: ¿Por qué debemos escuchar la conferencia general?

Por el élder Robert D. Hales

70 Preparándonos para la Pascua de Resurrección

Utiliza esta actividad durante la semana previa a la Pascua a fin de prepararte para celebrar la resurrección de Cristo.

72 Entendimiento inmediato

*Por Richard M. Romney
Lee sobre cómo Magnolia ayudó a su nueva amiga Mia a sentirse bienvenida en la Primaria.*

74 La hora de las Escrituras: El relato del hombre prudente y del hombre insensato

Por Jean Bingham

76 Página para colorear

77 Escrituras bajo las estrellas

*Por Bonnie L. Oscarson
Al mirar las estrellas y escuchar a mi hermano, sentía calidez y felicidad en mi interior.*

78 Para los más pequeños: Dormir el sábado y sonreír el domingo

Por Miche Barbosa

Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en español.

La Primera Presidencia: Thomas S. Monson, Henry B. Eyring, Dieter F. Uchtdorf

El Quórum de los Doce Apóstoles: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson, Neil L. Andersen

Editor: Craig A. Cardon

Asesores: Mervyn B. Arnold, Christoffel Golden, Larry R. Lawrence, James B. Martino, Joseph W. Sitati

Director administrativo: David T. Warner

Director de operaciones: Vincent A. Vaughn

Director de Revistas de la Iglesia: Allan R. Loyborg

Gerente administrativo: Garff Cannon

Editor administrativo: R. Val Johnson

Editor administrativo auxiliar: Ryan Carr

Ayudante de publicaciones: Lisa C. López

Redacción y revisión: Brittany Beattie, David Dickson, David A. Edwards, Matthew D. Flitton, Lori Fuller, Garrett H. Garff, LaRene Porter Gaunt, Mindy Anne Leavitt, Michael R. Morris, Sally Johnson Odekirk, Joshua J. Perkey, Jan Pinborough, Richard M. Romney, Paul VanDenBerghe, Marissa Widdison

Director administrativo de arte: J. Scott Knudsen

Director de arte: Tadd R. Peterson

Diseño: Jeanette Andrews, Fay P. Andrus, Mandie M. Bentley, C. Kimball Bott, Thomas Child, Nate Gines, Colleen Hinckley, Susan Lofgren, Eric P. Johnsen, Scott M. Mooy, Mark W. Robison, Brad Teare, K. Nicole Walkenhorst

Coordinadora de Propiedad Intelectual:

Collette Nebeker Aune

Gerente de producción: Jane Ann Peters

Producción: Connie Bowthorpe Bridge, Julie Burdett, Katie Duncan, Bryan W. Gygil, Denise Kirby, Ginny J. Nilson, Gayle Tate Rafferty

Preimpresión: Jeff L. Martin

Director de impresión: Craig K. Sedgwick

Director de distribución: Stephen R. Christiansen

Coordinación de Liahona: Francisco Pineda, Patsy Carroll-Carlini

Distribución:

Corporation of the Presiding Bishop of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints
Steinmühlstrasse 16, 61352 Bad Homburg v.d.H., Germany

Información para la suscripción:

Para suscribirse o para cambios de dirección, tenga a bien contactar a servicios al cliente

Teléfono gratuito: 00800 2950 2950

Tel: +49 (0) 6172 4928 33/34

Correo-e: orderseu@ldschurch.org

En línea: store.lds.org

El precio para la suscripción de un año: EUR 5,25 para España; 2,25 para las Islas Canarias y 7,5 para Andorra.

Los manuscritos y las preguntas deben enviarse en línea a liahona.lds.org; por correo a *Liahona*, Room 2420, 50 E. North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150-0024, USA; o por correo electrónico a: liahona@ldschurch.org.

Liahona (un término del Libro de Mormón que significa “brújula” o “director”) se publica en albanés, alemán, armenio, bislama, búlgaro, camboyano, cebuano, coreano, croata, checo, chino, chino (simplificado), danés, esloveno, español, estonio, fijiano, finlandés, francés, griego, holandés, húngaro, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribati, letón, lituano, malgache, marshalés, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, suajili, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tongano, ucraniano, urdu, y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2015 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

El material de texto y visual de la revista *Liahona* se puede copiar para utilizarse en la Iglesia o en el hogar, siempre que no sea con fines de lucro. El material visual no se puede copiar si aparecen restricciones en la línea de crédito del mismo. Las preguntas que tengan que ver con este asunto se deben dirigir a Intellectual Property Office, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150, USA; correo electrónico: cor-intellectualproperty@ldschurch.org.

Para los lectores de México: Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. “Liahona” © es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100. Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

For Readers in the United States and Canada:

March 2015 Vol. 39 No. 3. LIAHONA (USPS 311-480) Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150. USA subscription price is \$10.00 per year; Canada, \$12.00 plus applicable taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah. Sixty days' notice required for change of address. Include address label from a recent issue; old and new address must be included. Send USA and Canadian subscriptions to Salt Lake Distribution Center at the address below. Subscription help line: 1-800-537-5971. Credit card orders (Visa, MasterCard, American Express) may be taken by phone. (Canada Poste Information: Publication Agreement #40017431)

POSTMASTER: Send all UAA to CFS (see DMM 707.4.12.5).

NONPOSTAL AND MILITARY FACILITIES: Send address changes to Distribution Services, Church Magazines, P.O. Box 26368, Salt Lake City, UT 84126-0368, USA.

Ideas para la noche de hogar

Este ejemplar contiene artículos y actividades que se podrían usar para la noche de hogar. Los siguientes son dos ejemplos:



“Cuando surjan dudas y preguntas”, pág. 38: Después de leer el artículo, podría analizar con su familia cuál es la diferencia que existe entre las preguntas y las dudas. Lean relatos de personas en las Escrituras que tuvieron preguntas y lo que hicieron al respecto (por ejemplo, 1 Nefi 11; Éter 2:19–3:16; José Smith—Historia 1:10–19; o las referencias que aparecen en el artículo, bajo la nota 1 del artículo).

Podría pedir a varios miembros de la familia que indiquen algunas preguntas que tengan. Luego utilice las Escrituras, lds.org/topics o experiencias personales para encontrar respuestas. El cultivar un ambiente de franqueza y honestidad en el hogar ayudará a los miembros de la familia

a sentirse cómodos para plantear sus preguntas cuando éstas surjan.

“Preparándonos para la Pascua de Resurrección”, pág. 70: Antes de la noche de hogar, escriba en tiras de papel algunos retos cotidianos. Por ejemplo: “Empiezas a enojarte cuando tu hermano no comparte sus juguetes contigo” o “Una noche observas que papá parece triste cuando llega a casa del trabajo”. Pida a sus hijos que tomen turnos para escoger una tira de papel, leer la situación hipotética y sugerir cómo podrían ellos ser como el Salvador ante esa situación. Presente la actividad de Pascua que aparece en este artículo e invite a cada uno de sus hijos a aceptar el reto de los siete días para aprender acerca de Jesucristo y seguir Su ejemplo.

EN TU IDIOMA

La revista *Liahona* y otros materiales de la Iglesia están disponibles en muchos idiomas en languages.lds.org.

TEMAS DE ESTE EJEMPLAR

Los números indican la primera página del artículo.

Albedrío, 24, 60

Amistad, 66, 72

Amor, 44

Arrepentimiento, 28, 50

Conferencia general, 45, 69

Consuelo, 4, 14

Conversión, 50

Crianza de los hijos, 10, 46

Día de reposo, 78

El Libro de Mormón, 16, 77

Estudio de las Escrituras, 43, 77, 74

Expiación, 4, 52, 70

Familia, 10, 14, 46

Fe, 14, 32, 38

Gracia, 52

Jesucristo, 4, 7, 32, 52, 70, 74

Legado, 13

Libertad, 16

Mujeres, 32

Obediencia, 16, 24, 28, 38, 45

Obra misional, 50, 52, 56, 58, 60, 62

Oración, 16, 42

Paciencia, 7

Pascua de Resurrección, 32, 70

Profetas, 45, 80

Pruebas, 14, 42

Restauración, 80

Revelación, 38, 69, 80

Secretos, 66, 68

Servicio, 44, 72

Testimonio, 38, 50, 74, 77



Por el presidente
Dieter F. Uchtdorf

Segundo Consejero de
la Primera Presidencia

RODEADOS POR Sus amorosos brazos

Al igual que muchas otras personas, con frecuencia me he sentido inspirado por bellas obras de arte y piezas musicales. Una de esas ocasiones fue al hallarme ante una magistral pintura del artista danés Frans Schwarz, titulada *La agonía en el huerto*¹.

Esta bella pero dolorosa pintura representa al Salvador arrodillado en el jardín de Getsemaní. Mientras ora, un ángel junto a Él lo rodea en un tierno abrazo, brindándole consuelo, socorro celestial y apoyo.

Cuanto más contemplo esa pintura, más se ensanchan mi corazón y mi mente con inefables sentimientos de ternura y gratitud. Puedo sentir, en una pequeña medida, lo que debe haber sido estar presente cuando el Salvador dio comienzo a Su gran obra culminante en la mortalidad, tomando sobre Sí los pecados del mundo. Me maravillan el amor y la compasión infinitos que el Padre siente por Sus hijos; me invade una profunda gratitud por lo que el Hijo sin pecado hizo por toda la humanidad y por mí.

El sacrificio del Hijo de Dios.

Cada año, en esta época, conmemoramos el sacrificio que Jesucristo hizo por todo el género humano y meditamos sobre ello.

Lo que el Salvador hizo por nosotros entre Getsemaní y el Gólgota excede mi capacidad de comprensión. Él tomó sobre Sí la carga de nuestros pecados y pagó un rescate vinculante y eterno no sólo por la transgresión original de Adán, sino también por los pecados y las transgresiones de las miles de millones de almas que han vivido. Ese eterno y sagrado sacrificio hizo que aun “Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu” (D. y C. 19:18).

Él sufrió por mí; Él sufrió por ustedes.

Mi alma rebosa de gratitud cuando contemplo el precioso significado de ese sacrificio; me siento humilde al saber que todos los que acepten ese don e inclinen a Él su corazón pueden ser perdonados y limpiados de sus pecados, no importa cuán oscura sea la mancha o cuán pesada su carga.

Podemos volver a ser puros y sin mancha. Podemos ser redimidos mediante el sacrificio eterno de nuestro amado Salvador.

¿Quién nos consolará?

A pesar de que ninguno de nosotros tendrá que experimentar jamás la profundidad de lo que sufrió el Señor,



Él será más que un ángel para nosotros; nos traerá consuelo bendito, esperanza y perdón, porque Él es nuestro Redentor, nuestro Libertador, nuestro misericordioso Salvador y nuestro bendito Dios. ■

NOTA

1. El sacerdote que habló en el funeral de Frans Schwarz dijo: "Su arte era un regalo divino que valía más que muchos sermones" (Emmille Buchanan-Whitlock, "History of Artists' Lives Gives Greater Context for Exhibit", *Deseret News*, 29 de septiembre de 2013, deseretnews.com).

todos tendremos nuestras propias horas de oscuridad y amargura, momentos en los que la pena y el dolor tal vez parezcan más de lo que podemos soportar. Habrá momentos en los que el peso y el remordimiento por nuestros pecados caerán sobre nosotros sin piedad.

Aun así, si elevamos nuestro corazón al Señor en esos momentos, sin duda Él sabrá y entenderá. Aquél que tan abnegadamente sufrió por nosotros en el huerto y sobre la cruz no nos dejará

sin consuelo ahora. Él nos fortalecerá, nos dará aliento y nos bendecirá. Él nos envolverá en Sus amorosos brazos.

CÓMO ENSEÑAR CON ESTE MENSAJE

Antes de enseñar, procure la guía del Espíritu para ayudarle a comprender las necesidades específicas de aquellos a quienes enseñe. Al compartir extractos del mensaje del presidente Uchtdorf, comparta su testimonio del Salvador y de Su sacrificio redentor. Considere la posibilidad de preguntar a quienes enseña qué significa para ellos la Expiación y cómo han sentido el consuelo del Señor durante sus "horas de oscuridad y amargura".

Victoria por medio de Jesucristo

Nombre omitido

Comer en exceso era un problema para mí. Mis constantes atracones me producían un angustioso sentimiento de culpa, frustración y decepción, y cuando intentaba superar mi problema, me sentía muy débil.

Durante mucho tiempo, olvidé el hecho de que la expiación de Jesucristo no sólo nos salva, sino que también nos



redime y nos perfecciona, y eso se aplica incluso a mi obviamente imperfecto hábito de comer en exceso.

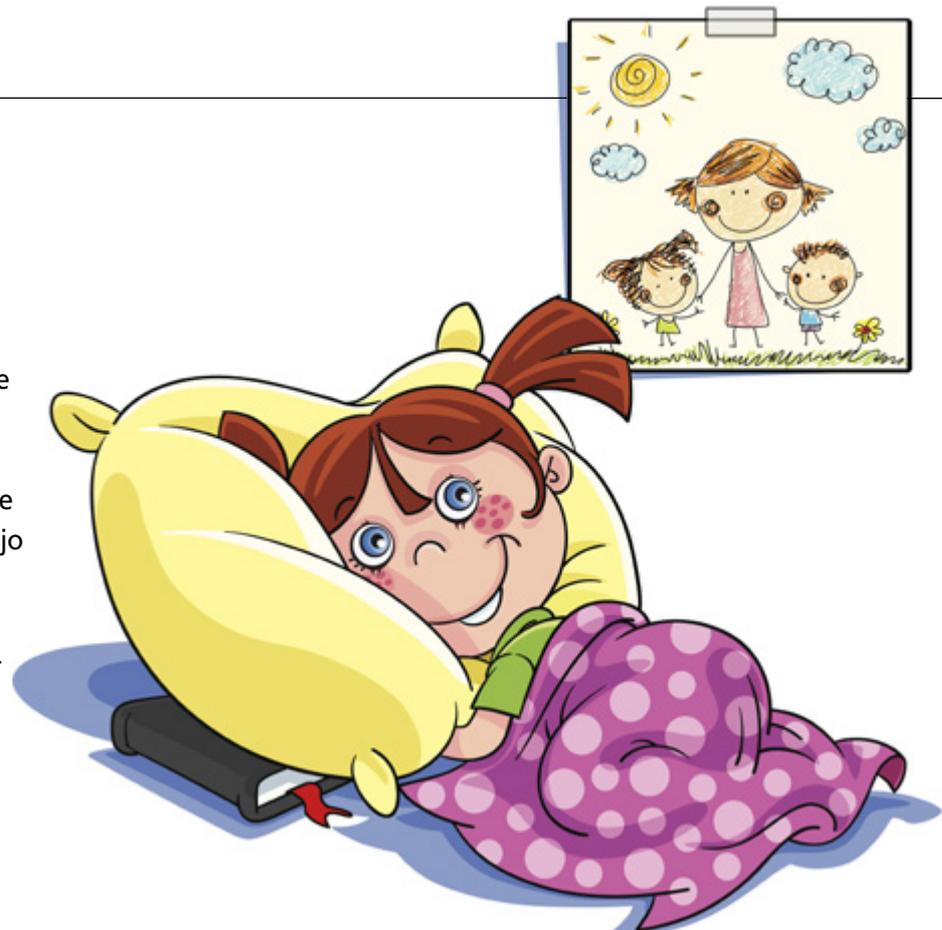
Decidí entregarme a mi Salvador. Oré y admití con sinceridad mi debilidad y la necesidad que tenía de Su gracia; luego le pedí al Padre Celestial que al día siguiente me bendijera con Su ayuda divina. Esa noche sentí la seguridad de que un amoroso Padre tenía el deseo inmensurable de ayudar a Su hijo y el incuestionable poder para cumplir Su voluntad.

Desde aquella noche, la comida no ha vuelto a tener esa abrumadora influencia sobre mí. Sé que Jesucristo es la razón de mi éxito. Al igual que Pablo, estoy aprendiendo que “todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13), y trato de nunca olvidar otra lección que enseñó Pablo: “Sean dadas gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57).

NIÑOS

El Salvador te consolará

Pregunta a un miembro de tu familia o a un amigo sobre alguna ocasión en que se haya sentido consolado por el Salvador. Intenta pensar en un momento en que el Salvador te consoló. Podrías hacer un dibujo de esa experiencia y colgarlo junto a tu cama para ayudarte a recordar que Jesucristo siempre estará allí para consolarte.



Con espíritu de oración, estudie este material y procure saber lo que debe compartir. ¿De qué manera el entender la vida y la misión del Salvador aumentará su fe en Él y bendecirá a las hermanas que están bajo su cuidado en el programa de maestras visitantes? Si desea más información, visite reliefsociety.lds.org.

Los atributos de Jesucristo: Longanimidad y paciencia

Este artículo es parte de una serie de mensajes de las maestras visitantes que presentan atributos característicos del Salvador.

Con frecuencia pensamos en la paciencia como un rasgo silencioso y pasivo, pero tal como dijo el presidente Dieter F. Uchtdorf, Segundo Consejero de la Primera Presidencia, "...la paciencia no es ni una resignación pasiva, ni es dejar de actuar por causa de nuestros temores. Ser paciente significa esperar y perseverar de forma activa. Significa persistir en algo... incluso cuando los deseos de nuestro corazón se ven demorados. ¡La paciencia no es simplemente sobrellevar las cosas, sino hacerlo bien!".

En la vida premortal, nuestro Padre Celestial preparó un plan para nosotros, Sus hijos procreados en espíritu, y clamamos con gran gozo ante la oportunidad de venir a la Tierra (véase Job 38:7). A medida que escogemos poner nuestra voluntad en armonía con la Suya durante nuestra vida terrenal, Él "[nos hará]



instrumentos en [Sus] manos, para la salvación de muchas almas" (Alma 17:11).

El presidente Uchtdorf continúa: "Paciencia significa aceptar lo que no se puede cambiar y encararlo con valor, gracia y fe. Significa estar '[dispuestos] a [someternos] a cuanto el Señor juzgue conveniente imponer sobre [nosotros], tal como un niño se somete a su padre' (Mosiah 3:19). En última instancia, paciencia significa ser 'firme, constante e inmutable en guardar los mandamientos del Señor' (1 Nefi 2:10) a toda hora de cada día, incluso cuando hacerlo sea difícil"¹.

Otras Escrituras

Salmos 40:1; Gálatas 5:22–23;
2 Pedro 1:6; Alma 17:11

NOTA

1. Dieter F. Uchtdorf, "Continuemos con paciencia", *Liahona*, mayo de 2010, págs. 57, 59.



Fe, Familia, Socorro

De las Escrituras

Las Escrituras nos dicen que, en nuestra vida terrenal, deberemos "[ser] pacientes en las aflicciones, porque [tendremos] muchas". Luego Dios nos da esta consoladora promesa: "...pero sopórtalas, pues he aquí, estoy contigo hasta el fin de tus días" (D. y C. 24:8).

El siguiente relato de la Biblia es un ejemplo de paciencia y fe:

"Y una mujer que padecía de flujo de sangre desde hacía doce años... tocó el borde [del] manto [de Cristo]; y al instante cesó su flujo de sangre..."

"Y Jesús dijo: ...Alguien me ha tocado, porque yo he percibido que ha salido poder de mí.

"Entonces, cuando la mujer vio que no había pasado inadvertida, vino temblando y, postrándose delante de él, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa le había tocado y cómo al instante había sido sanada.

"Y él le dijo: Hija, tu fe te ha sanado; ve en paz" (Lucas 8:43–48).

Al igual que ella, nosotras podemos encontrar bendiciones y consuelo, y aun sanación, al acercarnos a Jesucristo, cuya Expiación nos puede sanar.

Considere lo siguiente

Según el relato de Lucas 8, ¿cómo fue recompensada la mujer por esos años de paciencia y después por su fe en Jesucristo?

CUADERNO DE LA CONFERENCIA DE OCTUBRE DE 2014

“Lo que yo, el Señor, he dicho, yo lo he dicho... sea por mi propia voz o por la voz de mis siervos, es lo mismo” (D. y C. 1:38).

A medida que repase los discursos de la Conferencia General de octubre de 2014, puede utilizar estas páginas (y los cuadernos de la conferencia de futuros ejemplares) para ayudarle a estudiar y aplicar las enseñanzas recientes de los profetas y apóstoles vivientes, así como de otros líderes de la Iglesia.

PUNTOS DOCTRINALES DESTACADOS



El cuidado de los pobres y los necesitados

“En cierta ocasión, un periodista le preguntó a la Madre Teresa de Calcuta sobre su imposible tarea de rescatar a los destituidos de aquella ciudad; le dijo que, estadísticamente hablando, ella no estaba logrando nada. Aquella mujer pequeña y extraordinaria le contestó que su obra era una obra de amor, no de estadísticas... dijo que ella podía observar el mandamiento de amar a Dios y a su prójimo al servir a los que estaban *a su alcance* con cualquier recurso que tuviera... De manera sensata, el periodista concluyó que el cristianismo *no* era, obviamente, una labor estadística...

“De modo que, ¿cómo es posible ‘hacer lo que podamos’?...”

“En este sentido, rindo un tributo personal al presidente Thomas Spencer Monson... la imagen de él que atesoraré hasta que muera es la de él en pantuflas en el vuelo de regreso a casa procedente de, en ese entonces, una devastada Alemania Oriental, porque no sólo había regalado su segundo traje y sus otras camisas, sino también los zapatos que llevaba puestos”.

Véase del élder Jeffrey R. Holland, del Quórum de los Doce Apóstoles, “¿No somos todos mendigos?”, *Liahona*, noviembre de 2014, págs. 40, 41 y 42.

UNA PROMESA PROFÉTICA



Bendiciones celestiales

“Quizás en momentos [difíciles] nos preguntemos: ‘¿De verdad

tenemos que obedecer *todos* los mandamientos de Dios?’.

“Mi respuesta a esa pregunta es sencilla:

“¡Creo que Dios sabe algo que nosotros no sabemos, cosas que están más allá de nuestra capacidad para entender! Nuestro Padre Celestial es un Ser eterno cuya experiencia, sabiduría e inteligencia son infinitamente más grandes que las nuestras [véase Isaías 55:9]...”

“Parte de nuestro desafío, creo yo, es que imaginamos que Dios tiene todas Sus bendiciones encerradas en una nube enorme en el cielo, negándose a darnoslas a menos que cumplamos con ciertos requisitos estrictos y paternalistas que ha impuesto. Pero los mandamientos no son así en absoluto. En realidad, nuestro Padre Celestial está constantemente derramando bendiciones sobre nosotros; son nuestros temores, dudas y pecados los que, al igual que un paraguas, impiden que esas bendiciones lleguen a nosotros”.

“Sus mandamientos son instrucciones amorosas y la ayuda divina para que cerremos el paraguas a fin de que podamos recibir la lluvia de bendiciones celestiales”.

Presidente Dieter F. Uchtdorf, Segundo Consejero de la Primera Presidencia, “Vivir el Evangelio con gozo”, *Liahona*, noviembre de 2014, pág. 121.

Llene el espacio en blanco

1. "Cuando _____ las malas decisiones, ya sean grandes o pequeñas, que no van de acuerdo con el Evangelio restaurado, perdemos las bendiciones y las protecciones que necesitamos". (Quentin L. Cook, "Eliján sabiamente", pág. 48.)
2. "De acuerdo con las normas del mundo, seguir al profeta puede ser poco popular, políticamente incorrecto o socialmente inaceptable. Pero seguir al profeta es siempre _____". (Carol F. McConkie, "Vivir de acuerdo con las palabras de los profetas", pág. 78.)
3. "El rebajar las normas del Señor al nivel del comportamiento social inapropiado es _____". (Lynn G. Robbins, "¿Hacia dónde miramos?", pág. 10.)
4. "Existe _____ absoluta en un mundo que cada vez más desdeña y repudia los absolutos. En un día futuro, 'toda rodilla' se doblará y 'toda lengua' confesará que 'Jesucristo es el Señor'... (Filipenses 2:10-11)". (David A. Bednar, "Vengan y vean", pág. 110.)

Herramientas para tu hogar

"...podrías evaluar la manera en que usas cada una de [esas herramientas]; después, busca la guía del Señor para determinar

cómo podrías utilizarlas mejor". Élder Richard G. Scott, "Haz del ejercicio de tu fe tu mayor prioridad", pág. 93.

1. La oración
2. El estudio de las Escrituras
3. La noche de hogar
4. La asistencia al templo



Para leer, ver o escuchar los discursos de la conferencia general, vaya a conference.lds.org.

Respuestas: 1. Justificamos;
2. lo correcto; 3. apostasía;
4. la verdad.

HABLAR SOBRE TEMAS DIFÍCILES

Por Sheree Lyn Clarke

Psicóloga clínica; Servicios para la Familia SUD

Cuando sus hijos afronten desafíos, es importante hablarles de una manera que fortalezca la relación que tiene con ellos.

Como padre, usted reconoce el valor que tienen los desafíos y las pruebas para el progreso de sus hijos, pero aún así, es difícil verlos pasar por dificultades. Sin embargo, esas dificultades pueden darle la oportunidad de edificar una relación sólida con sus hijos al fomentar un ambiente de amor en el hogar. El presidente Gordon B. Hinckley (1910–2008) alentó a los padres a que proporcionaran esa clase de entorno: “Mi súplica —y cuánto desearía ser más elocuente para expresarla— es el ruego ferviente de salvar a los niños. Demasiados de ellos viven con dolor y temor, en la soledad y en la desesperación. Los niños necesitan la luz del sol; necesitan felicidad; necesitan amor y cuidado”¹.

Existen muchos temas difíciles a los que podrían enfrentarse sus hijos, como por ejemplo: el acoso entre compañeros, lenguaje soez, hacer trampas en la escuela, atracción hacia las personas del mismo sexo, trastornos alimenticios, depresión y pensamientos suicidas. Como padres Santos de los Últimos Días, ustedes saben que “tienen el deber sagrado

de criar a sus hijos con amor y rectitud”²; pero, ¿cómo hacen frente a la situación cuando sus hijos luchan con asuntos difíciles, ya sea en su propia vida o en la de sus amigos? Las siguientes son algunas pautas:

Hagan preguntas que fomenten la conversación. Podrían hacer preguntas como ésta: “Parece que algo te preocupa; ¿quieres hablar de ello?”. Esa pregunta no sólo demuestra que ustedes se han dado cuenta de que algo le preocupa a su hijo, sino que también abre la puerta para que él o ella comparta tanto como desee al respecto.

Una vez que su hijo(a) haya compartido algo sobre el asunto, podrían responder: “Gracias por decírmelo, y gracias por confiarme esa información. Me imagino cómo te sentirás. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?”.

Esa clase de reacciones amorosas tienden a abrir los canales de la comunicación. Es importante que sus hijos sepan que ustedes son sinceros; un abrazo o una mirada comprensiva pueden también expresar una preocupación sincera y franca.

Escuchen para entender. El élder Russell M. Nelson, del Quórum de los Doce Apóstoles, dijo: “Los niños, por naturaleza, anhelan contar sus experiencias... y el momento de escuchar es cuando alguien necesita que lo escuchen. Si tratan de expresar su angustia, ¿podemos escuchar algo sorprendente sin entrar en un estado de shock? ¿Podemos escucharlos sin interrumpir y sin hacer juicios repentinos que cierren la puerta al diálogo? Podemos mantener abierta esa puerta si les hacemos saber que confiamos en ellos y comprendemos lo que sienten. Los adultos no deben hacer de cuenta que algo no ha sucedido sólo porque quisieran que no hubiese sucedido”³.

Demuestren respeto. Las Escrituras brindan una guía excelente sobre la manera de crear un ambiente de amor y respeto. Fíjense en algunas





de las palabras clave de Doctrina y Convenios 121:41–42: *persuasión* (no fuerza), *longanimidad* (no obediencia obligada e inmediata ni impaciencia), *benignidad* (no comunicación acalorada, agresiva e intensa), *mansedumbre* (no respuestas orgullosas o dominantes), *bondad* (no cruel manipulación), y *amor sincero* (expresiones genuinas y sinceras de amor). A medida que intensificamos nuestra conversión, “la manera de tratar a los demás se llena cada vez más de

paciencia, bondad, una tierna aceptación, y un deseo de desempeñar un papel positivo en sus vidas”⁴.

Eviten la crítica. Los padres Santos de los Últimos Días se esfuerzan por modelar su vida de acuerdo a la del Salvador, cuyas interacciones con los demás estaban llenas de amor, empatía y preocupación sincera. Incluso cuando las personas habían cometido pecados graves, Él los exhortó al arrepentimiento, pero no los condenó (véase Juan 8:3–11). Eviten criticar a

sus hijos, lo cual puede crear en ellos falta de autoestima y de confianza; en lugar de ello, encuentren y destaquen lo bueno en cada uno de sus hijos.

Controlen su ira. “Mejor es el que tarda en airarse que el poderoso” (Proverbios 16:32), y “el espíritu de contención... es del diablo, que es el padre de la contención, y él irrita los corazones de los hombres, para que contiendan con ira” (3 Nefi 11:29). La ira aleja el Espíritu y tiene el potencial de destruir las frágiles relaciones entre

padres e hijos. En una conferencia general, el presidente Hinckley dijo: "...les suplico que dominen su carácter; que sonrían, lo cual borrará el enojo; hablen con palabras de amor y paz, aprecio y respeto. Si lo hacen, tendrán una vida sin remordimiento; preservarán su matrimonio y las relaciones familiares; y serán mucho más felices"⁵.

Fortalezcan la relación. Todas estas sugerencias pueden ser útiles, pero si no pueden recordarlas cuando se encuentren en medio de una conversación difícil con uno de sus hijos, simplemente pregúntense: "¿Cómo puedo utilizar esta situación con mi hijo como una oportunidad para fortalecer nuestra relación?". Después escuchen y sigan la inspiración que reciban.

Sigan esforzándose. El ser padres puede ser sumamente difícil, pero aún así, pueden lograr el éxito si se siguen

esforzando. El presidente Howard W. Hunter (1907–1995) brindó estas palabras de aliento: "Los padres que han tenido éxito son los que han amado, los que se han sacrificado, los que se han preocupado, han enseñado y han atendido a las necesidades de sus hijos. Si han hecho todo eso y aún así su hijo es desobediente, contencioso o mundano, puede muy bien ser que, a pesar de ello, sean buenos padres"⁶. ■

La autora vive en Sudáfrica

NOTAS

1. Gordon B. Hinckley, "Salvemos a los niños", *Liahona*, enero de 1995, pág. 66.
2. "La Familia: Una Proclamación para el Mundo", *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
3. Véase de Russell M. Nelson, "Escuchad para aprender", *Liahona*, julio de 1991, pág. 23.
4. Véase de Marvin J. Ashton, "La lengua puede ser una espada aguda", *Liahona*, julio de 1992, pág. 21.
5. Véase de Gordon B. Hinckley, "Tardos para airarse", *Liahona*, noviembre de 2007, pág. 66.
6. Véase de Howard W. Hunter, "¿Se ha extraviado vuestro hijo?", *Liahona*, enero de 1984, pág. 115.

HABLAR CON LOS ADOLESCENTES

El hablar en cuanto a los desafíos es difícil en sí, pero puede serlo aún más con adolescentes, quienes luchan por formar su propia identidad, una que sea independiente a la de sus padres. Los adolescentes afrontan enormes presiones académicas, emocionales y sociales, y los amigos y compañeros a veces ponen en tela de juicio su sistema de creencias y valores. La relación que tienen con sus padres se vuelve más frágil en ese punto de su desarrollo, y no es raro que los adolescentes terminen sintiéndose confusos, solos, ansiosos, inciertos, desvalidos, aislados e incluso deprimidos.

Los padres que comprenden y que son sensibles a esos desafíos, que tienen que ver con el desarrollo de los jóvenes, están mejor preparados para ayudar a sus hijos adolescentes en una época en que éstos más necesitan a los padres.



ABUELO, PAPÁ

Por Aaron L. West

Servicios de Publicación de la Iglesia

Imagínense a tres mil misioneros reunidos en un salón grande; dos mil novecientos noventa y nueve de ellos hablan entusiasmados y dirigen la mirada hacia el mismo lugar del salón. Algunos están de puntillas; algunos dan saltos para captar un rápido vistazo por encima de los que están de puntillas; y otros están de pie sobre sillas plegables. Un misionero está sentado en una silla plegable, con los codos sobre las rodillas, los puños cerrados y la cabeza gacha.

Tal vez no haya sido exactamente lo que pasó, pero así es como lo recuerdo; fue como me sentí; yo era ese misionero.

Al imaginar esa escena, pensarían que me sentía solo o triste, pero en realidad estaba pasando por uno de los momentos más felices de mi vida, un momento que he revivido muchas veces desde entonces.

Me encontraba en el centro de capacitación misional de Provo, Utah, preparándome para servir como misionero de tiempo completo en la Misión Ecuador Quito. El presidente Gordon B. Hinckley (1910–2008), que en aquel



entonces era el Primer Consejero de la Primera Presidencia, fue a hablarles a todos los misioneros del CCM.

Al concluir la reunión, empezó el alboroto. Me di cuenta de que la gente no se dirigía hacia las puertas, de modo que le pregunté a otro élder qué estaba pasando.

“El nieto del presidente Hinckley está aquí en el CCM”, dijo, “¡el presidente Hinckley acaba de alejarse del estrado para ir a darle un abrazo!”

Tras esa explicación, el élder se subió a la silla para ver mejor, y exclamó: “¡Caray!, ¿no sería fantástico que el presidente Hinckley fuera tu abuelo?”.

Yo amaba y respetaba al presidente Hinckley, y me había sentido inspirado por el mensaje que nos había dado ese día; pero en ese momento pensé en algo que hizo que me sentara en la silla en vez de ponerme de pie sobre ella. En medio de todo ese alegre entusiasmo, me senté callado y pensé: “Estoy seguro que sería fantástico tener al presidente Hinckley como abuelo, pero no cambiaría a mi abuelo Felt ni al abuelo West por él”. Levanté la cabeza y me sentí lleno de gratitud al meditar en mi legado, en mi familia; y después, me vino a la mente otro pensamiento, más potente que el primero: “Además, soy un hijo de Dios”. Sabía que yo, como nieto de un dentista y de un supervisor de fábrica, tenía tanto valor como el nieto de un profeta. ¿Por qué? Los dos teníamos el mismo Padre Celestial.

Al final, los otros 2.999 misioneros se dirigieron hacia las puertas de ese inmenso salón. Me uní a ellos, más preparado para servir al Señor de lo que había estado unos minutos antes. ■

TODA PRUEBA PUEDE TRAER MAYOR FE

Por Giorgia Murgia

Cuando a los siete años me enteré de que mi padre había muerto en un accidente, oré por un milagro.

De niña, uno de mis momentos predilectos del día era esperar a que papá llegara del trabajo. Al asomarme por la ventana y verlo venir, contaba cada uno de sus pasos hasta que llegaba a casa, esperando entusiasmada la alegría que nos traía. Nunca pensé que tendría que vivir sin ese sentimiento.

Un día, cuando yo tenía siete años, en lugar de papá llegó un hombre con cara seria que se paró a la puerta y nos dijo que mi padre había muerto en un accidente.

Ese día permanecí en silencio; miré a mi hermano de cuatro años y a mi madre, tan jóvenes y solos, y no lloré; no pensaba que pudiera ser cierto, de

modo que fui hasta la ventana y me quedé viendo la calle. Empecé a sentir una fuerza abrumadora sobre los hombros, un peso que no me permitía respirar normalmente, una presión que me sofocaba.

Poco después de la muerte de mi padre, me fui sola a mi habitación con la luz tenue del atardecer y, tal como se me había enseñado, oré a mi Padre Celestial; le supliqué que me permitiera ver a mi amado padre una vez más, para darle un abrazo. En el corazón tenía la certeza de que mi Padre Celestial podría concederme ese milagro.

Ese día no vi a mi padre ni lo abracé, pero se me concedió mucho más; fue como si hubiese sentido las manos del Salvador sobre mis hombros. Su presencia fue casi tangible al quitarme el peso que me oprimía el pecho.

Ahora, más de veinte años después, nunca he dejado de sentir ese alivio. A veces he sentido tristeza, pero nunca vacío por la pérdida de



EL SALVADOR PUEDE SANAR Y FORTALECER

“...gracias a Su infinito y eterno sacrificio (véase Alma 34:14), [el Salvador] tiene perfecta empatía y nos puede extender Su brazo de misericordia. Él puede tendernos la mano, conmovernos, socorrernos, sanarnos y fortalecernos para ser más de lo que podríamos ser y hacer lo que no podríamos si nos valiésemos únicamente de

nuestro propio poder...

“Las cargas particulares de nuestra vida personal nos ayudan a confiar en los méritos, la misericordia y la gracia del Santo Mesías (véase 2 Nefi 2:8). Testifico y prometo que el Salvador nos ayudará a soportar nuestras cargas con facilidad (véase Mosiah 24:15)”.

Élder David A. Bednar, del Quórum de los Doce Apóstoles, “Soportar sus cargas con facilidad”, *Liahona*, mayo de 2014, pág. 90.



Ahora, más de veinte años después, nunca he dejado de sentir el alivio que me brindó el Salvador. Muchas veces el Espíritu ha venido a consolarme, ayudarme y mostrarme cómo seguir el camino.

mi padre. Puedo mirar hacia atrás y ver las muchas veces que el Espíritu ha venido a consolarme, ayudarme y mostrarme cómo seguir los benditos pasos del Salvador. Siento Su presencia en mi vida gracias a esa primera prueba, lo cual me ayuda a ver los problemas cotidianos con una perspectiva eterna. Sé que el tener el Evangelio en nuestra vida es lo que nos permite sentir la caricia invisible de la mano del Salvador.

Contraí matrimonio por la eternidad, y ahora mi esposo y yo tenemos tres niñas, quienes han traído un toque del cielo a nuestro hogar. Cuando las veo, me regocijo en la paz y el conocimiento de que toda

aflicción, prueba y desafío de la vida puede brindar mayor fe, un nuevo testimonio y milagros maravillosos. Me regocijo en la profunda certeza de que cuando ellas necesiten algo que

esté más allá de lo que mi esposo y yo podamos concederles, ellas serán protegidas, consoladas y salvas, tal como lo fui yo. ■

La autora vive en Cerdeña, Italia.

APRENDER DE LAS PRUEBAS

Si bien es importante orar para pedir fortaleza y ayuda durante las pruebas, también es importante orar para aprender de esas pruebas. Ustedes pueden orar para tener “ojos para ver [y] oídos para oír” (Deuteronomio 29:4) las tiernas misericordias y gracia del Señor en su vida (véase Éter 6:12).

Consideren la posibilidad de escribir en su diario personal algunas de las lecciones que hayan aprendido y algunas de las evidencias del amor del Padre Celestial que hayan sentido durante un tiempo difícil de su vida.



SER testigos DE DIOS

Como la “sal de la tierra”, nosotros, los Santos de los Últimos Días, debemos retener nuestro sabor mediante el vivir nuestra religión y reafirmar que somos testigos de Dios.



Por el élder
Dallin H. Oaks
Del Quórum de los
Doce Apóstoles

Vivimos en un mundo donde muchos niegan la existencia de Dios o la importancia de Sus mandamientos. Espero que lo que diga les sirva para ser más eficaces en su deber de testificar acerca de Dios y de actuar a favor de la verdad y la rectitud.

I.

Empiezo con los primeros tres Artículos de Fe:

“Nosotros creemos en Dios el Eterno Padre, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo.

“Creemos que los hombres serán castigados por sus propios pecados, y no por la transgresión de Adán.

“Creemos que por la Expiación de Cristo, todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio” (Artículos de Fe 1:1–3).

Un gran profeta del Libro de Mormón enseñó esas mismas verdades:

“Creed en Dios; creed que él existe, y que creó todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra; creed que él tiene toda sabiduría y todo poder, tanto en el cielo como en la tierra; creed que el hombre no comprende todas las cosas que el Señor puede comprender.

“Y además, creed que debéis arrepentiros de vuestros pecados, y abandonarlos, y humillaros ante Dios, y pedid con sinceridad de corazón que él os perdone” (Mosíah 4:9–10).

En contraste, hoy día hay muchas personas que niegan la existencia de Dios o dudan de ella, e insisten en que todas las reglas de conducta las ha instituido el hombre y que se pueden aceptar o rechazar a nuestro antojo.

¿Por qué razón hablo sobre esas verdades básicas tal como la existencia de Dios y la realidad de las irrefutables verdades del bien y del mal que gobiernan nuestro comportamiento? A veces, lo más importante que podemos enseñar son cosas que damos por hecho. Podemos descuidar simples verdades básicas porque suponemos que todos las entienden, pero no es así. Debemos hacer hincapié en las verdades fundamentales sobre las que se basan nuestras creencias. Básicamente, éstas incluyen la existencia de Dios y la realidad eterna de las verdades y de lo bueno y lo malo, según lo definen Sus enseñanzas y Sus mandamientos.

II.

En la actualidad, el rechazar a Dios o el restarle importancia al papel que Él desempeña en los asuntos de los hombres, que comenzó con el Renacimiento, se ha generalizado. El encomio del razonamiento humano ha tenido resultados buenos y malos. Los adelantos de la ciencia han ocasionado innumerables mejoras en nuestra vida, pero el rechazo de la autoridad divina como la base suprema de lo bueno y lo malo por parte de aquellos que han sustituido a Dios por la ciencia ha hecho que muchas personas religiosas se pregunten: “¿Por qué la voluntad de cualquiera de los brillantes filósofos liberales [o incluso la voluntad de cualquiera de los poderes de la Corte Suprema de los Estados Unidos]... tiene más relevancia en cuanto a las decisiones morales que la voluntad de Dios?”¹.

Aquellos que se han valido del razonamiento humano para suplantar la influencia divina en su vida se han menoscabado a sí mismos y, a la vez, han devaluado a la civilización.

Estoy agradecido por saber que hay dos métodos para obtener conocimiento: el método científico y el espiritual; de los cuales el segundo comienza con la fe en Dios y se basa en las Escrituras, la enseñanza inspirada y la revelación personal. No existe un conflicto definitivo entre el conocimiento que se obtiene mediante estos métodos diferentes, porque Dios, nuestro omnipotente Padre Eterno, conoce toda la verdad y nos manda que aprendamos por medio de ambos.

Las profecías de los últimos días predicen gran

oposición a la verdad y a la acción inspiradas. Algunas de esas profecías tienen que ver con el anticristo, y otras mencionan la iglesia grande y abominable.

Anticristo

El apóstol Juan utiliza el término anticristo para describir a aquel que “niega al Padre y al Hijo” (1 Juan 2:22). Hoy día, a los que niegan la existencia de Dios se los llama ateos. Algunos de ellos ridiculizan la fe de los que creen en lo que no se puede probar, mientras que, al mismo tiempo, niegan de manera agresiva una existencia divina que no pueden refutar.

El relato del Libro de Mormón sobre un hombre que se llamaba Korihor nos prepara para ese tipo de rechazos de Dios. En términos que evocan los escritos más ateos de nuestros días, Korihor, a quien en dos ocasiones se lo llamó un “anticristo” (Alma 30:6, 12), enseñó:

“He aquí, no podéis saber de las cosas que no veis; por lo tanto, no podéis saber si habrá un Cristo.

“Miráis hacia lo futuro, y decís que veis la remisión de vuestros pecados. Mas he aquí, esto no es sino el efecto de una mente desvariada; y este trastorno mental resulta de las tradiciones de vuestros padres que os inducen a creer en cosas que no existen” (Alma 30:15–16).

Korihor también declaró “que no se podía hacer ninguna expiación por los pecados de los hombres”. La descripción que hizo del resultado de rechazar la idea del pecado y a un Salvador es extraordinariamente parecida a la creencia de muchas personas de nuestra época; dijo que “...en esta vida a cada uno le tocaba de acuerdo con su habilidad; por tanto, todo hombre prosperaba según su genio, todo hombre conquistaba según su fuerza; y *no era ningún crimen el que un hombre hiciese cosa cualquiera*” (Alma 30:17; cursiva agregada).

Relativismo moral

Hoy día, a la filosofía de Korihor la llamamos relativismo moral. Dos observadores describen esa filosofía de la siguiente manera: “En lo que respecta a asuntos morales, no hay respuestas universalmente objetivas que sean correctas o incorrectas, ni hay fallos inapropiados o apropiados, ni hay maneras razonables o racionales mediante las cuales se puedan efectuar distinciones morales que sean pertinentes en todo momento, en todo lugar y a toda persona”².

Ésta es la creencia de la que se valen muchas personas en los medios populares de comunicación y en respuesta a la presión social. “Libérate de las reglas antiguas, y haz lo



“El humanismo hace del hombre un dios, el ser supremo; y la mente humana educada se convierte en el árbitro de todo lo que es verdadero, bueno y bello”.

que te dé placer. No hay que rendir cuentas aparte de lo que las leyes del hombre o la censura pública impongan en los que sean sorprendidos haciéndolo”. Tras esas ideas radica la suposición de que no hay un Dios o que, si lo hay, Él no ha dado ningún mandamiento que se aplique a nosotros en la actualidad.

Humanismo secular

El rechazo de un Dios cuya existencia no se puede probar, y la negación de lo bueno y lo malo tienen gran influencia en el mundo de la educación superior. El humanismo secular, una rama del humanismo que probablemente se ha designado de ese modo debido a su gran convergencia con el secularismo, se demuestra de manera deliberada o inadvertida en las enseñanzas de los integrantes de las facultades de muchos colegios y universidades.

Para las personas religiosas, el factor cuestionable de las diversas filosofías humanistas

es su rechazo a la existencia de Dios y su negación de las verdades absolutas morales que se basan en Sus mandamientos. En efecto, el Manifiesto Humanista de 1973 rechazó los “códigos tradicionales de la moral” y “las religiones dogmáticas o autoritarias tradicionales que ubican a la revelación, a Dios, al ritual o a un credo por encima de las necesidades y las experiencias humanas”. Además, declaraba: “...no podemos descubrir ningún propósito divino... para la especie humana... los seres humanos somos responsables por lo que somos y en lo que nos convertiremos. Ninguna deidad nos salvará; debemos salvarnos a nosotros mismos”³.

Naturalmente, los partidarios del humanismo, a quienes se les da el nombre de humanistas, han hecho muchas contribuciones positivas; por ejemplo, han apoyado la democracia, los derechos humanos, la educación y el progreso material. En tanto que esos adelantos no excluyan a los creyentes,



A Nefi se le dijo, por revelación, que había sólo “dos iglesias”: “la iglesia del Cordero de Dios” y “la iglesia del diablo”.

el conflicto que tenemos con los humanistas es su rechazo de la autoridad divina y los valores divinos.

Tal como ha escrito Chauncey Riddle, ex profesor de filosofía de la Universidad Brigham Young: “El humanismo hace del hombre un dios, el ser supremo; y la mente humana educada se convierte en el árbitro de todo lo que es verdadero, bueno y bello”. También nos recuerda que el humanismo “disfrutó de buena cobertura por parte de la prensa en el mundo de hoy porque la mayoría de los autores, publicistas, eruditos y corresponsales son partidarios de esa creencia”⁴.

Muchas de las personas que niegan o dudan de la existencia de Dios probablemente rechacen la filosofía del relativismo moral. Se consideran personas que tienen ciertas normas externas en cuanto a lo bueno y lo malo, aunque las normas absolutas que no se basan en la creencia en Dios sean difíciles de explicar. Los humanistas seculares, que formalmente rechazan “la moralidad religiosa tradicional” y declaran su dependencia de “las pruebas de la evidencia científica”⁵, parecen cumplir una profecía del Libro de

Mormón sobre aquellos “que [viven] sin Dios en el mundo” (Mosíah 27:31).

La grande y abominable iglesia y otras “iglesias”

Las profecías del Libro de Mormón describen la “iglesia grande y abominable de toda la tierra, cuyo fundador es el diablo” (1 Nefi 14:17). Se ha profetizado que esta “iglesia” tendrá “dominio sobre toda la tierra, entre todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos” (1 Nefi 14:11). Habiéndosele denominado “la más abominable de todas las demás iglesias”, esta iglesia también actúa “por motivo de las alabanzas del mundo” para traer “a los santos de Dios... al cautiverio” (1 Nefi 13:5, 9).

Debido a que ninguna denominación religiosa, ya sea cristiana o no, jamás ha tenido “dominio” sobre todas las naciones de la Tierra o el potencial de llevar a todos los santos de Dios al “cautiverio”, esta grande y abominable iglesia debe ser algo mucho más generalizado y extendido que una sola “iglesia”, según entendemos ese término hoy día. Debe ser cualquier filosofía u organización que se opone a la creencia en Dios. Y el “cautiverio” al que esta “iglesia” procura

llevar a los santos no será tanto un confinamiento físico, sino el cautiverio de falsas ideas.

A Nefi se le dijo, por revelación, que había sólo “dos iglesias”: “la iglesia del Cordero de Dios” y “la iglesia del diablo” (1 Nefi 14:10; véase también 13:4–6). Esta descripción implica el contraste entre aquellos que creen en Dios y procuran servirle de acuerdo a su mejor entendimiento, y aquellos que rechazan la existencia de Dios (véase 1 Nefi 14:10).

Otras enseñanzas del Libro de Mormón también utilizan la palabra *iglesia* para representar el creer en Dios o no creer en Dios. Los últimos capítulos de 2 Nefi profetizan que en los últimos días los gentiles establecerán “muchas iglesias” que “[menospreciarán] el poder y los milagros de Dios, y [predicarán] su propia sabiduría y su propia instrucción, para enriquecerse” (2 Nefi 26:20). Hablan de “iglesias que se [han] establecido, mas no para el Señor” (2 Nefi 28:3), que “enseñarán con su conocimiento” y “[negarán] el poder de Dios” (2 Nefi 28:4, 5). Dirán “al pueblo: Escuchadnos y oíd nuestro precepto; pues he aquí, hoy no hay Dios” (2 Nefi 28:5).

En el ministerio del Salvador entre los nefitas, Él advirtió en cuanto a una iglesia que no está “edificada sobre mi evangelio, [sino que] está fundada en los hechos de los hombres, o en las obras del diablo” (3 Nefi 27:11; véase también la enseñanza en cuanto “al grande y espacioso edificio” en 1 Nefi 8:26–33; 11:35; y 12:18). Estas advertencias no se limitan a las organizaciones religiosas. En las circunstancias de nuestros días, incluyen una multitud de filosofías y actividades seculares.

III.

Muchas personas que creen en Dios y en el bien y el mal que existen debido a Sus mandamientos, son objeto de escarnio y ridículo debido a las enseñanzas del mundo y la negación de Dios que muchas organizaciones manifiestan, incluso las instituciones educativas y los medios de comunicación. Ese tipo de desafíos que se profetizaron son los que afronta el número cada vez más reducido de personas temerosas de Dios que comparten nuestra creencia en Dios, y en el bien y el mal que existen debido a Sus mandamientos. Esto es únicamente una repetición de lo que existió en la época del Salvador.

Aunque estamos “atribulados en todo”, no estamos “angustiados” (2 Corintios 4:8). Sabemos que nuestro progreso

espiritual requiere “una oposición en todas las cosas” (2 Nefi 2:11). También sabemos que el Señor “considera conveniente castigar a su pueblo; sí, él prueba su paciencia y su fe” (Mosíah 23:21). No obstante, las Escrituras también enseñan que Él librará a aquellos que pongan su confianza en Él (véase 1 Samuel 17:37, 45–46; Salmos 34:22; Proverbios 3:5–6; Alma 36:27; 38:5).

A continuación sugeriré tres clases de cosas que podemos hacer en respuesta a las condiciones actuales, empezando con la más fácil. Todas éstas responden a la gran enseñanza del Libro de Mormón de que debemos “ser testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar en que [estemos], aun hasta la muerte” (Mosíah 18:9).

Honrar el nombre y la influencia de Dios

Se nos enseña a “creer en Cristo y no negarlo” (2 Nefi 25:29); a “[elevar] hacia [Cristo] todo pensamiento; no [dudar]; no [temer]” (D. y C. 6:36); y a “[hablar] de Cristo”, “[regocijarnos] en Cristo”, y a “[predicar] de Cristo” (2 Nefi 25:26). Dos formas para lograrlo son: en nuestras oraciones privadas y en nuestros saludos personales.

En nuestras oraciones privadas y familiares, debemos pedirle a Dios que nos ayude a nosotros, a nuestro prójimo y a nuestros líderes a reconocer a Dios nuestro Creador, y el bien y el mal que establecen Sus mandamientos. Debemos hacerlo por el bien de Sus hijos de todas partes.

También debemos mantenernos firmes contra la tendencia actual de abstenerse de hacer referencias religiosas incluso en las comunicaciones privadas. En años recientes, la inclusión de símbolos religiosos y palabras reverentes en las tarjetas de felicitaciones navideñas o en las tarjetas de condolencias casi ha desaparecido. Al tomar decisiones en cuanto a esa clase de comunicaciones, no debemos participar en eliminar los recordatorios sagrados de nuestras comunicaciones personales. Como creyentes, tenemos el deber de preservar el nombre y la influencia de Dios y de Cristo en nuestras conversaciones, nuestra vida y nuestra cultura.

Reconocer públicamente las bendiciones de Dios

Apoyen el reconocimiento público de las bendiciones de Dios. Con ello, procuramos contrarrestar la decreciente mención de la fe religiosa y las referencias a Dios y a Sus bendiciones en nuestro diálogo público. Comparen, por ejemplo, los actuales documentos públicos y la retórica de los líderes gubernamentales de los Estados Unidos con los documentos y las palabras similares de líderes durante

los dos primeros siglos de este país. En esa comparación, verán evidencia de los esfuerzos deliberados para suprimir las referencias a Dios y la influencia de la religión en la fundación y la preservación de los Estados Unidos.

¿Qué podemos hacer al respecto? Primeramente, podemos dar un buen ejemplo en las enseñanzas de nuestra familia y la Iglesia al reconocer las bendiciones del Señor en nuestra vida y en nuestras naciones. Para hacerlo “con prudencia y orden” (Mosíah 4:27), no debemos dar la impresión de que negamos que nuestras naciones incluyen a ciudadanos con creencias judías, musulmanas y otras religiones, así como ateos, y que sean bendecidas por ellos; pero debemos hablar con la verdad en cuanto al hecho de que, por ejemplo, los Estados Unidos fue fundado por personas y líderes que eran predominantemente cristianos y que incorporaron los principios de su fe en la Constitución, las leyes y la cultura de la nación⁶.

En una reciente disertación del hermano Clayton Christensen, profesor de la Facultad de Administración de Empresas de Harvard y ex Setenta de Área, él insiste en que la religión es el cimiento de la democracia así como de la prosperidad. Nos recuerda que tanto la democracia como el capitalismo dependen de la extensa obediencia hacia lo que no se puede obligar a las personas a cumplir, y que este requisito depende de las religiones que enseñan elementos básicos tales como “la igualdad de la gente, la importancia de respetar el derecho ajeno, y la honradez e integridad personales”. El secularismo, que pretende desplazar la religión teísta, no tiene el poder ni el programa para proporcionar lo que el hermano Christensen llama “la base necesaria de la vasta obediencia a lo que no se puede obligar a las personas a cumplir”⁷.

Defender el libre ejercicio de la religión

Defiendan el libre ejercicio de la religión. Esto es más difícil debido a que requiere la acción colaboradora de creyentes de varias fes. Donde exista el libre ejercicio de la religión garantizado por el gobierno, debemos insistir a los oficiales gubernamentales que honren tales garantías. Referente a ello, haré hincapié en sólo dos ejemplos de preocupación actual.

El primero se refiere a orar en público. Se eleva una oración cuando las personas se dirigen al Ser Divino, sea cual fuere el concepto que tengan de Dios y como quiera que elijan dirigirse a Él. Sin importar el contenido de la oración, el cual variará según la creencia de la persona que ora, cuando se ofrece una oración en un entorno público, es

importante como afirmación o símbolo de la dependencia común del grupo en Dios y de reverencia hacia Él. Ésta es la naturaleza de las oraciones que se ofrecen al comenzar las asambleas legislativas o reuniones de consejo, y en los juramentos que se hacen antes de ofrecer testimonio en un tribunal o en los nombramientos a puestos oficiales. Cualquiera que sea el concepto que tenga de Dios la persona designada para orar, y cualquiera sea su persuasión religiosa o el lenguaje que utilice en la oración, espero que testifiquemos nuestra creencia en Dios mediante el símbolo de la oración ofrecida de manera prudente y tolerante. Eso es algo que vale la pena defender.

Segundo, debemos estar alertas para oponernos a los oficiales gubernamentales y a los defensores de las pautas públicas que proponen que el libre ejercicio de la religión se limita a la “libertad de culto”. En los Estados Unidos, por ejemplo, la garantía del “libre ejercicio” protege el derecho de salir de nuestros entornos privados, incluyendo iglesias, sinagogas y mezquitas, para actuar de acuerdo con nuestras creencias, sujetos únicamente a los poderes legítimos del gobierno que se necesitan para proteger la salud, la seguridad y el bienestar públicos. El libre ejercicio ciertamente protege a los ciudadanos religiosos al actuar según sus creencias en los debates de normas públicas y al votar como ciudadanos o legisladores.

Como dijo el élder Jeffrey R. Holland, del Quórum de los Doce Apóstoles, en un potente discurso dirigido a una audiencia de líderes cristianos de toda la nación, nosotros, los Santos de los Últimos Días, estamos “deseosos de unir nuestras manos... para garantizar la libertad de culto que nos permita a todos expresarnos en asuntos de conciencia cristiana relacionados con los problemas sociales de nuestra época”⁸.

Necesitamos dar nuestro apoyo a los grupos de líderes religiosos y de gente temerosa de Dios que se están unificando para defender la cultura tradicional de la creencia en Dios y el reconocimiento de Sus bendiciones.

IV.

Para terminar, hago notar a todos los creyentes de todas partes que tenemos el solemne deber religioso de ser testigos de Dios. Debemos ratificar nuestras creencias religiosas, unirnos para insistir en el derecho del libre ejercicio de nuestras religiones, y honrar su función vital para establecer, preservar y prosperar a las naciones.



Necesitamos dar nuestro apoyo a los grupos de líderes religiosos y de gente temerosa de Dios que se están unificando para defender la cultura tradicional de la creencia en Dios y el reconocimiento de Sus bendiciones.

Les recuerdo a mis colegas cristianos la solemne enseñanza del apóstol Juan:

“...y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y éste es el espíritu del anticristo, del cual vosotros habéis oído que había de venir, y que ahora ya está en el mundo” (1 Juan 4:3).

Las consecuencias de no hablar como testigos de Dios son evidentes en la enseñanza de nuestro Salvador acerca de la sal que ha perdido su sabor. Mezclada con otras sustancias —al igual que a nosotros nos pueden diluir los valores del mundo— pierde su influencia singular al mezclar la masa; tal como el Salvador enseñó: “No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres” (Mateo 5:13).

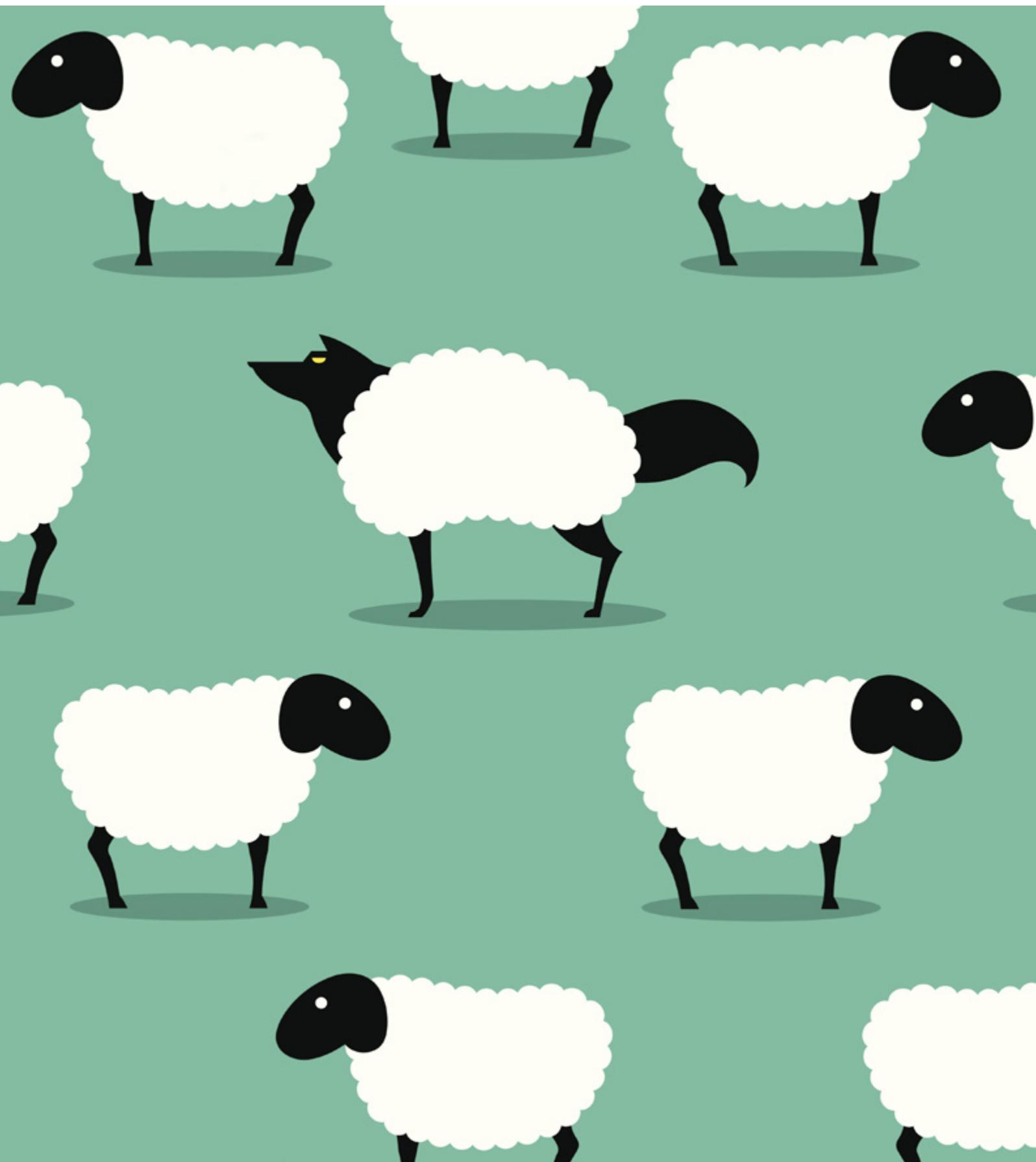
Como la “sal de la tierra” (Mateo 5:13), nosotros, los Santos de los Últimos Días, debemos retener nuestro sabor mediante el vivir nuestra religión y reafirmar que somos testigos de Dios. Al hacerlo, nos asociamos con aquellos que disfrutarán la máxima

victoria de verdad y rectitud, cuando “se doblará toda rodilla... y toda lengua confesará a Dios” (Romanos 14:11) y al Señor Jesucristo, a quien adoramos y cuyos siervos somos. ■

Tomado del discurso “Testigos de Dios”, pronunciado en un devocional de la Universidad Brigham Young-Idaho, el 25 de febrero de 2014. Para leer el texto completo en inglés, vaya a www2.byui.edu/DevotionalsandSpeeches.

NOTAS

1. Stephen L. Carter, *The Culture of Disbelief: How American Law and Politics Trivialize Religious Devotion*, 1993, pág. 226; véase el capítulo 11, en términos generales.
2. Francis J. Beckwith y Gregory Koukl, *Relativism: Feet Firmly Planted in Mid-Air*, 1998, págs. 12–13.
3. Véase de Paul Kurtz, *El Manifiesto Humanista II*, Asociación Civil 20 de setiembre (versión en línea).
4. Chauncey Riddle, *Think Independently: How to Think in This World but Not Think with It*, 2009, págs. 120, 121.
5. Véase de Paul Kurtz, *El Manifiesto Humanista II*, Asociación Civil 20 de setiembre (versión en línea).
6. Véase de John A. Howard, *Christianity: Lifeblood of America's Free Society, 1620–1945*, 2008, pág. 51.
7. Clayton Christensen, “Religion Is the Foundation of Democracy and Prosperity”, véase mormonperspectives.com/2011/02/08/religion-is-the-foundation-of-democracy-and-prosperity.
8. Jeffrey R. Holland, “Unidos en la causa de Cristo”, *Liahona*, agosto de 2012, pág. 26.



La rebelión de Satanás

¿Cuál es la verdadera naturaleza de lo que Satanás propuso en el concilio preterrenal?

Por Mark A. Mathews

Seminarios e Institutos

Cuando era joven, comencé a notar una tendencia curiosa entre los miembros de la Iglesia. Cuando veían una situación en la cual se habían acordado ciertas reglas y se aplicaban las consecuencias de la desobediencia (como por ejemplo, en la disciplina en la Iglesia, la disciplina de los padres, poner en vigor las reglas de la misión o las normas de conducta en los colegios de la Iglesia), con frecuencia decían: “Pero, ¿no sería eso semejante al método de Satanás? ¿No están obligando a la gente a ser recta?”.

Al principio, esa reacción me sorprendía; ¿cómo podía alguien pensar que las prácticas aprobadas por el Señor y por Su Iglesia fueran parte del “plan de Satanás”? Desde entonces, he llegado a darme cuenta de que malentendidos como esos referentes a la rebelión de Satanás y a la guerra en los cielos son en realidad muy comunes, así como lo son las acusaciones apresuradas de lo que parece ser ese plan hoy en día. Desafortunadamente, esos malentendidos doctrinales pueden conducir a resultados perjudiciales.

Por ejemplo, esos errores podrían ocasionar que algunos padres piensen que no pueden alentar a sus hijos a asistir a la Iglesia; también podrían ser la causa de que los miembros de la Iglesia apoyen la legalización de graves pecados morales. Esos malentendidos incluso podrían llevar a algunos miembros a pensar que el hacer y guardar convenios y compromisos de obediencia es, en cierta manera, contrario al plan de Dios cuando, irónicamente, esa obediencia bajo convenio es fundamental en Su verdadero Plan de Salvación.

Lo que dicen las Escrituras

Algunas ideas sobre lo que Satanás propuso en el mundo preterrenal más bien parecen tener su origen en

la tradición que en la revelación en cuanto al tema. Por consiguiente, es útil acudir a las Escrituras mismas para averiguar lo que el Señor realmente ha revelado sobre este asunto tan importante. En las Escrituras, la fuente principal de lo que Satanás propuso se encuentra en los primeros versículos del cuarto capítulo de Moisés.

“Y yo, Dios el Señor, le hablé a Moisés, diciendo: Ese Satanás, a quien tú has mandado en el nombre de mi Unigénito, es el mismo que existió desde el principio; y vino ante mí, diciendo: Heme aquí, envíame a mí. Seré tu hijo y redimiré a todo el género humano, de modo que no se perderá ni una sola alma, y de seguro lo haré; dame, pues, tu honra.

“Pero, he aquí, mi Hijo Amado, que fue mi Amado y mi Escogido desde el principio, me dijo: Padre, hágase tu voluntad, y sea tuya la gloria para siempre.

“Pues, por motivo de que Satanás se rebeló contra mí, y pretendió destruir el albedrío del hombre que yo, Dios el Señor, le había dado, y que también le diera mi propio poder, hice que fuese echado abajo por el poder de mi Unigénito;

“y llegó a ser Satanás, sí, el diablo, el padre de todas las mentiras, para engañar y cegar a los hombres y llevarlos cautivos según la voluntad de él, sí, a cuantos no quieran escuchar mi voz” (Moisés 4:1–4).

El padre de todas las mentiras

De estos versículos, queda claro que nuestro Padre Celestial no pidió voluntarios para idear y presentar diferentes planes de salvación contradictorios, como algunas personas han supuesto; más bien, era el plan de nuestro Padre Celestial, y Él lo presentó a Sus hijos procreados en

espíritu que se encontraban reunidos en el gran concilio de los cielos. Jesucristo, que fue “escogido desde el principio” para ser el Salvador en ese plan, propuso humildemente que se sostuviera el plan del Padre Celestial al decir: “Padre, hágase tu voluntad [o, en otras palabras: Tu plan]”. Fue en esas circunstancias que Satanás presentó la propuesta inoportuna y arrogante de cambiar el plan del Padre Celestial a fin de que proporcionara una salvación universal para todos (véase Moisés 4:1). Antes de analizar cómo pensaba lograr

eso, es importante hacer notar que, en estos versículos, a Satanás se lo llama “el padre de todas las mentiras” (Moisés 4:4). En otra ocasión, se lo llama “mentiroso desde el principio” (D. y C. 93:25). Seríamos absurdamente ingenuos si supusiéramos que Satanás decía la verdad cuando hizo esa afirmación exagerada de una salvación universal.

Si entendemos el carácter de Satanás y su historia, sería más apropiado verlo como el primer estafador que trata de vender un producto que sabía que nunca podría proporcionar. Afirmó que podía brindarnos a todos la salvación si lo seguíamos a él en lugar de seguir el plan que nuestro Padre Celestial había establecido para nuestra salvación y que el Salvador Jesucristo apoyaba.

Lo que Satanás propuso era una mentira; no hubiera dado resultado. No era una alternativa viable al ya perfecto plan del Padre Celestial, sino que era una trampa para atrapar y engañar a la gente para que siguiera a Satanás. Era, finalmente, un plan de condenación, no un plan de salvación.

Destruir el albedrío

Lo que es importante, es que esos pasajes no dicen claramente *cómo* intentaba Satanás llevar a cabo esa mentira; todo lo que dicen es que “[destruiría] el albedrío del hombre” (Moisés 4:3). El presidente J. Reuben Clark (1871–1961), Primer Consejero de la Primera Presidencia, sugirió dos posibilidades principales para lo que Satanás propuso



hacer, y nos recordó que ninguna de las dos hubiera tenido éxito. Él explicó: “Al leer las Escrituras, veo que el plan de Satanás exigía una de dos cosas: o la coacción... del hombre, o la salvación del hombre en el pecado. Dudo que la inteligencia del hombre se pueda coaccionar. Indudablemente, el hombre no puede salvarse en el pecado” (en Conference Report, octubre de 1949, pág. 193; citado en *Doctrina del Evangelio, Manual del alumno*, 2010, pág. 19).

Si bien ninguna de esas posibilidades hubiera funcionado, vemos elementos de cada una de ellas en el empeño y en las tácticas de Satanás de hoy día. Por

ejemplo, los déspotas que quieren tener poder sobre las naciones y los activistas políticos que procuran limitar la libertad religiosa y obligar a la sociedad a aceptar comportamientos pecaminosos usan la compulsión y la fuerza. El Señor ha condenado específicamente el uso del “dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia” (D. y C. 121:37).

Sin embargo, el Señor también explicó que el poder y la influencia se pueden usar para fomentar la rectitud por medio de la tierna persuasión, la justa reprimenda y las consecuencias adecuadas (véase D. y C. 121:41–43). Esta importante aclaración muestra que el aplicar la debida disciplina por parte de la Iglesia y de los padres, poner en vigor las reglas y las normas en las misiones y colegios de la Iglesia, y establecer leyes justas en la sociedad, son todas prácticas aprobadas por el Señor y no parte del “plan de Satanás”. Honrar el albedrío no significa abrazar la anarquía.

La segunda posibilidad de cómo Satanás propuso salvar a todos se describe en el diccionario bíblico [en inglés]: “Lucifer y sus seguidores querían que la salvación fuera automática para todos los que pasaran por la mortalidad, sin considerar preferencias individuales, albedrío ni dedicación voluntaria” (“Guerra en los cielos”). En otras palabras, otra interpretación es que Satanás se proponía salvarnos a todos, sin importar lo que hiciéramos, lo cual destruiría el albedrío, volviéndolo nulo. Si las consecuencias de nuestras

decisiones se eliminaran por completo y todos recibieran la misma recompensa, nuestras decisiones dejarían de tener significado y se destruiría el albedrío.

Esta interpretación de cómo Satanás se proponía salvarnos también se ve en muchos de sus esfuerzos y tácticas que nos son tan familiares hoy día. Satanás constantemente promete a la gente que pueden vivir una vida de pecado y aun así ser salvos o que pueden hallar felicidad en la iniquidad. Este mensaje seductor de salvación fácil y de un estilo de vida pecaminoso es muy popular en la actualidad, así como lo fue la propuesta de Satanás en la guerra de los cielos donde “muchos lo siguieron” (Abraham 3:28).

Mediante estos ejemplos, podemos ver que el método de Satanás no ha cambiado mucho desde la vida premortal. Satanás continúa mintiendo a la gente prometiéndoles que si lo siguen serán salvos, o felices, o lo que sea que quieran oír. También sigue usando compulsión para tratar de imponer sus puntos de vista y prácticas inicuas sobre los demás. De manera que “la guerra sigue en la mortalidad... seguimos batallando con los mismos problemas y la misma salvación está en juego” (Diccionario bíblico [en inglés], “Guerra en los cielos”).

Un plan de rebelión

Quizás la manera más sencilla de describir el plan de Satanás no se base en las teorías especulativas sobre lo que él se proponía hacer, sino en lo que su plan lo llevó a él y a sus seguidores a hacer en realidad, es decir: rebelarse. En las Escrituras se expresa repetidamente que Satanás se rebeló abiertamente contra Dios. Por ejemplo, el Señor declaró que “Satanás se rebeló contra mí” (Moisés 4:3); “un ángel de Dios que tenía autoridad delante de Dios, el cual se rebeló en contra del Hijo Unigénito” (D. y C. 76:25); y “se rebeló contra mí, diciendo: ‘Dame tu honra, la cual es mi poder’” (D. y C. 29:36).

De estos versículos queda claro que la propuesta de Satanás no era una sugerencia inocente para modificar el plan de Dios; era una rebelión, una revuelta, un intento de amotinamiento para destronar a Dios y tomar control de los cielos. Aquellos que siguieron a Satanás declararon la guerra en los cielos y se convirtieron en enemigos de Dios. Su albedrío quedó destruido porque se negaron a “escoger la libertad y la vida eterna, por medio del gran Mediador”,

y en vez de ello escogieron “la cautividad y la muerte, según la cautividad y el poder del diablo; pues él busca que todos los hombres sean miserables como él” (2 Nefi 2:27). Por consiguiente, “alejó de [Dios] a la tercera parte de las huestes del cielo, a causa de su albedrío” (D. y C. 29:36).

En otras palabras, la manera más sencilla de considerar el plan de Satanás es como un plan de rebelión y desobediencia a Dios. Por el contrario, Dios resume Su plan en estas palabras: “...y con esto los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare” (Abraham 3:25). Además, “Creemos que por la Expiación de Cristo, todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio” (Artículos de Fe 1:3). Por lo tanto, el plan de Dios es un plan de obediencia y rectitud, mientras que el plan de Satanás es uno de desobediencia y rebelión.

Reconocer el plan

El entender correctamente la diferencia que existe entre los objetivos del plan de Dios y el plan de Satanás nos ayudará a discernir más claramente quién *realmente* sigue a Satanás y quién no. Nos ayudará a evitar acusar a quienes fomentan la rectitud y defienden la obediencia de seguir el plan de Satanás cuando en realidad están siguiendo el plan de Dios; y también expondrá a los verdaderos seguidores del plan de Satanás en la actualidad.

Quienes protestan y se rebelan contra Dios y Sus profetas, quienes procuran cambiar el plan de Dios, quienes exigen que se rebajen las normas de rectitud y tratan de obligar a otras personas a aceptar comportamientos inmorales, y quienes procuran engañar a la gente para que crean que la maldad es felicidad y que podemos ser salvos en el pecado, todos dan apoyo a diferentes elementos de la estrategia rebelde de Satanás.

Ruego que sigamos el verdadero plan de nuestro Padre Celestial, un Plan de Salvación “por la expiación de Cristo” y mediante la “obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio” (Artículos de Fe 1:3). ■

El autor vive en Utah, EE. UU.

Para enviar comentarios sobre este artículo o cualquier otro artículo de la revista Liahona, tenga a bien enviar un correo electrónico a liahona@ldschurch.org.





Por el élder
Ulisses Soares
De la Presidencia
de los Setenta

AFÉRRATE A LA BARRA

Si ejercitamos la fe y obedecemos diligentemente los mandamientos del Señor, podemos escoger lo correcto con más facilidad.

Cuando un buen miembro de la Iglesia a quien conozco estaba en la universidad, lo invitaron a una fiesta un sábado por la noche en casa de un compañero. También invitaron a los profesores de la universidad, en especial aquellos que eran amigables con los estudiantes. La fiesta parecía ser acogedora y segura; sin embargo, cuando mi amigo llegó, enseguida se dio cuenta de que el ambiente no era lo que él había esperado. Los estudiantes estaban fumando, bebiendo alcohol, usando drogas y haciendo cosas horribles en cada rincón de la casa. Él se sintió preocupado y decidió irse, pero el lugar de la fiesta quedaba lejos de su casa; había ido en el auto de un amigo, así que no tenía manera de irse solo.

En ese momento, oró en silencio al Señor para que lo ayudara. Después de pensar un rato, sintió que debía ir afuera; hizo caso a sus sentimientos y se quedó afuera de la casa hasta que la fiesta hubo terminado.

En el camino de regreso a casa, su amigo le contó las cosas horribles que habían sucedido durante la fiesta; mi amigo se sintió incómodo con la situación y no fue fácil lidiar con ella.

Sin embargo, al tomar la Santa Cena al día siguiente en la Iglesia, sintió calma, paz y la seguridad de que había tomado la decisión correcta. Se dio cuenta de lo que significa asirse a la barra de hierro y no soltarla, aun en medio de los vapores de tinieblas. Comprendió claramente lo que Nefi enseñó a sus hermanos de que “quienes escucharan la palabra de Dios y se aferraran a ella, no perecerían jamás; ni los vencerían las tentaciones ni los ardientes dardos del adversario para cegarlos y llevarlos hasta la destrucción” (1 Nefi 15:24).

Imaginen lo que hubiera sucedido si ese joven, por vergüenza, no hubiese sido lo suficientemente fuerte para mantenerse asido a la barra de hierro. Como resultado de esa y otras decisiones de su vida, se casó con una joven en el templo, estableció una familia recta y tuvo éxito. Hoy día, sirve fielmente en la Iglesia y se esfuerza por ser un buen ejemplo para sus hijos.

El hombre natural

No es fácil enfrentar la tentación diaria. Todos estamos expuestos a un ambiente que

es hostil al evangelio de Jesucristo; vivimos en un mundo que se está deteriorando moralmente. Los medios de comunicación y la tecnología nos invitan a participar en actividades destructivas y amenazadoras que van en contra de nuestras creencias y los valores del evangelio de Jesucristo. La presión por parte de amigos que no comparten nuestros valores, o que sí los comparten pero son débiles en la fe, nos empuja a participar en conductas degradantes; y además de eso, tenemos que lidiar con el hombre natural que existe en cada uno de nosotros.

La Guía para el Estudio de las Escrituras define al hombre natural como “la persona que se deja influir por las pasiones, los deseos, apetitos y sentidos de la carne en lugar de escuchar la inspiración del Santo Espíritu. Ese tipo de persona comprende lo físico, pero no puede percibir lo espiritual. Todo ser humano... debe volver a nacer por medio de la expiación de Jesucristo para dejar de ser un hombre natural”¹.

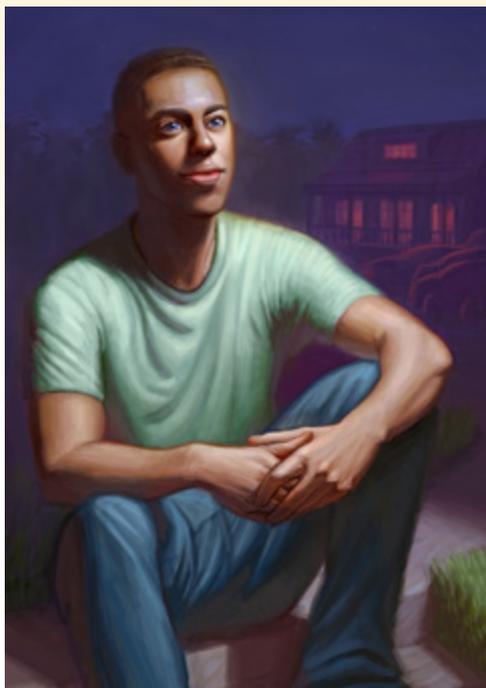
Con frecuencia, el presidente Thomas S. Monson cita un proverbio que puede ayudarnos a evitar la distracción de la tentación y mantenernos en camino hacia la dirección correcta: “No puedes hacer bien haciendo lo malo, ni puedes hacer mal haciendo lo bueno”².

Si ejercitamos la fe y obedecemos diligentemente los mandamientos del Señor, escogeremos lo correcto con más facilidad.

La luz de Cristo

El profeta Mormón enseñó a su pueblo:

“...por tanto, os muestro la manera de juzgar; porque toda cosa que invita a hacer lo bueno, y persuade a creer en Cristo, es enviada por el poder y el don de Cristo, por



Mi amigo sintió que debía salir y quedarse afuera hasta que la fiesta terminara. Se dio cuenta de lo que significa asirse a la barra de hierro y no soltarla, aun en medio de los vapores de tinieblas.

lo que sabréis, con un conocimiento perfecto, que es de Dios.

“Pero cualquier cosa que persuade a los hombres a hacer lo malo, y a no creer en Cristo, y a negarlo, y a no servir a Dios, entonces sabréis, con un conocimiento perfecto, que es del diablo; porque de este modo obra el diablo, porque él no persuade a ningún hombre a hacer lo bueno, no, ni a uno solo; ni lo hacen sus ángeles; ni los que a él se sujetan” (Moroni 7:16–17).

Nuestro Padre Celestial nos ha dado la luz de Cristo, que es la “energía, poder o influencia divinos que proceden de Dios por medio de Cristo y que dan vida y luz a todas las cosas”³; y ayuda a una persona a escoger entre el bien y el mal. Este don, junto con la compañía del Espíritu Santo, nos ayuda a determinar si una decisión nos coloca en el territorio del Señor o detrás de las líneas enemigas. Si nuestro comportamiento es bueno, es Dios quien nos inspira; si nuestro comportamiento es malo, está influyendo en nosotros el enemigo.

Mi amigo de la universidad utilizó esos dos dones. La luz de Cristo lo ayudó a determinar lo que era

correcto, y el Espíritu Santo guió su decisión sobre qué camino seguir. Esos dos dones están al alcance de aquellos que se aferran a la barra de hierro.

El don del arrepentimiento

Supongamos que, por alguna razón, hemos sido engañados o confundidos por la tentación y terminamos cometiendo un pecado; ¿qué debemos hacer? Si caemos en la tentación y pecamos, tenemos que reconciliarnos con Dios; expresado en el lenguaje de las Escrituras, tenemos que arrepentirnos.

El élder Neil L. Andersen, del Quórum de los Doce Apóstoles, ha enseñado:

“Cuando pecamos, nos alejamos de Dios. Cuando nos arrepentimos, nos volvemos hacia Dios.

“La invitación a arrepentirnos rara vez es una reprimenda; es más bien una petición amorosa de que nos demos vuelta y de que nos volvamos de nuevo hacia Dios (véase Helamán 7:17). Es el llamado de un Padre amoroso y de Su Hijo Unigénito a que seamos más de lo que somos, que alcancemos un nivel de vida mejor, que cambiemos y que sintamos la felicidad que proviene de guardar los mandamientos. En calidad de discípulos de Cristo, nos regocijamos en la bendición de arrepentirnos y en el gozo de ser perdonados. Ellos llegan a ser parte de nosotros, y moldean nuestra forma de pensar y de sentir”⁴.

El arrepentimiento es un don maravilloso y está al alcance de todo aquel que desee regresar a Dios y permitir que Él moldee su vida.

Nacimos con la semilla de la divinidad en nuestro espíritu porque somos hijos de Dios; y esa semilla tiene que crecer. Crece a medida que ejercitamos nuestro albedrío en rectitud, al tomar decisiones correctas, al utilizar la luz de Cristo y el Espíritu Santo para que nos guíen en las decisiones que tomamos durante el curso de nuestra vida. Ese proceso lleva tiempo, pero es posible moldear nuestro espíritu y nuestra vida un día tras otro.

Al reconocer nuestra dedicación y perseverancia, el Señor nos dará lo que no podemos obtener por nosotros mismos; nos moldeará porque Él ve nuestro empeño por vencer nuestras imperfecciones y debilidades humanas.

En ese sentido, el arrepentimiento llega a ser parte de nuestra vida diaria. El tomar la Santa Cena cada semana, es decir, el presentarnos de manera sumisa y humilde ante el Señor, reconociendo que dependemos de Él, pidiéndole que nos perdone y nos renueve, y prometiéndole que siempre lo recordaremos, es muy importante.

En ocasiones, en nuestro empeño diario por llegar a ser más como Cristo, nos

encontramos luchando repetidamente con las mismas dificultades. Es como si estuviéramos ascendiendo una montaña cubierta de árboles; a veces no vemos nuestro progreso hasta que nos acercamos a la cima y miramos hacia abajo desde las altas crestas. No se desanimen; si están tratando y esforzándose por arrepentirse, están en el proceso del arrepentimiento.

El élder D. Todd Christofferson, del Quórum de los Doce Apóstoles, dijo: “...el sobreponernos a malos hábitos o adicciones, con frecuencia significa un esfuerzo hoy, seguido de otro mañana y luego otro, tal vez durante muchos días, incluso meses y años, hasta que logremos la victoria”⁵.

A medida que mejoramos, vemos la vida con mayor claridad y sentimos al Espíritu Santo obrar más fuertemente en nosotros. Para aquellos que verdaderamente están arrepentidos pero que no parecen encontrar alivio, sigan guardando los mandamientos; les prometo que el alivio vendrá cuando el Señor lo considere oportuno; sanar requiere tiempo.

Para conservar una perspectiva eterna, sobrepongámonos al hombre natural, juzguemos según la luz de Cristo, busquemos la guía del Espíritu Santo, arrepintámonos cuando cometamos errores y permitamos que nuestro Padre Celestial transforme nuestra vida en lo que Él ha planeado para nosotros. ■

Del discurso “Llegar a ser una obra de arte”, pronunciado en un devocional de la Universidad Brigham Young, el 5 de noviembre de 2013. Para leer el texto completo en inglés, vaya a speeches.byu.edu.

NOTAS

1. Guía para el Estudio de las Escrituras, “Hombre natural”, escrituras.lds.org.
2. Thomas S. Monson, “En aguas peligrosas”, *Liahona*, julio de 1998, pág. 51.
3. Guía para el Estudio de las Escrituras, “Luz, Luz de Cristo”, scriptures.lds.org.
4. Véase de Neil L. Andersen, “Arrepentíos... para que yo os sane”, *Liahona*, noviembre de 2009, pág. 40.
5. D. Todd Christofferson, “Reconocer la mano de Dios en nuestras bendiciones diarias”, *Liahona*, enero de 2012, pág. 29.



UNA PROMESA PARA TODOS

“El Salvador efectuó la Expiación, la cual proporciona la manera de quedar limpios... Los que se arrepientan y abandonen el pecado hallarán que Su brazo misericordioso está extendido aún... El resultado de Su sacrificio es liberarnos de los efectos del pecado, para que se borre la culpa de todos y sintamos esperanza”.

Presidente Boyd K. Packer, Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles, “La razón de nuestra esperanza”, *Liahona*, noviembre de 2014, págs. 6, 7.



EL RESPETO DEL SALVADOR POR LAS mujeres

Por Robert y Marie Lund

En una época en la que a las mujeres generalmente se las trataba como seres inferiores, el Evangelio de Juan revela que Jesucristo trató a las mujeres con compasión y que, como declaró el élder James E. Talmage (1862–1933), del Quórum de los Doce Apóstoles: “...en todo el mundo, no hay mayor defensor de la mujer y el sexo femenino que Jesús el Cristo”¹.

Este artículo se centra en las siguientes mujeres del Evangelio según Juan: (1) María, la madre de Jesús (véase Juan 2:1–11; 19:25–27); (2) la mujer samaritana junto al pozo (véase Juan 4:4–30, 39–42); (3) la mujer sorprendida en adulterio (véase Juan 8:1–11); y (4) María Magdalena (véase Juan 20:1–18). Aunque las experiencias de la vida de esas mujeres variaban grandemente, Juan hace hincapié en que el Salvador comprendía las diversas circunstancias de la vida de ellas, y registra las bendiciones que recibió cada una por causa de su fe en Jesucristo.

Al estudiar las interacciones de Cristo con las mujeres del libro de Juan, comprenderemos mejor la relación que potencialmente podemos tener con Él.

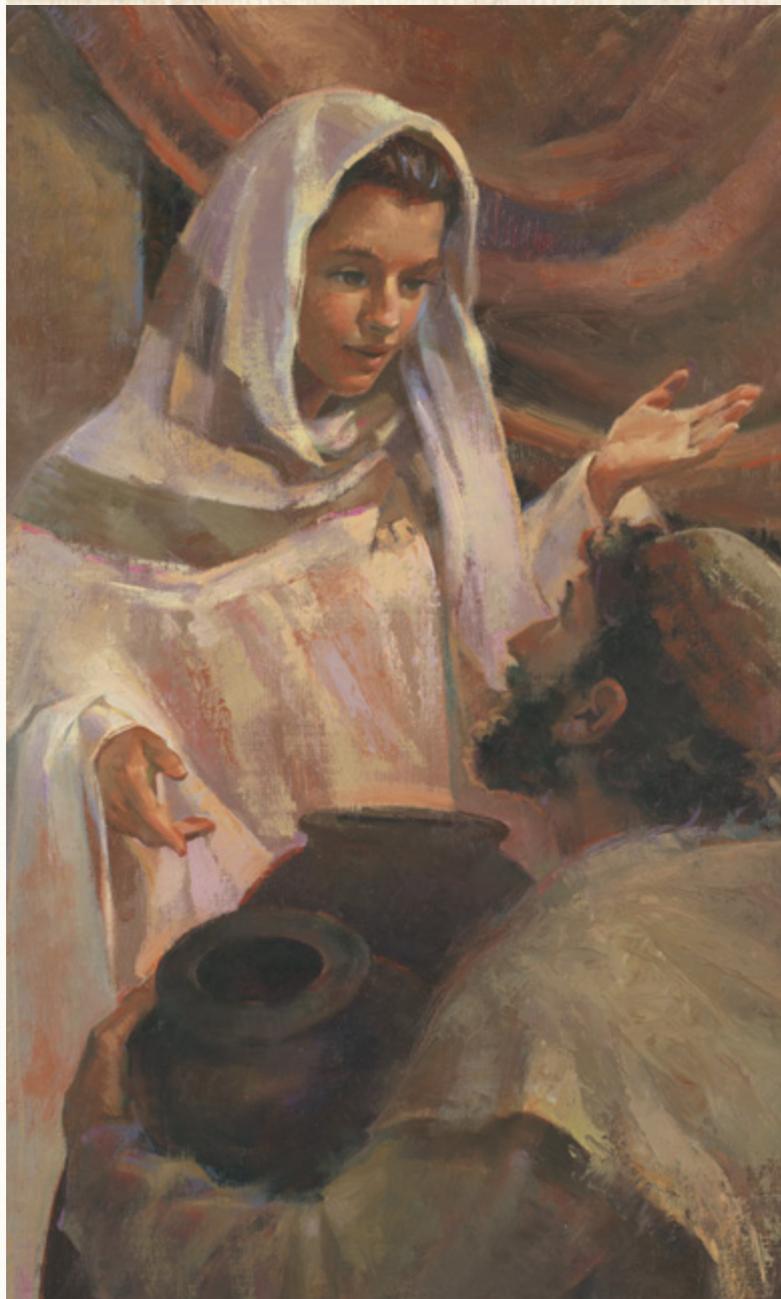
La fe de María antecedió al primer milagro público

Juan presenta a María al lector al principio de su Evangelio. Su relato del primer milagro público de Jesucristo en las bodas de Caná contiene un tributo a la fe de María, quien muy probablemente haya tenido una posición de responsabilidad en la boda². Cuando los invitados quisieron “vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino” (Juan 2:3). Este pasaje implica que cuando María le pidió ayuda a Jesucristo, tal vez esperaba, respetuosamente, que se efectuara un milagro³.

Como respuesta, Jesucristo dijo: “¿Qué tengo yo que ver contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora” (Juan 2:4). En la versión inspirada de José Smith de este versículo, el Salvador le pregunta a María lo que ella quiere que Él haga y promete hacerlo⁴. El título *mujer* puede sonar duro e irrespetuoso para el lector de nuestra época; no obstante, el uso que le dio el Salvador en este caso, probablemente haya tenido la intención de comunicar el significado opuesto⁵. Un experto explica: “El término ‘mujer’, o más bien, ‘dama o señora’, en griego, es un título de respeto que se usa incluso para dirigirse a reinas⁶. Era como si le hubiera dicho a Su madre: “Señora mía, lo que tú me pidas con fe, te lo concederé”. Este relato demuestra que el Salvador tenía interés en las presiones rutinarias que afrontaban las mujeres. Jesucristo honró a Su madre al ofrecerle ayuda con sus cargas y responsabilidades.

A continuación, se registra la fe continua de María al instruir a los siervos que obedecieran a Jesucristo: “Haced todo lo que él os diga” (Juan 2:5). Se llenaron las tinajas de agua, y el Salvador convirtió el agua en vino como respuesta a la petición de María de ayudarle a proveer para los invitados a la boda. Qué lección tan hermosa aprendemos de María: Cuando tengamos alguna necesidad, busquemos a Jesucristo y confiemos en Él, ya que Él tiene todo poder. Al igual que María, las mujeres Santos de los Últimos Días de hoy día pueden confiar en Jesucristo con fe cuando se sientan abrumadas por sus responsabilidades.

Este breve relato no sólo enseña el poder de la fe de María, sino también confirma la verdadera identidad de Jesucristo como Hijo de Dios, mediante Su primer milagro público. La siguiente mujer que Juan presenta al lector es la mujer de Samaria.



Qué lección tan hermosa aprendemos de María: Cuando tengamos alguna necesidad, busquemos a Jesucristo y confiemos en Él, ya que Él tiene todo poder.



Por causa de su fe, la mujer samaritana recibió un testimonio del Espíritu y sintió el deseo de testificar que Jesús era el Cristo, el Mesías prometido.

Jesucristo mostró respeto por una mujer de Samaria

El relato de Juan 4 da fe del respeto que Jesucristo tenía por todas las mujeres, sin importar cuál fuera su nacionalidad o formación religiosa. Algunos judíos consideraban que un samaritano era “más impuro o inmundo que un gentil [de] cualquiera otra nacionalidad”⁷ y evitaban tener relación alguna con ellos. Jesucristo no sólo hizo a un lado las tradiciones de aquella época, sino que concedió un honor a esa mujer, según lo declaró el élder M. Russell Ballard, del Quórum de los Doce Apóstoles: “La primera vez que el Señor reconoció ser el Cristo, fue a una mujer samaritana en el pozo de Jacob”⁸.

Tras viajar en el calor del día, Jesucristo se detuvo para descansar y obtener agua. El Salvador inició la conversación con la mujer samaritana en el pozo pidiéndole agua. Gradualmente, en el transcurso de la conversación, ella obtuvo un testimonio de la divinidad de Él. Juan escribió que primero ella se dirigió a Jesús como un “judío”, después como “Señor”, luego “profeta” y finalmente como “el Cristo” (véase Juan 4:9–29). El hecho de que su elección de títulos fue cada vez más respetuosa indica que desarrolló fe en Jesucristo y se convirtió.

El Salvador le enseñó que Él tenía “agua viva” (Juan 4:10) y que los que bebieran de esa agua no volverían a tener sed jamás. Perpleja, la mujer le hizo más preguntas. Entonces, Jesucristo reveló la vida pasada de la mujer samaritana y su actual relación pecaminosa. Aunque tal vez se haya sentido avergonzada, quizás también percibió que Jesucristo le hablaba con respeto, porque respondió reflexivamente: “Señor, me parece que tú eres profeta” (Juan 4:19). Una vez que se habían revelado sus pecados, y no teniendo ya nada que esconder, la mujer ejerció fe en Jesucristo conforme Él le enseñaba. Una de las respuestas que Él le dio puede ser una clave para obtener la salvación: “Mujer [o señora mía], créeme” (Juan 4:21).

Por causa de su fe, la mujer samaritana recibió un testimonio del Espíritu y sintió el deseo de testificar que Jesús era el Cristo, el Mesías prometido. Dejando su cántaro (que simboliza sus bienes mundanales), fue a la ciudad y proclamó: “Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?”

(Juan 4:29). Como instrumento en las manos de Dios, la fe y el celo misional de la mujer samaritana ayudaron a ablandar el corazón de otras personas para que aceptaran a Jesucristo.

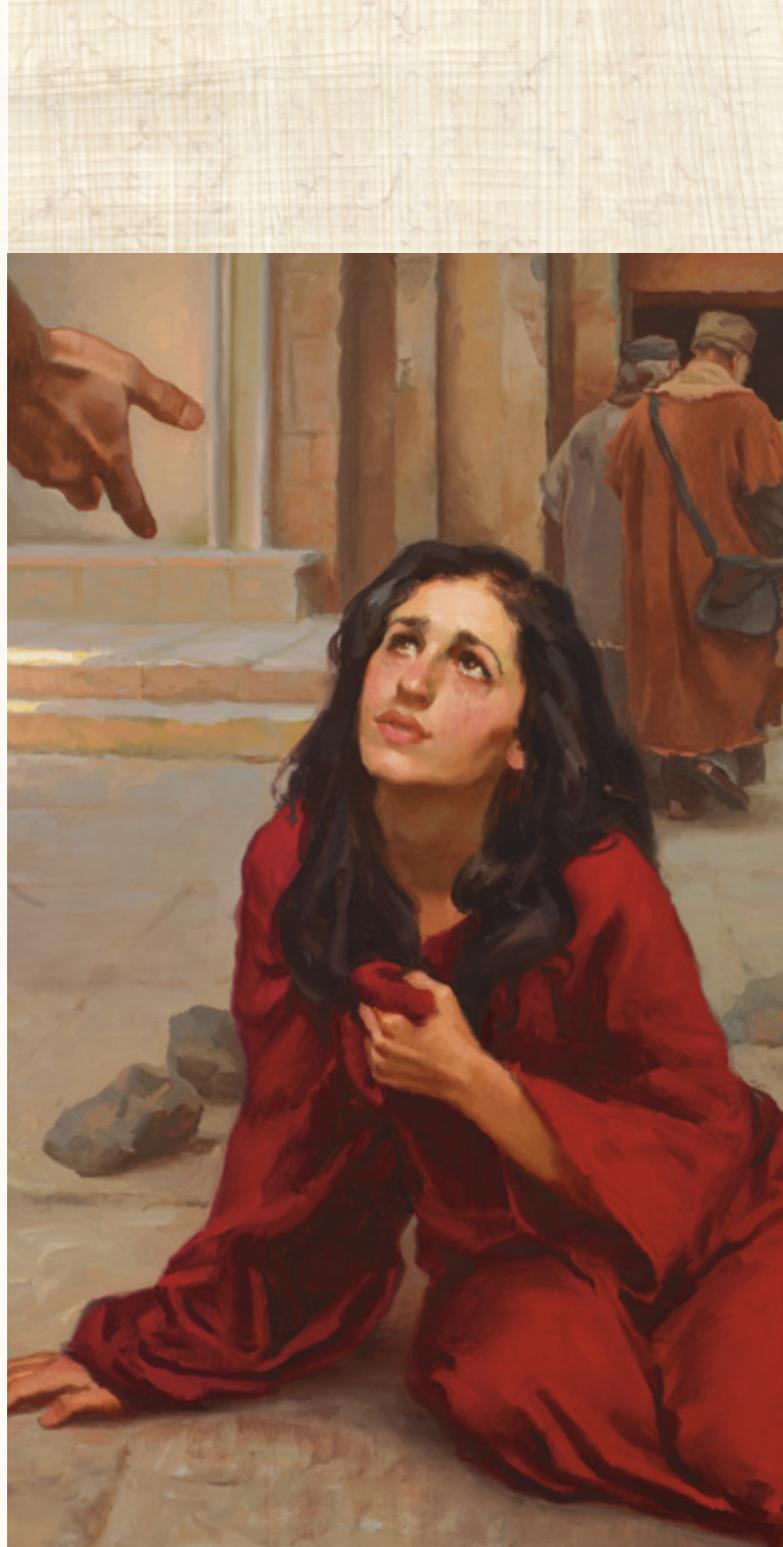
Al mencionar esa experiencia, Juan demuestra que el Salvador está al tanto de las mujeres y que conoce los detalles de su vida. Más aun, respeta a todas las mujeres sin importar su origen. Para las mujeres que no sientan que tienen una relación con Cristo o que se sientan marginadas en su propia sociedad, este relato muestra que Jesucristo conoce los desafíos de cada mujer y puede aceptarla y elevarla. El Evangelio de Juan recalca este punto al enseñar acerca de la compasión de Cristo por la mujer sorprendida en adulterio.

Jesucristo mostró compasión por la mujer sorprendida en adulterio

En Juan 8 se contrasta la forma implacable en que los fariseos trataron a la mujer con el tierno respeto y compasión que le mostró Jesucristo. Quizás en un intento por permitir que los fariseos comprendieran y se retractaran de su dureza con la mujer, el Salvador, “inclinado hacia el suelo, escribía en la tierra con el dedo” (Juan 8:6), como si no los escuchara. El “escribir en la tierra era un hecho simbólico bien conocido en la antigüedad que indicaba que la persona no deseaba tratar el asunto pendiente”⁹.

Sin embargo, los escribas y los fariseos siguieron molestando a Jesucristo y avergonzando a la mujer. Por compasión hacia la mujer, Jesús “se enderezó y les dijo: El que de entre vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo, siguió escribiendo en la tierra” (Juan 8:7-8). Hallándose expuestos y habiéndose condenado solos, uno por uno los acusadores vergonzosamente partieron, quedando sola la mujer adúltera para enfrentarse a Jesús.

Para su mérito, la mujer se quedó al lado de Jesucristo en lugar de huir. Posiblemente se sintió elevada y fortalecida por el respeto con el que Jesús la trató. Él le preguntó: “Mujer [o señora mía], ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Y ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan 8:10-11)¹⁰.



Para su mérito, la mujer del capítulo 8 de Juan permaneció al lado de Jesucristo en lugar de huir. Posiblemente se sintió elevada y fortalecida por el respeto con el que Jesús la trató.



A María Magdalena se la escogió para ser la primera testigo del Salvador resucitado y después encomendarle que testificara de Él. El Señor aún depende de las mujeres de nuestra época para que sean testigos de Él.



Una vez más, el Evangelio de Juan testifica que Jesucristo trató a las mujeres con compasión y respeto, a pesar de los pecados que hubieran cometido. Como todos hemos pecado, el ejemplo de esa mujer que ejerció fe en Jesucristo puede brindarnos gran esperanza. Así como el Salvador demostró empatía por esa mujer bajo circunstancias difíciles y angustiantes, también consoló a María Magdalena cuando la halló llorando en el sepulcro del huerto.

María Magdalena fue escogida para ser testigo del Cristo resucitado

Juan es el único autor de los Evangelios que nombra a la primera persona que vio al Señor resucitado, con lo cual demostró que mujeres valientes y capaces pueden recibir grandes manifestaciones espirituales. Juan escribió: “Y el primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana al sepulcro, siendo aún oscuro; y vio quitada la piedra del sepulcro” (Juan 20:1). Al ver que se había quitado la piedra, María corrió para conseguir ayuda y advertir a los apóstoles de que el cuerpo de Jesús no estaba allí. Encontró a Pedro y a Juan, los cuales corrieron al sepulcro y hallaron solamente la ropa de sepultura. Entonces los dos apóstoles se fueron, dejando a María sola en el sepulcro del huerto.

María estaba llorando en el huerto junto al sepulcro; puede que la abrumara el hecho de no saber lo que había sucedido con el cuerpo del Señor. Aunque el Salvador se le apareció y le habló, inicialmente ella no lo reconoció. Pero luego, “Jesús le dijo: ¡María!” (Juan 20:16). Algo hizo que ella supiera que era su Salvador. “El reconocimiento fue instantáneo. Su río de lágrimas se convirtió en un mar de gozo. Es Él; ha resucitado; Él vive”¹¹. Después de ver al Señor resucitado, se le pidió a María que testificara ante los apóstoles que Él estaba vivo.

Aunque inicialmente los discípulos reaccionaron con escepticismo (véase Lucas 24:11), el testimonio de María debe haber tenido algún impacto. Más adelante, los discípulos se hallaban reunidos para conversar acerca de los sucesos del día, probablemente meditando en el testimonio de María, cuando Jesús “se puso en medio y les dijo: ¡Paz a vosotros!” (Juan 20:19).

Este relato recalca la alta estima en que Jesucristo tenía a las mujeres, porque a María Magdalena se la escogió para ser la primera testigo del Salvador resucitado y después encomendarle que testificara de Él. El Señor aún depende de las mujeres de nuestra época para que sean testigos de Él. El élder M. Russell Ballard ha declarado: “También en nuestra dispensación hay heroínas. Innumerables mujeres de todos los continentes y ámbitos han realizado importantes contribuciones a la causa de Cristo... Mi pregunta es: ‘¿Serán ustedes una de esas mujeres? Y ustedes, poseedores del sacerdocio, ¿responderán al mismo llamado?’”¹².

Podemos seguir su ejemplo

Mediante la fe en Jesucristo, podemos seguir el ejemplo de esas mujeres de los escritos de Juan; podemos confiar en que el Salvador entiende las presiones comunes de nuestra vida y que puede ayudar a sobrellevar nuestras cargas. Podemos creer que Jesucristo nos elevará a pesar de nuestras transgresiones; y además, podemos saber que Cristo nos socorrerá en nuestros pesares, sufrimientos y angustias más profundos. ■

Los autores viven en Utah, EE. UU.

NOTAS

1. James E. Talmage, *Jesús el Cristo*, 1975, págs. 499–500.
2. Bruce R. McConkie, *Doctrinal New Testament Commentary*, 3 tomos, 1965–1973, tomo I, pág. 135.
3. Véase de James E. Talmage, *Jesús el Cristo*, pág. 153.
4. Véase Traducción de José Smith, Juan 2:4 (en Juan 2:4, nota al pie a).
5. Véase de James E. Talmage, *Jesús el Cristo*, pág. 152.
6. En J. R. Dummelow, editor, *A Commentary on the Holy Bible*, 1909, pág. 778.
7. Véase de James E. Talmage, *Jesús el Cristo*, pág. 182.
8. M. Russell Ballard, “Mujeres de rectitud”, *Liahona*, diciembre de 2002, pág. 39.
9. In Dummelow, editor, *Commentary*, págs. 788–789.
10. La Traducción de José Smith añade que a partir de ese momento, la mujer glorificó a Dios y creyó en Él (véase Juan 8:11, nota al pie c).
11. Bruce R. McConkie, *Doctrinal New Testament Commentary*, 4 tomos, 1979–1973, tomo IV, pág. 263.
12. M. Russell Ballard, *Liahona*, diciembre de 2002, págs. 38, 39.



CUANDO SURJAN dudas y preguntas

Las preguntas son una parte vital de nuestro crecimiento eterno, y el buscar respuestas a la manera del Señor nos permite acercarnos más a nuestro Padre Celestial.

Por Adam Kotter

Gracias en gran medida a internet, no es inusual que los miembros de la Iglesia se topen con ideas que están en oposición a sus creencias. Algunos miembros encuentran que las dudas que la gente plantea son desconcertantes y se preguntan si es aceptable que uno se haga preguntas acerca de su religión.

Es importante entender que tener preguntas es algo positivo; de hecho, el hacer preguntas con fe es esencial para nuestro progreso espiritual. Sin embargo, las preguntas sinceras no son lo mismo que las dudas.

Preguntas frente a dudas

¿Cuál es entonces la diferencia entre una pregunta y una duda? Se deben alentar las preguntas que se hagan con el sincero deseo de aumentar la comprensión y la fe. Muchas revelaciones antiguas y modernas se han recibido como resultado de una pregunta sincera¹. El mandato de buscar y pedir para hallar es uno de los más citados en las Escrituras. Las preguntas sinceras son las que se hacen con “verdadera intención” (Moroni 10:4) con el fin de entender y obedecer más plenamente la voluntad del Señor.

La persona que hace preguntas sinceras sigue siendo obediente mientras busca respuestas. En contraste, he visto que cuando las personas dudan de sus creencias, a menudo se apartan de su compromiso hacia los mandamientos y los convenios mientras esperan las respuestas. La actitud del que duda usualmente es dejar de obedecer

o limitar su obediencia mientras resuelve sus dudas.

En las Escrituras y en las enseñanzas de los profetas de nuestros días no hay ninguna indicación de que se fomente la duda; de hecho, las Escrituras están llenas de enseñanzas que indican lo contrario. Por ejemplo, se nos insta: “...no dudéis; no temáis” (D. y C. 6:36); y en Mormón 9:27, se nos anima: “No dudéis, mas sed creyentes”.

Uno de los problemas de la duda es la intención de obedecer *sólo después* de haberse resuelto la incertidumbre a satisfacción de la persona que duda. Ésa es la actitud que demostró Korihor, que dijo: “Si me muestras una señal... entonces quedaré convencido de la verdad” (Alma 30:43).

El poder de la duda para destruir la fe, la esperanza e incluso a la familia, disminuye el momento en que uno dice sinceramente: “Haré las cosas que el Señor ha mandado, ya sea que se resuelvan mis preguntas rápidamente o no se resuelvan jamás, porque he hecho convenio de hacerlo”. La diferencia entre la expresión de fidelidad: “Guardaré los mandamientos *porque...*”, y la de duda: “Guardaré los mandamientos *si...*”, es de importancia profunda y eterna.

El modelo del Señor para recibir respuestas

Como ingeniero de redes, tengo que seguir normas muy estrictas si quiero que mis redes de comunicación se comuniquen con otras redes. A veces, esas reglas pueden parecer tediosas, pero cuando cada ingeniero de redes sigue

las mismas normas, logramos crear algo más poderoso que cuando cada uno trabaja por su cuenta.

De igual manera, si usted acude a la Fuente de todo conocimiento para buscar la respuesta a una pregunta espiritual, entonces tiene que seguir Sus reglas para obtener la respuesta. Ese proceso requiere por lo menos tener el deseo de entender la verdad y estar dispuesto a seguir la voluntad de Dios (véase Alma 32:27); de otra manera, se corre el riesgo de convencerse a uno mismo de las respuestas que uno quiere creer en lugar de recibir las respuestas verdaderas de Dios.

Es totalmente normal sentir preocupación e inquietud al enfrentarse a un concepto desconocido, especialmente si pone en tela de juicio una creencia firmemente afianzada. Lo importante es no permitir que esa inquietud nos aparte de nuestros convenios al buscar respuestas. He aprendido, por experiencia personal, que no podemos darle la espalda a Dios y luego esperar que conteste nuestras preguntas bajo nuestras condiciones. Se requiere fe para seguir guardando los mandamientos mientras se resuelve nuestra incertidumbre. Podemos sentirnos tentados a dejar de obedecer o limitar nuestra obediencia mientras recibimos una resolución convincente de nuestras dudas, pero ésa no es la manera de Dios.

En términos prácticos, primero debemos preguntarnos: “¿Estoy dispuesto a hacer lo que se requiere para obtener la respuesta del Señor, o simplemente quiero hacer las cosas a mi manera?”. Jesús mismo enseñó este modelo cuando dijo: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Juan 7:17).

Entonces, el primer paso para resolver preguntas es permanecer “firmes e inamovibles en guardar los mandamientos de Dios” (Alma 1:25). El élder Neil L. Andersen, del Quórum de los Doce Apóstoles, preguntó:

“¿Cómo permanecen ‘firmes e inamovibles’ durante una prueba a su fe? Se concentran en las cosas específicas que edificaron el núcleo de su fe: ejercitan fe en Cristo, oran, meditan en las Escrituras, se arrepienten, guardan los mandamientos y prestan servicio a los demás.

“Cuando se enfrenten a una prueba a la fe, no importa lo que hagan, ¡no se alejen de la Iglesia! El distanciarse del reino de Dios durante una prueba a la fe es semejante a salir de un refugio subterráneo en el preciso momento en que se aproxima un tornado”².

El élder Andersen también enseñó que “la fe... es una decisión”³. El Señor no forzará su intelecto ni su



El distanciarse del reino de Dios durante una prueba a la fe es semejante a salir de un refugio subterráneo en el preciso momento en que se aproxima un tornado.

obediencia. ¡Deben escoger la obediencia deliberadamente! Esa decisión no viola su honestidad intelectual; es evidencia de un respeto eterno y divino por su albedrío.

Las preguntas aumentan la comprensión

Algunas personas suponen incorrectamente que tener dudas sinceras acerca de la historia o la doctrina de la Iglesia es evidencia de que uno no vive de acuerdo con las normas de la Iglesia. El tener preguntas no significa que sean culpables de algún gran pecado. Las preguntas son parte de la vida y son necesarias para nuestro progreso y para aumentar nuestra comprensión. Lo que preocupa no es el que tengamos preguntas, sino el que no guardemos los mandamientos mientras seguimos el proceso de la revelación que conduce a las respuestas.

Sean conscientes de que Satanás puede magnificar nuestras dudas o llevarnos a justificar nuestros pecados. Cuando pequemos, el Espíritu Santo causará que tengamos sentimientos incómodos, y podemos o arrepentirnos o rechazar esa inspiración. Al surgir dudas, puede resultar útil el preguntarse sinceramente: ¿Hay algo que estoy haciendo o deseando que sea contrario al Evangelio?. Si la respuesta es sí, solicite la ayuda del obispo. ¡Eso puede marcar una enorme diferencia! El permitir que las dudas justifiquen los pecados nunca es un sustituto adecuado para el arrepentimiento.

Algunas personas también tropiezan debido a declaraciones hechas por líderes de la Iglesia que han resultado

ser incorrectas; no acerca de la doctrina, sino en cuanto a sus opiniones personales. Por ejemplo, el presidente Joseph Fielding Smith (1876–1972) escribió en la primera edición de su libro *Answers to Gospel Questions [Respuestas a preguntas del Evangelio]*: “Es improbable que jamás se permita que el hombre fabrique un instrumento o una nave para viajar a través del espacio y visitar la luna o algún planeta distante”⁴.

Más adelante, después de los alunizajes del Apollo y tras la muerte del presidente David O. McKay, Joseph Fielding Smith llegó a ser el Presidente de la Iglesia. En una conferencia de prensa, un reportero le preguntó acerca de esa declaración. El presidente Smith respondió: “Pues bien, me equivoqué, ¿verdad?”⁵.

Tal como observó el élder Jeffrey R. Holland, del Quórum de los Doce Apóstoles: “[Podemos consumir] un valioso recurso emocional y espiritual al aferrarnos [a]... un incidente en la historia de la Iglesia que comprueba nada más ni nada menos que los mortales siempre tendrán dificultades para estar a la altura de las expectativas inmortales situadas ante ellos”⁶.

Cómo buscar de manera edificante

Se han escrito innumerables libros y se han dedicado incontables horas a explorar la historia de la Restauración, lo cual a menudo conduce a una mayor comprensión; pero también puede dar pie a preguntas incómodas, especialmente cuando no entendemos los motivos de la gente de aquella época. También es fácil quedarnos estancados en la búsqueda de datos históricos que se pueden malentender o que ya no podemos hallar; pero siempre es posible obtener información real y relevante de Aquél que todo lo comprende.

Ésta quizás sea la clave más importante de todas: *Cuando nos mantenemos firmes en guardar nuestros convenios y vivir fieles a la luz que tenemos, el Señor nos bendecirá y nos dará inspiración*. Yo he sentido esas entrañables misericordias; son experiencias muy personales y directas entre nosotros y nuestro Padre Celestial. Son luz y conocimiento. No importa cuánto leamos o estudiemos las experiencias relatadas por otras personas, nunca se compararán con el poder de las experiencias personales que tengamos mediante la misericordia y el amor de nuestro Padre.

Las preguntas seguirán surgiendo conforme sigamos adelante con el estudio diario de las Escrituras y de otros temas del Evangelio. Cuando el Señor desea enseñarnos, a menudo lo hace dándonos una pregunta para reflexionar. Las respuestas se reciben al ser fieles a nuestros convenios y al servir a los demás mientras estudiamos, porque ése es el sendero a seguir para tener experiencias personales que, con el tiempo, proporcionan respuestas a todas las preguntas. ■

El autor vive en Georgia, EE. UU.

En lds.org/topics se pueden encontrar respuestas a muchas preguntas del Evangelio.

NOTAS

1. Véanse, por ejemplo: Génesis 25:21–23; Éxodo 3:11–22; Mosiah 26; Alma 40; 3 Nefi 27; Doctrina y Convenios 76; 77; 138.
2. Véase de Neil L. Andersen, “La prueba de vuestra fe”, *Liahona*, noviembre de 2012, pág. 40.
3. Neil L. Andersen, “Sabes lo suficiente”, *Liahona*, noviembre de 2008, pág. 14.
4. Joseph Fielding Smith, *Answers to Gospel Questions*, 1958, 5 tomos, tomo II, pág. 191.
5. Recuerdo personal de David Farnsworth; la conferencia de prensa tuvo lugar el 23 de enero de 1970, seis meses después del alunizaje.
6. Jeffrey R. Holland, “Los obreros de la viña”, *Liahona*, mayo de 2012, pág. 32.



CERTEZAS DOCTRINALES

“...puedo vivir con algunas imperfecciones humanas, incluso entre los profetas de Dios; eso es de esperar de los mortales. Puedo vivir con algunos supuestos descubrimientos científicos que son contrarios al Libro de Mormón; el tiempo los corregirá; y puedo vivir con algunas supuestas anomalías históricas; son pequeñas en el panorama total de la verdad. Sin embargo, no puedo vivir sin las verdades doctrinales y

ordenanzas que restauró José Smith, no puedo vivir sin el sacerdocio de Dios para bendecir a mi familia, no puedo vivir sin saber que mi esposa y mis hijos están sellados a mí por la eternidad. Ésa es la opción que tenemos: unas cuantas preguntas sin respuesta por un lado, frente a infinidad de certezas doctrinales y el poder de Dios por el otro”.

Véase de Tad R. Callister, *Presidente General de la Escuela Dominical; “¿Cuál es el plano de la Iglesia de Cristo?” (Devocional del SEI, 12 de enero de 2014); cesdevotionals.lds.org.*

DEBES ORAR

El 12 de enero de 2010, el Padre Celestial me demostró Su poder después de que un edificio de concreto de cuatro pisos se desplomó sobre mí tras un terrible terremoto que devastó Haití.

Hallándome bajo el peso de los escombros, comencé a gritar y una voz apacible me habló: “Jimmy, ¿por qué no oras en lugar de gritar?”.

Sin embargo, yo no dejaba de gritar porque temía que iba a morirme en unos minutos. La voz, que sonaba como la de un buen amigo que desea ayudarte, volvió a hablarme: “Jimmy, debes orar”.

El dolor que sentía en las piernas se me hacía insostenible, y me estaba

quedando sin oxígeno en la oscuridad que me rodeaba. La voz vino una vez más: “Jimmy, debes orar”.

En ese momento, dejé de resistirme. Con voz débil, dije: “Padre Celestial, Tú conoces mis fuerzas y sabes cuánto tiempo podré soportar este dolor. Te lo suplico: por favor quítame este dolor. En el nombre de Jesucristo. Amén”.

Apenas hube dicho esa sencilla oración, me quedé dormido. No recuerdo lo que sucedió después, pero cuando desperté de un profundo sueño, ya no sentía dolor. Poco después, me encontraron los rescatistas que buscaban víctimas entre las

ruinas del edificio de mi oficina.

Posteriormente, me enteré que de los cinco empleados del segundo piso del edificio donde trabajaba en Puerto Príncipe, yo fui el único que salió vivo de entre los escombros. Debido a mis lesiones, perdí una pierna y pasé varios meses en el hospital. Pero sé que el Espíritu Santo me inspiró a orar y que el Padre Celestial contestó esa oración.

Puedo testificar que el Padre Celestial contesta nuestras oraciones a Su manera y de acuerdo con Sus deseos, en donde sea que nos encontremos y en todo momento que oremos. ■ Jimmy Saint Louis, Haití



LO QUE APRENDÍ ME CAMBIÓ EL CORAZÓN

Después de la muerte de nuestro hijo, Jaxon, de 18 años, medité profundamente acerca de la calidad y la dirección de mi vida. Tenía un hijo en el mundo eterno y tenía el ferviente deseo de vivir mi vida de forma tal que pudiéramos volver a disfrutar de nuestra relación familiar algún día. Deseaba también comprender mejor las Escrituras para que fueran una guía en mi vida.

No estoy segura de cuándo comencé a interesarme por el símbolo del corazón, pero lo impulsaba la esperanza de volver a ver a nuestro hijo. Conforme leía el Libro de Mormón, empecé a notar la forma en que se

utilizaba el corazón como símbolo de la condición de una persona o de la condición y dirección de un pueblo.

Cada vez que se mencionaba el corazón, se tratara de uno blando o endurecido, yo dibujaba un corazoncito rojo al margen. Comencé a notar modelos repetitivos. Cuando el corazón de las personas se ablandaba, tenían fuerza para enfrentarse a la adversidad, su amor por los demás aumentaba y se volvían más bondadosos y amables. Aprendí que el arrepentimiento es lo que cambia nuestro corazón cuando recurrimos al Salvador y aplicamos Su sacrificio expiatorio.

Tuve una magnífica experiencia al estudiar el Libro de Mormón. Lo que aprendí me cambió el corazón y, a su vez, mi vida. Lo que aprendí también me ha ayudado en mi trabajo de consultora matrimonial para parejas que enfrentan desafíos. He llegado a entender que les puedo enseñar y recordar los principios básicos que producen satisfacción y verdadera intimidad en el matrimonio. Sin embargo, mientras los cónyuges no aporten un corazón blando a su matrimonio, hay pocas probabilidades de que los cambios se produzcan y sean permanentes.

Desde aquel entonces en que dibujé los corazones al margen del Libro de Mormón, he vuelto a releer con frecuencia esos pasajes y sigo aprendiendo de esos versículos. Incluso he encontrado otros versículos que hablan del corazón que había pasado por alto la primera vez, lo que me recuerda que en las Escrituras siempre habrá algo nuevo que aprender, comprender y aplicar.

Pero, lo que es más importante aún, vuelvo a recordar el amor de mi Padre Celestial y de mi Salvador. Por causa de ese amor, tendré mi familia para siempre. Lo sé con todo mi corazón, por lo que estoy profundamente agradecida. ■

Darcy Logan, Alaska, EE. UU.

El dolor que sentía en las piernas se me hacía insoportable, y me estaba quedando sin oxígeno en la oscuridad que me rodeaba.





Después de limpiar y lustrar rápidamente los zapatos de mi compañero, los volvía a colocar con cuidado donde estaban.

LOS ZAPATOS CELESTIALES DE MI COMPAÑERO

Hace algunos años, al salir del Centro de Capacitación Misional de Provo, llegué a Florida sintiéndome preparado y entusiasmado para comenzar a trabajar en el campo misional. Cuando conocí a mi compañero, vimos que teníamos muchos intereses en común y nuestro compañerismo parecía ser perfecto.

Sin embargo, tras unas pocas semanas, observé algunas diferencias. Por ejemplo, yo estaba listo para ir a tocar puertas cada día, pero mi compañero no estaba muy entusiasmado al respecto. De hecho, aun cuando él era el compañero mayor, él decidía no tocar puertas.

También noté que parecía hablar mucho acerca de sí mismo. Provenía de una familia acomodada y había vivido muchas cosas que yo

desconocía, por ser de circunstancias más humildes.

Esas cosas hicieron que nacieran en mí sentimientos de incomodidad, que casi llegaron al nivel de resentimiento. El albergar resentimiento contra mi compañero me afectó espiritualmente, en especial cuando intentaba enseñar el Evangelio. Tenía que hacer algo. Primero consideré hablar con mi compañero y aclarar con él todas mis frustraciones, pero luego decidí emplear otra táctica.

Por las mañanas, él y yo nos turnábamos para ducharnos y prepararnos para el día; mientras él estaba en la ducha, decidí escabullirme al pie de su cama y limpiarle los zapatos. Después de limpiarlos y lustrarlos rápidamente, los volvía a colocar con cuidado donde estaban. Hice eso cada mañana durante dos semanas,

y noté que durante ese tiempo, mi resentimiento comenzó a ceder. A medida que servía a mi compañero, mi corazón comenzó a cambiar. No le mencioné nada sobre mi pequeño acto de servicio, pero un día, mi compañero comentó que él debía haber sido bendecido con “zapatos celestiales”, porque nunca parecían ensuciarse.

De esa experiencia aprendí dos lecciones importantes: Primero, aprendí que el verdadero problema lo llevaba en mi interior, aunque lo que provocaba mis sentimientos proviniera de afuera; el problema no era mi compañero.

Segundo, supe que, por lo general, servimos a quienes amamos. Lo que no sabía es que el mismo principio funciona a la inversa: llegamos a amar a quienes servimos. ■

Michael Reid, Arizona, EE. UU.

RECONOCÍ LA VOZ DEL PROFETA

Un domingo por la noche estaba cambiando las estaciones de radio tratando de encontrar buena música de domingo. Hacía tres meses que había venido a estudiar a Estados Unidos, desde mi tierra natal, México. Mientras escuchaba varias estaciones de radio locales, escuché una voz familiar y me detuve.

Pensé que era la voz del presidente Gordon B. Hinckley (1910–2008), quien era el Presidente de la Iglesia en ese entonces. Me di cuenta de que era raro que pudiera distinguir su voz; estaba acostumbrada a escuchar las conferencias generales, los devocionales del Sistema Educativo y otras transmisiones de la Iglesia siempre a través de la voz de un intérprete en español que hablaba sobre la voz del discursante; pero, de alguna manera, sabía que la voz en la radio era la del presidente Hinckley.

Aún no hablaba mucho inglés como para entender lo que él decía, pero seguí escuchando su mensaje en la radio de todos modos; su voz me brindaba una sensación de paz.

Al concluir el discurso, el locutor de la radio dijo: “Acabamos de escuchar al presidente Gordon B. Hinckley”.

Yo sabía que el Señor habla por medio de Sus siervos y bien sea que el mensaje provenga de Su voz o de la de Sus profetas, es lo mismo (véase D. y C. 1:38).

Pensé que era extraño que hubiera podido reconocer la voz del presidente Hinckley. El haberlo hecho, me hizo darme cuenta de que siempre quiero reconocer la voz que el Señor utiliza para comunicarse con Sus

hijos, sin importar el medio.

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”, dijo el Salvador (Juan 10:27).

En un mundo lleno de tantas voces, tantas “estaciones” para escoger, espero que siempre esté sintonizada para reconocer la voz de mi Pastor y de Sus siervos, y que esté dispuesta a seguir sus consejos. ■

Miriam Ruiz, Utah, EE. UU.

Mientras escuchaba varias estaciones de radio locales, escuché una voz familiar y me detuve.



Lo que aprendimos de nuestros padres

Jóvenes adultos hablan sobre la forma en que están utilizando las lecciones que aprendieron de sus padres.

TRABAJO DILIGENTE

En casa aprendí a trabajar arduamente. Mi familia usaba un sistema que llamábamos "lista de diligencia". A principios de mes, recibíamos una lista de diversas tareas que nos asignaban, tales como lavar los platos, atender los caballos, etc. Íbamos marcando las tareas realizadas, y al final del mes, nos daban una cantidad de dinero por nuestro trabajo diligente basado en la cantidad de marcas que teníamos en la tabla. De esa forma, aprendí a trabajar diligentemente y a ser responsable con el dinero.

Peter Stegeby, de Västerbotten, Suecia



PADRES RECTOS

Mi madre, que nos crió sola, tenía muchas cosas que hacer, pero siempre dedicó tiempo a ayudarme, consolarme o, sencillamente, a escucharme. El saber que siempre podíamos acudir a ella era algo grandioso, y deseo dar eso mismo a mis hijos en el futuro.

Cuando mi madre se volvió a casar, su nuevo esposo quiso ser el padre de mi hermano mayor y de mí. Poco después, una nueva hermanita llegó a la familia, pero nunca sentí la más mínima diferencia en la manera amorosa y cariñosa que ha cuidado de nosotros, como si fuésemos sus hijos. Gracias a su actitud, mi hermano mayor y yo pudimos crecer en una familia fuerte y unida, con el sacerdocio en casa. El día que fuimos sellados como familia fue muy especial. Su amoroso ejemplo me ha enseñado que ser padre no es algo que uno es, sino que uno llega a ser.

Amanda Cornelius, de Estocolmo, Suecia



PROTECCIÓN DIVINA

Cuando era niña, mi padre trabajaba muy lejos de casa y siempre llegaba cuando ya era de noche. Yo esperaba despierta hasta que él llegara a casa; pero un día, él se retrasó mucho y yo no lograba comunicarme con él por teléfono. Me sentía muy asustada. Recordé que mis padres me habían enseñado a orar siempre y a pedir ayuda cuando tuviera miedo, así que me arrodillé y oré pidiendo que mi padre llegara a casa a salvo. Para mi sorpresa, al concluir mi oración, oí afuera la bicicleta de mi padre. Me sentí muy agradecida a mi Padre Celestial por velar por mi padre.

Ahora que soy una joven adulta, cuando me siento confusa o con temor, la primera persona que me viene a la mente es mi Padre Celestial. Sé que Él siempre está conmigo y escucha mis oraciones.

Rohini Krishnan, de Bangalore, India

ORACIÓN

Una noche fui al cuarto de mis padres a preguntarle algo a papá, pero él estaba arrodillado orando. Volví unos minutos más tarde, pero él seguía en la misma posición. Decidí prepararme para acostarme, pensando que para cuando yo estuviera lista con mi rutina, él ya habría terminado su oración. Cuando regresé al cuarto de mis padres, unos diez minutos más tarde, ¡mi padre aún estaba orando! Ver ese ejemplo de mi padre fortaleció mi testimonio. Realmente estaba volcando su corazón en oración al Padre Celestial. Jen Hansen, de Idaho, EE. UU.



EL CASAMIENTO EN EL TEMPLO

Me siento agradecida de que mis padres hayan compartido conmigo la historia de su relación. Se hicieron buenos amigos cuando tenían 14 años; crecieron y estudiaron juntos. Con el tiempo, su amistad fue convirtiéndose en verdadero amor, y se casaron en el templo. Tengo en mente seguir el ejemplo de mis padres de casarme en el templo y espero que pueda experimentar felicidad y verdadero amor como ellos lo han hecho. Pasăre Ana Maria, de Prahova, Rumania





UN HOGAR CENTRADO EN CRISTO

Jesucristo siempre ha sido el centro de la relación que hay entre mis padres. Se dedicaron a crear un hogar donde morara el Espíritu y pusieron mucha importancia en el estudio de las Escrituras en familia, la oración familiar y la noche de hogar.

Mi madre fue llamada como maestra visitante de una joven madre que estaba en una situación difícil tras haberse divorciado recientemente. Con frecuencia, al llegar a mi casa, encontraba a mi madre cuidando a los dos niños de esa hermana. En ocasiones, mientras salíamos a hacer alguna diligencia, nos deteníamos en casa de esa hermana y mi madre le dejaba una nota en la puerta. Estoy agradecida por el ejemplo de mi madre de que la caridad “no busca lo suyo” (Moroni 7:45).

Mis padres siempre procuran aprender cosas nuevas y utilizan sus conocimientos y destrezas para edificar el reino de Dios. A raíz de su ejemplo, he colocado la educación en un lugar de prioridad en mi vida. El ejemplo de mis padres me llevó a casarme con un hombre que también tiene a Jesucristo en el centro de su vida.

Rachel Nielsen, de Utah, EE. UU.

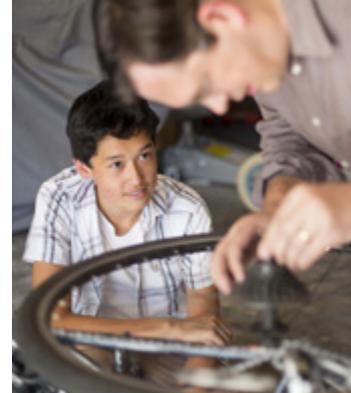


CONFIAR EN EL PADRE CELESTIAL Y EN JESUCRISTO

Mi padre puede reparar casi cualquier cosa. Cuando yo era adolescente, le pregunté cómo podía arreglar las cosas tan bien. Me dijo: “Antes de comenzar a trabajar, hago una oración para pedir al Padre Celestial que me ayude; después me pongo a trabajar”. Su ejemplo me ha enseñado a ser humilde y a procurar inspiración celestial.

Cuando mi madre se ha sentido desanimada, ha buscado paz y sanación a los pies del Salvador. Cuando he tenido experiencias similares, ella me ha alentado a utilizar el poder de la Expiación. Como joven adulto, sigo recibiendo paz, amor y seguridad del Salvador por seguir el ejemplo recto de mi madre.

Isak Malm, de Jönköping, Suecia



NATURALEZA DIVINA

Cuando yo era joven, mis padres sembraron en mi alma el amor puro de mi Padre Celestial. Empecé a conocerlo cuando mi madre me cantaba “Soy un hijo de Dios” (*Himnos*, N° 196) y, con el tiempo, el ejemplo de mis padres ha sido mi mayor inspiración para llegar a conocer y amar a mi Padre Celestial mediante el servicio y la asistencia fiel a las reuniones y actividades de la Iglesia.

Marlin Ortega Vásquez, de Managua, Nicaragua

Un nuevo destino

Por Amancay Kotecka-Miño

A veces mi vida parece un vuelo constante en avión. Mi madre es ecuatoriana y mi padre es polaco; yo nací en Ecuador, pero cuando tenía 10 años nos mudamos a España, donde residimos sólo dos años. A los 12 años, volvimos a subirnos a un avión, esta vez hacia Polonia. Anhelaba tener estabilidad, amigos y familiares que vivieran cerca, y acabar con las despedidas.

Primeros encuentros con los élderes

Alguien tocó a la puerta; abrí y me encontré frente a dos jóvenes. Sin ninguna consideración, cerré la puerta antes de que pudieran decir nada.

“Abre la puerta de nuevo y discúlpate”, me ordenó mi padre desde el fondo de la casa. “¡No te enseñamos a tratar a las personas de esa manera!”

Sintiéndome avergonzada, abrí la puerta. “Lo lamento”, alcancé a susurrar.

“Quiero saber en cuanto a ustedes y acerca de sus creencias; pasen, por favor”, los invitó mi padre. Los jóvenes se presentaron como misioneros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

A regañadientes, escuché su mensaje; a los 13 años, no tenía más remedio que participar.

Esos misioneros visitaron mi casa durante cuatro meses y nos enseñaron las doctrinas de la Iglesia restaurada de Jesucristo. “Respetamos y admiramos su valentía, pero nunca cambiaremos de religión”, les dijo mi padre finalmente, y nunca más volvimos a ver a esos élderes.

El deseo de hallar la verdad

Pasaron dos años y las circunstancias de mi familia cambiaron, dejando en mí una profunda tristeza. Mi padre se había ido de Polonia en busca de trabajo, por lo que nuestra familia quedó dividida. Me sentía desesperada y buscaba a Dios. Mis oraciones se tornaron más sinceras, y le rogaba al Padre Celestial que me ayudara a encontrar Su presencia.

Un día, mi madre me dijo: “Alguien que se llama Garling preguntó por ti; le dije que volviera la semana que viene”. Ella sabía que era un misionero y no estaba interesada en el mensaje, por lo que no consideró que hubiera urgencia.

Ese viernes por la noche, de nuevo escuché que tocaban a la puerta; esta

Parecía que mi vida eran viajes interminables en avión. Ansiaba tener paz y estabilidad pero nunca lo conseguí hasta que verdaderamente acudí al Señor.

vez di una cordial bienvenida y una sonrisa a esos emisarios. “Ustedes son bienvenidos en mi casa, pero deben saber que nunca me haré mormona”, les dije.

Los élderes me enseñaron de todas formas, cada viernes por la tarde, durante seis meses. Tras haber comido kilos y kilos de galletas horneadas por mi madre, y de que respondieran a miles de preguntas, empecé a hallar respuestas a mis preguntas más profundas. Parecía que cada vez que los misioneros nos visitaban, conseguía armar otra pieza del rompecabezas de la vida. Intrigada, finalmente hice lo que los élderes me habían pedido: orar y preguntar al Padre Celestial si sus palabras y el Libro de Mormón eran verdaderos. Ellos me aseguraron que Dios contesta las oraciones.

Confirmación y vacilación

A medida que oraba y estudiaba las Escrituras con mayor intensidad, esas doctrinas se volvieron más dulces para mi alma. Por varios meses estuve con dudas, pensando que necesitaba evidencias concretas y que debía

respuesta. Me dediqué a las cosas del mundo, por lo que temí que mi decisión de bautizarme no fuera bien recibida por las personas a quienes quería.

Poco a poco, mis errores y decisiones me hicieron sorda a los susurros del Espíritu. Dejé mis Escrituras

perspectiva de volvernos a mudar me angustiaba. Finalmente, me arrodillé de nuevo en oración y expresé sinceramente estas palabras: “Padre Celestial, hágase Tu voluntad, no la mía”.

Esa oración marcó el inicio de mi retorno a la Iglesia, que yo sabía que iba a requerir arrepentimiento. Al siguiente domingo, por primera vez en casi un año, asistí a la reunión sacramental; y al día siguiente, nuevamente decidí bautizarme.

El Señor me ayudó a superar el difícil proceso de regresar a lo que una vez supe que era verdadero. Hoy en día, considero esas circunstancias adversas como unas de las bendiciones más preciadas de Dios. Él no me olvidó; escuchó mis oraciones y esperó hasta que pude reconocer Sus respuestas; me ayudó en todo mi sufrimiento, fortaleciéndome y protegiéndome, y en el proceso, obtuve una mayor claridad acerca del significado de la divina misión de Cristo y de Su expiación.

Me bauticé en abril de 2011. Desde ese entonces, mi avión ha vuelto a despegar: actualmente vivo en Francia, lo que significa más cambios. Sin embargo, le agradezco a Él mi vida y las circunstancias que me ha permitido vivir. Gracias a mi testimonio de la expiación de Jesucristo, ahora comprendo que no estoy sola, sea cual sea el próximo destino adonde me lleve la vida. No sé si mi avión volverá a despegar; lo único que sé, es que mi nuevo destino es el sendero estrecho que conduce a la vida eterna con el Padre Celestial y Su Hijo Jesucristo. ■

La autora vive en Francia.



saber todo acerca del Evangelio antes de unirme a esta Iglesia. Finalmente, las palabras del Salvador en Juan 20:29 llegaron a mi alma: “Bienaventurados los que no vieron y creyeron”. Decidí bautizarme.

Mis padres exigieron que esperara hasta que fuera adulta para ser bautizada, y ese tiempo me ayudó a progresar y saber más del Evangelio. Tristemente, al acercarse la fecha de mi bautismo, dejé de confiar en mi

olvidadas en el último rincón de mi baúl e incluso dejé de orar.

Las bendiciones del arrepentimiento

Mi vida no iba como esperaba; había muchas lágrimas y desilusiones; era muy difícil entender por qué mi familia tenía que pasar por tantas adversidades. Poco antes de mi último año de bachillerato, mis padres tuvieron que salir de Polonia. La

FORTALEZA, QUE VA MÁS ALLÁ DE LA NUESTRA

El poder habilitador de la expiación de Jesucristo nos fortalece para hacer el bien y ser benignos, y para servir más allá de nuestro propio deseo personal y de nuestra capacidad natural.



**Por el élder
David A. Bednar**
Del Quórum de los
Doce Apóstoles

Sospecho que muchos miembros de la Iglesia están mucho más familiarizados con la naturaleza del poder redentor y purificador de la Expiación que con su poder fortalecedor y habilitador. Una cosa es saber que Jesucristo vino a la Tierra para morir por nosotros, lo cual es básico y fundamental respecto a la doctrina de Cristo; pero también tenemos que reconocer que el Señor desea, mediante Su expiación y por medio del poder del Espíritu Santo, *vivir* en nosotros, no sólo para guiarnos, sino también para darnos poder.

La mayoría de nosotros sabe que cuando hacemos cosas malas, necesitamos ayuda para vencer los efectos del pecado en nuestra vida. El Salvador ha pagado el precio y ha hecho posible que seamos limpios mediante Su poder redentor. La mayoría de nosotros entiende claramente que la Expiación es para los pecadores; sin embargo, no estoy seguro de que sepamos y comprendamos que la Expiación también es para los santos, para los hombres y mujeres buenos que son obedientes, dignos y dedicados, y que están esforzándose por llegar a ser mejores y servir más fielmente. Tal vez creamos, por error, que el trayecto para pasar de buenos a mejores y llegar a ser santos lo tenemos que

realizar solos, por pura determinación, fuerza de voluntad y disciplina, y con nuestras capacidades obviamente limitadas.

El evangelio del Salvador no se refiere simplemente a evitar hacer lo malo en la vida; tiene que ver esencialmente con hacer el bien y llegar a ser buenos. La Expiación nos proporciona ayuda para superar y evitar lo malo, y para hacer el bien y llegar a ser buenos. La ayuda del Salvador está disponible para el trayecto entero de la vida terrenal: para pasar de malos a buenos y a mejores, y para cambiar nuestra naturaleza misma.

No estoy diciendo que los poderes redentores y habilitadores de la Expiación sean separados y distintos; más bien, estas dos dimensiones de la Expiación están relacionadas y se complementan; es necesario que ambas funcionen durante todas las fases del trayecto de la vida; y es eternamente importante que todos reconozcamos que estos *dos* elementos esenciales del trayecto de la vida terrenal, tanto despojarnos del hombre natural y llegar a ser santos como superar lo malo y llegar a ser buenos, se logran mediante el poder de la Expiación. La fuerza de voluntad individual, la determinación y motivación personales, la planificación eficaz y

el fijar metas son necesarios, pero al final son insuficientes para que lleguemos a cabo con éxito este recorrido terrenal. Verdaderamente, debemos llegar a confiar en “los méritos, y misericordia, y gracia del Santo Mesías” (2 Nefi 2:8).

La gracia y el poder habilitador de la Expiación

Del diccionario bíblico en inglés aprendemos que la palabra *gracia* a menudo se usa en las Escrituras para indicar un poder que fortalece o habilita:

“[Gracia es] una palabra que figura con frecuencia en el Nuevo Testamento, especialmente en los escritos de Pablo. La idea principal de la palabra es: *medios divinos de ayuda*

o fortaleza que se dan a través de la abundante misericordia y amor de Jesucristo.

“Es por medio de la gracia del Señor Jesucristo, que Su sacrificio expiatorio hace posible que la humanidad se levante en inmortalidad, cuando cada persona recibirá su cuerpo de la tumba en un estado de vida sempiterna. *Es igualmente mediante la gracia del Señor que las personas*, por medio de la fe en la expiación de Jesucristo y el arrepentimiento de sus pecados, *reciben fortaleza y ayuda para realizar buenas obras que de otro modo no podrían llevar a cabo si tuvieran que valerse por sus propios medios. Esta gracia es un poder habilitador* que permite a los hombres y a las mujeres asirse de

la vida eterna y la exaltación después de haber dedicado su mejor empeño” (Diccionario Bíblico en inglés, “Grace”; cursiva agregada).

La gracia es la ayuda divina o la ayuda celestial que cada uno de nosotros necesita desesperadamente para hacerse merecedor del reino celestial. Por consiguiente, el poder habilitador de la Expiación nos fortalece para hacer el bien y ser benignos, y para servir más allá de nuestro propio deseo personal y de nuestra capacidad natural.

En mi estudio personal de las Escrituras, con frecuencia añado el término “poder habilitador” cada vez que encuentro la palabra *gracia*. Consideremos, por ejemplo, este versículo con el cual todos estamos familiarizados: “...sabemos que es por la gracia por la





que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos” (2 Nefi 25:23). Creo que podemos aprender mucho en cuanto a este importante aspecto de la Expiación si cada vez que encontremos la palabra *gracia* en las Escrituras, insertamos “poder habilitador y fortalecedor”.

El ejemplo de Nefi

El trayecto de la vida terrenal es para pasar de ser malos a buenos y a mejores, y cambiar nuestra naturaleza misma. El Libro de Mormón está repleto de ejemplos de discípulos y profetas que conocieron, comprendieron y fueron transformados por el poder habilitador de la Expiación al realizar ese trayecto. A medida que lleguemos a entender mejor ese sagrado poder, nuestra perspectiva del Evangelio se ensanchará y enriquecerá considerablemente; y esa perspectiva nos cambiará de maneras extraordinarias.

Nefi es un ejemplo de alguien que conoció, comprendió el poder habilitador del Salvador y confió en él. Recordarán que los hijos de Lehi

habían regresado a Jerusalén para conseguir el apoyo de Ismael y de los de su casa. Lamán y otros del grupo que viajaban con Nefi desde Jerusalén de regreso al desierto se rebelaron, y Nefi exhortó a sus hermanos para que tuvieran fe en el Señor. A esa altura del trayecto, los hermanos de Nefi lo ataron con cuerdas y planearon su destrucción. Presten atención a la oración de Nefi: “¡Oh Señor, según mi fe en ti, líbrame de las manos de mis hermanos; sí, *dame fuerzas para romper estas ligaduras que me sujetan!*” (1 Nefi 7:17; cursiva agregada).

¿Saben lo que probablemente hubiese pedido yo si mis hermanos me hubieran atado? “¡Por favor sácame de este enredo AHORA MISMO!” Me parece muy interesante que Nefi no oró para que sus circunstancias cambiaran; más bien, oró para tener la fortaleza de cambiar sus circunstancias; y creo que él oró de esa manera precisamente porque conocía, comprendía y había experimentado el poder habilitador de la Expiación.

No creo que las ligaduras con las que Nefi estaba atado se cayeran por arte de magia de sus manos y muñecas; más bien, sospecho que fue bendecido con perseverancia así como con fortaleza personal más allá de su capacidad natural y que después, “con la fuerza del Señor” (Mosíah 9:17) luchó, retorció y tiró de las cuerdas hasta que al final, y en forma literal, pudo romper las ligaduras.

Lo que este episodio implica para cada uno de nosotros es bastante claro. A medida que ustedes y yo lleguemos a comprender y a emplear el poder habilitador de la Expiación en nuestra vida, oraremos para tener fortaleza y la buscaremos a fin de cambiar nuestras circunstancias en lugar de pedir que nuestras circunstancias cambien. Llegaremos a convertirnos en agentes que actúan, en vez de objetos sobre los que se actúe (véase 2 Nefi 2:14).

El Salvador sabe y comprende

En el capítulo 7 de Alma aprendemos cómo y por qué el Salvador es capaz de proporcionar el poder habilitador: “Y él saldrá, sufriendo *dolores, aflicciones y tentaciones* de todas clases; y esto para que se cumpla la palabra que dice: Tomará sobre sí los *dolores* y las *enfermedades* de su pueblo.

“Y tomará sobre sí la muerte, para soltar las ligaduras de la muerte que sujetan a su pueblo; y sus *enfermedades* tomará él sobre sí, para que sus entrañas sean llenas de misericordia, según la carne, a fin de que según la carne sepa cómo socorrer a los de su pueblo, de acuerdo con las enfermedades de ellos” (Alma 7:11-12; cursiva

agregada). El Salvador no sólo ha sufrido por nuestras iniquidades, sino también por la desigualdad, la injusticia, el dolor, la angustia y la aflicción emocional que con mucha frecuencia nos acosan.

No hay ningún dolor físico, ninguna angustia del alma, ningún

sufrimiento del espíritu, ninguna enfermedad o debilidad que ustedes o yo hayamos experimentado durante nuestra vida terrenal que el Salvador no haya experimentado primero.

Es posible que, en un momento de debilidad, ustedes y yo exclamemos: “Nadie entiende; nadie sabe”. Tal vez

ningún ser humano sepa, pero el Hijo de Dios sabe y entiende perfectamente, porque Él sintió y llevó nuestras cargas antes que nosotros; y, debido a que Él pagó el precio máximo y llevó esa carga, Él entiende perfectamente y puede extendernos Su brazo de misericordia en muchas etapas de la vida. Él puede extender la mano, tocarnos, socorrernos, literalmente correr hacia nosotros, y fortalecernos para que seamos más de lo que jamás podríamos ser, y para ayudarnos a hacer lo que nunca podríamos lograr si dependiéramos únicamente de nuestro propio poder.

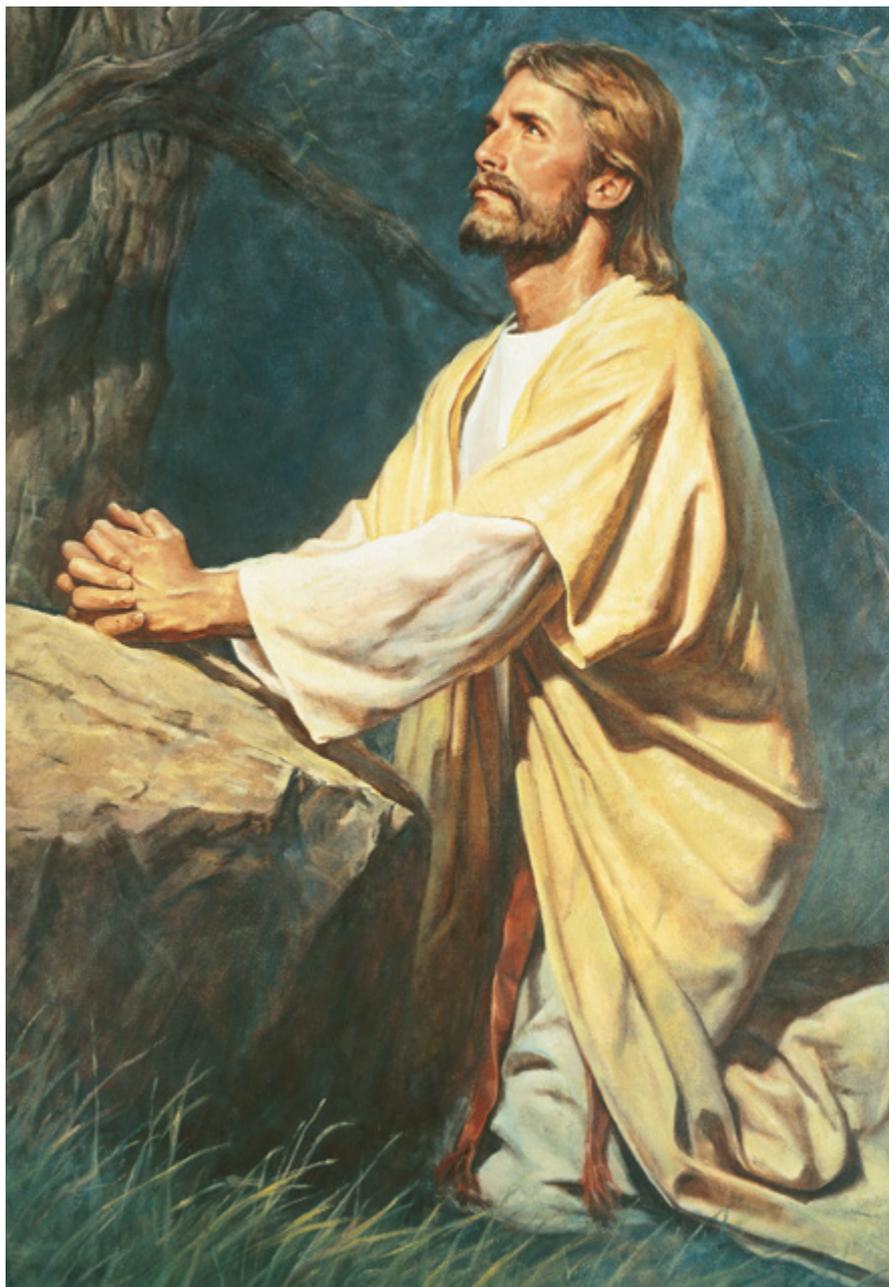
“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

“Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

“Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:28–30).

Declaro mi testimonio y agradecimiento por el sacrificio infinito y eterno del Señor Jesucristo. Sé que el Salvador vive. He experimentado Su poder redentor, así como Su poder habilitador, y testifico que esos poderes son reales y que están al alcance de cada uno de nosotros. Verdaderamente, “con la fuerza del Señor” podemos hacer y superar todas las cosas a medida que avanzamos en nuestro trayecto de la vida terrenal. ■

De “La Expiación y el trayecto de la vida mortal”, Liahona, abril de 2012, págs. 12–19.





Por Randall L. Ridd

Segundo Consejero
de la Presidencia
General de los
Hombres Jóvenes

No juzgues QUIÉN ESTÁ LISTO

*Nunca se sabe quién
está listo para recibir
el Evangelio.*

Siempre recordaré la cena de reencuentro del 40° aniversario de graduación de la escuela secundaria. Estaba ansioso por ver a viejos amigos que no había visto por muchos años y saber lo que había sucedido en su vida desde la escuela secundaria.

Al conversar en la mesa con otros 8 o 10 compañeros durante la cena, uno de mis viejos amigos, Greg Link, mencionó que se había bautizado en la Iglesia cuando tenía unos veintitantos años.

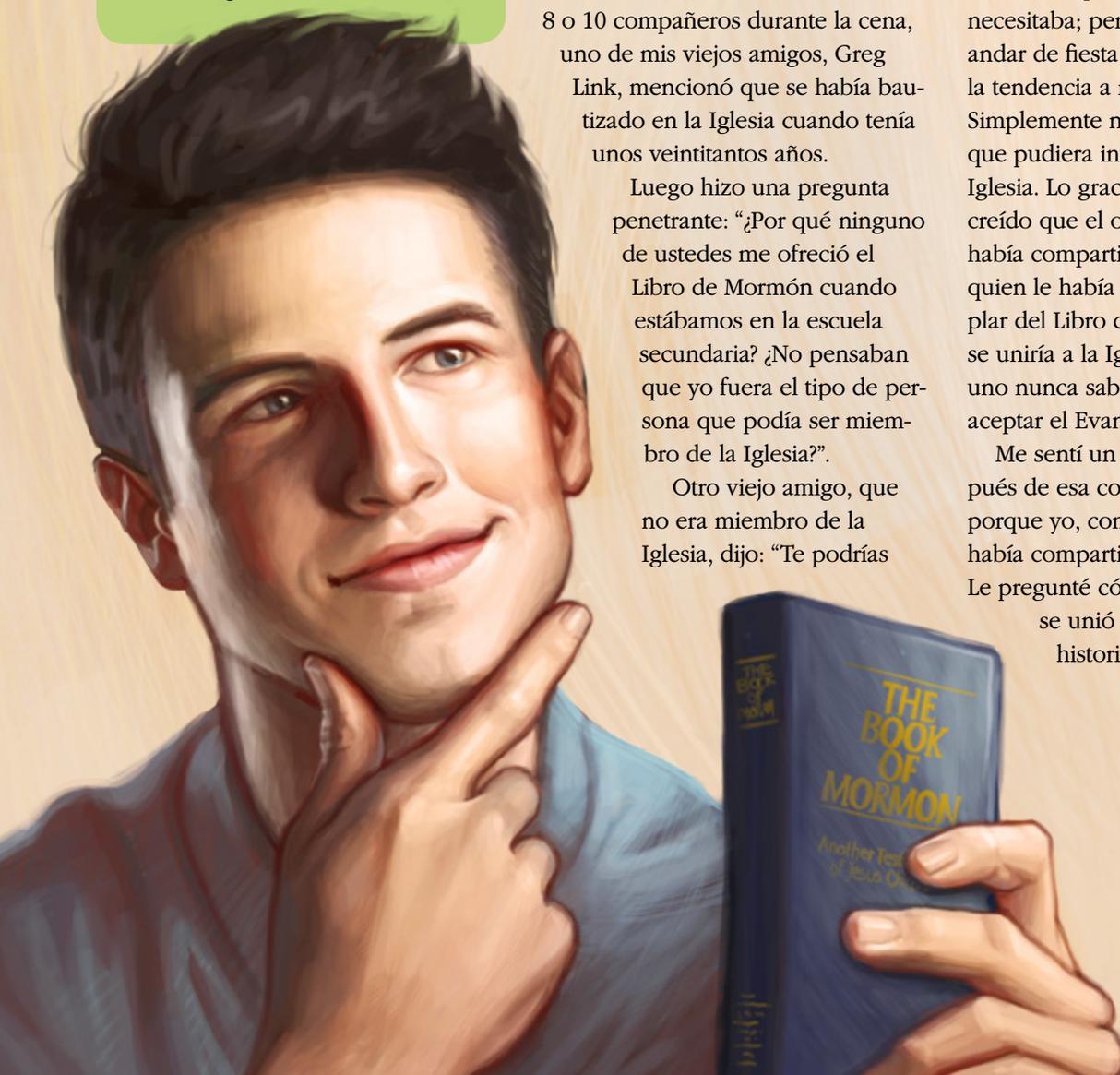
Luego hizo una pregunta penetrante: “¿Por qué ninguno de ustedes me ofreció el Libro de Mormón cuando estábamos en la escuela secundaria? ¿No pensaban que yo fuera el tipo de persona que podía ser miembro de la Iglesia?”.

Otro viejo amigo, que no era miembro de la Iglesia, dijo: “Te podrías

haber quedado con uno de los míos; ¡a mí me dieron como cincuenta!”.

Quedé atónito. En la escuela secundaria, si alguien me hubiera dicho que Greg se iba a bautizar y que llegaría a ser un motivador profesional, no lo hubiera creído. Greg me caía muy bien; era la clase de amigo fiel con el que uno podía contar si lo necesitaba; pero sabía que le gustaba andar de fiesta en fiesta y que tenía la tendencia a meterse en problemas. Simplemente nunca se me ocurrió que pudiera interesarle saber sobre la Iglesia. Lo gracioso fue que yo había creído que el otro amigo, con quien había compartido el Evangelio y a quien le había obsequiado un ejemplar del Libro de Mormón, algún día se uniría a la Iglesia. Lo cierto es que uno nunca sabe quién está listo para aceptar el Evangelio y quién no.

Me sentí un poco avergonzado después de esa conversación con Greg, porque yo, como muchos otros, no había compartido el Evangelio con él. Le pregunté cómo fue que finalmente se unió a la Iglesia. Ésta es su historia:



Mi familia se mudó a Salt Lake City, Utah, cuando yo tenía unos 11 años, pero no me uní a la Iglesia sino hasta que tenía 24. En retrospectiva, puedo darme cuenta por qué nadie compartió el Evangelio conmigo; a simple vista yo no era un contacto de oro. De hecho, era un joven un tanto revoltoso; con frecuencia me peleaba y me metía en problemas en la escuela.

Tenía varios conocidos SUD, pero sólo uno de ellos me habló alguna vez en cuanto a la Iglesia, y eso fue porque yo lo molestaba porque leía el Libro de Mormón cuando iba a cuidarnos a mis hermanos y a mí.

Sin embargo, sentía curiosidad por ciertas cosas. Mi mamá me llevó a una iglesia cristiana local y una vez les pregunté por qué Jesús no había ido al continente americano. Se burlaron un poco de mí por haber hecho una pregunta como ésa, así que no pregunté más al respecto.

Años después, decidí ir al

centro de visitantes de la Manzana del Templo de Salt Lake City. Allí había un maqueta sobre Cristo en el continente americano, y de repente recordé las preguntas que había tenido en cuanto al tema cuando había sido más joven. Fue entonces que sentí el Espíritu y supe que estaba listo para escuchar.

El ejemplo de mis amigos de la escuela secundaria fue algo que permaneció conmigo. De hecho, las personas a las que más respetaba eran SUD. Tanto Randy Ridd como su esposa fueron a la misma escuela que yo, y siempre fueron muy buenos ejemplos y muy buenas personas. Más adelante, eso influyó mucho en mí. Pensé: “Si Randy creía que esto era real, debe ser importante”.

No sé qué hubiera sucedido si hubieran compartido más en cuanto al Evangelio conmigo en ese entonces; quizá yo no hubiera estado listo; pero en retrospectiva, ojalá lo hubieran hecho; sé que habría tenido un impacto en mí.



EL SEÑOR PREPARA A SUS HIJOS

“El Señor ama a todos Sus hijos y desea que todos tengan la plenitud de Su verdad y la abundancia de Sus bendiciones. Él sabe cuándo están listos y desea que demos oído a Sus instrucciones sobre cómo compartir Su evangelio. Cuando lo hagamos, los que estén preparados responderán al mensaje de Aquél que dijo: ‘Mis ovejas oyen mi voz... y me siguen’ (Juan 10:27)”.

Élder Dallin H. Oaks, del Quórum de los Doce Apóstoles, “Compartir el Evangelio”, Liahona, enero de 2002, pág. 9.

Estoy muy agradecido de que mi ejemplo haya tenido un impacto positivo en Greg, pero me sentiría mucho mejor si hubiera hecho algo al respecto en ese entonces. Si hubiera compartido el Evangelio o el Libro de Mormón, o si por lo menos hubiera invitado a Greg a una actividad, podría haber cambiado su vida. Quizá se hubiera unido a la Iglesia antes; posiblemente hasta hubiera prestado servicio en una misión.

He aprendido que ser un buen ejemplo es

realmente importante, pero también lo es la responsabilidad de compartir el Evangelio. El Señor nos ha mandado hacerlo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15).

De modo que, no tengas miedo de hablar. Es más, no estés tan presto a juzgar quién está listo y quién no; es probable que te sorprenda qué corazón se ha ablandado, aun cuando ese interés esté en un lugar tan profundo que tú no puedas verlo. ■

TEN EL VALOR DE COMPARTIR EL EVANGELIO



Se requiere valor para compartir el Evangelio con alguien que no conoces. Sólo pregúntale a un nuevo misionero de tiempo completo. A veces se requiere incluso más valor para preguntarle a tus amigos si les gustaría saber en cuanto a la Iglesia, el Libro de Mormón o nuestras creencias.

Uno se pregunta: ¿Y si no les interesa? ¿si se ofenden? ¿si se burlan de mí? ¿Qué tal si dicen que me odian y que no quieren volver a verme?

No te preocupes; no es muy probable que eso suceda. Tus amigos probablemente digan: “No, gracias”; pero no

te sorprendas si algunos responden: “Claro, dime más al respecto”; especialmente si vives el Evangelio.

El élder M. Russell Ballard, del Quórum de los Doce Apóstoles, ha dicho: “Somos miembros de la Iglesia restaurada de Jesucristo, investidos con poder y enviados por el Señor mismo para encontrar, nutrir y llevar sanos y salvos a Su Iglesia a aquellos que buscan conocer la verdad”.

Desde esa perspectiva, compartir el Evangelio es “simple y [obvio]”; sin embargo, admitió el élder Ballard, “la obra misional... puede resultar difícil y, en ocasiones, atemorizante”.

PRIMERO, *ora individualmente y con tu familia* para que el Señor les ayude a encontrar maneras de compartir el Evangelio. (La barra lateral contiene un ejemplo de lo que una jovencita hizo en Brasil.) Además, pídele al Señor que te guíe a los que están listos.



SEGUNDO, *sé un ejemplo.* En un mundo de normas que van en decadencia, tus amigos observarán tu luz. Tu dignidad personal te dará valor y poder espiritual.



TERCERO, *ejerce fe y confianza en el Señor, y siempre demuestra amor hacia los demás.*



¿Cómo podemos vencer ese temor? A continuación, el élder Ballard sugiere tres maneras:

“Algunos miembros dicen: ‘Tengo miedo de hablar sobre el Evangelio porque alguien podría ofenderse’”, dice el élder Ballard. “La experiencia ha demostrado que la gente no se ofende cuando la acción de compartir está motivada por un espíritu de amor e interés. ¿Cómo podría alguien ofenderse cuando decimos algo así: ‘Amo la forma que mi Iglesia tiene de ayudarme’ y luego añade lo que le indique el Espíritu?”¹.

Es el deber de todos los miembros de la Iglesia compartir el Evangelio, y eso te incluye a ti. Así que, sé valiente y deja que el Señor bendiga tus esfuerzos. ■

NOTA

1. Véase de M. Russell Ballard, “El papel esencial de los miembros en la obra misional”, *Liahona*, mayo de 2003, págs. 38, 39–40.



EL VALOR DE LOS CREYENTES

“...con la valentía de nuestras convicciones, ruego que declaremos, al igual que el apóstol Pablo: ‘...no me avergüenzo del evangelio de Cristo’ (Romanos 1:16); y luego, con el mismo valor, que sigamos el consejo de Pablo: ‘...sé ejemplo de los creyentes en palabra, en conducta, en amor, en espíritu, en fe y en pureza’ (1 Timoteo 4:12).

Presidente Thomas S. Monson, “Esfuércense y sean valientes”, *Liahona*, mayo de 2014, pág. 69.

LO MÁS PRECIADO QUE TENGO

Por Mariana Santos

En la conferencia de juventud multiestaca que tuvimos, todos recibimos un ejemplar del Libro de Mormón y se nos invitó a que se lo obsequiáramos a alguien. Yo deseaba darle el mío a mi cantante favorito de música pop.

Cuando me enteré de que iba a dar un concierto en mi ciudad, pensé que sería la oportunidad perfecta. En cada uno de sus conciertos se lleva a cabo una rifa para seleccionar a quince admiradores que irán detrás del escenario para encontrarse con él. Es casi imposible ser seleccionado, pero, de todas maneras, me inscribí.

Unas cuantas semanas antes del concierto, escribí mi testimonio en un Libro de Mormón y oré. Le expliqué al Padre Celestial que las probabilidades estaban en mi contra y que necesitaba Su ayuda.

En cuanto dije “amén”, sonó mi teléfono celular con una llamada de la oficina del cantante. ¡Me habían seleccionado!

El día del concierto, detrás del escenario, le obsequié el libro al cantante. Lo abrió y leyó mi testimonio: “Dediqué mucho tiempo a pensar en un regalo útil y de valor para usted, y me di cuenta que debía darle algo que fuera de valor por su contenido y no por su precio. Éste es el Libro de Mormón; es lo máspreciado que tengo. Si lo lee, también lo será para usted”.

Él me abrazó y me dijo que lo iba a leer. ¡No podía contener las lágrimas!

Es una experiencia poco frecuente darle un Libro de Mormón a una persona famosa, pero compartir el libro debería ser una experiencia común y corriente. Pude habérselo dado a una amiga de la escuela, a un vecino o a cualquier otra persona.

El obsequiar un Libro de Mormón, dar nuestro testimonio, hablar sobre la Iglesia y ser un ejemplo son nuestros deberes. Nunca debemos avergonzarnos de compartir el evangelio de Jesucristo.

La autora vive en Brasil.



RECUERDA

que es decisión de ellos

El albedrío se aplica a todos, aun a aquéllos a quienes invitas a conocer la Iglesia.



INVITAR A MENUDO E INVITAR A TODOS.

Puesto que es imposible saber por adelantado quién se interesará en el Evangelio y quién no, extiende invitaciones con regularidad y con cuantas personas te sea posible, poniendo atención en particular a las impresiones del Espíritu. Logramos el éxito como misioneros cuando invitamos a las personas a aprender y a aceptar la verdad.

Al invitar a los demás a aprender en cuanto al Evangelio, es importante que te des cuenta de que ellos tienen el albedrío de decidir si van a aceptar o no tu invitación. El éxito que tengas no se mide en base a la respuesta que te den, sino en base a tu dedicación para compartir con los demás.

Entonces, si el éxito no se mide por los que dijeron que sí o los que se bautizaron, ¿en qué *deberías* concentrarte al establecer metas relacionadas con la obra misional? Pon la mira en lo que *tú* puedes hacer, y no en la manera en que ellos respondan. Recuerda que tú también tienes el albedrío. Tú puedes tomar la decisión de



SEGUIR SIENDO AMIGABLE.

Si alguien rechaza la invitación de saber más, sigue siendo cortés y amable. Conserva tus amistades siempre y cuando mantengan normas elevadas. Brinda amor cristiano a todos los que puedas, aun cuando no comprendan todo lo que crees y haces.

SEGUIR SIENDO FIEL.

El Salvador lo expresó de la mejor manera: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16). Ama el Evangelio y vívelo, y tarde o temprano *encontrarás* personas que desean saber por qué y que están preparadas para aceptar el Evangelio.



FE PARA COMPARTIR

“Respetamos la decisión y el tiempo de cada persona. El Señor dijo: ‘...escoja todo varón por sí mismo’ (D. y C. 37:4). La falta de interés de una persona no tiene por qué disminuir nuestros lazos de amistad y de amor. Ya sea que se acepte o no la invitación que hagan a los demás de ‘venir y ver’, ustedes sentirán la aprobación del Señor y, con esa aprobación, obtendrán una medida mayor de fe para compartir sus creencias una y otra vez”.

Élder Neil L. Andersen, del Quórum de los Doce Apóstoles, “Es un milagro”, *Liahona*, mayo de 2013, pág. 79.

Cómo lograr el éxito como misionero

¿Estás buscando otras sugerencias que te ayuden a tener más éxito como misionero? Echa un vistazo a diez ideas muy buenas en las páginas 10 y 11 de *Predicad Mi Evangelio: Una guía para el servicio misional*, 2004.

SÉ PACIENTEMENTE PERSISTENTE.

Tal como se demuestra en el relato de la derecha, a veces se requieren muchas invitaciones antes de que el tiempo sea el correcto. Sigue abriendo la puerta, siendo amigable y no te desanimes. El Señor es consciente de tus esfuerzos y te bendecirá (véase D. y C. 98:2). ■

LO INVITÉ UNA Y OTRA VEZ

Por Meiry Susana da Silva Rosa

Sabía que todos debíamos compartir el Evangelio, pero nunca había tenido éxito. Entonces, cuando estaba tomando un curso de español, conocí a un joven llamado Tiago. Nos hicimos amigos y a menudo caminábamos juntos a casa de la escuela. Un día, pasamos por una capilla SUD que hacía poco se había construido.

“Hace varios años que soy miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días”, le dije. Compartí con él algunas de las cosas que creemos y le dije cuán bendecidos habíamos sido mi familia y yo gracias al Evangelio. Lo invité a asistir a las reuniones el siguiente domingo a las 9:00 de la mañana.

Llegó el domingo y lo esperé ansiosamente, pero no fue. Durante la semana, lo volví a invitar. Esa situación se repitió cada semana durante dos o tres meses y siempre me daba una razón por la que no había ido: “Me quedé dormido”, “Tuve problemas”. Pero yo lo seguí invitando, y a él parecía no molestarle.

Un domingo por la mañana me senté en una de las bancas al fondo del salón sacramental. Faltaban unos cuantos minutos para que empezara la reunión cuando alguien dijo mi nombre en voz baja. Volteé hacia la puerta, y ¡allí estaba Tiago!

“¿No te prometí que algún día vendría?”, me dijo. Asistió a la reunión sacramental y, para sorpresa mía, se quedó al resto de las reuniones y pareció complacido cuando le presenté a los misioneros. Comenzó a reunirse con ellos regularmente. Tiago y yo continuamos hablando al caminar a casa de la escuela, pero nuestras conversaciones eran sobre las verdades que él estaba aprendiendo. Pude responder preguntas y darle mi testimonio. Finalmente, obtuvo su propio testimonio y se unió a la Iglesia.

Actualmente soy misionera de tiempo completo en la Misión Brasil Santa María. Antes de salir al campo misional, Tiago también envió su solicitud para ser misionero de tiempo completo, y actualmente presta servicio en la Misión Brasil Manaus.

Hace poco recibí una carta de él. “Gracias por invitarme una y otra vez a ir a la Iglesia”, me escribió. “Estaré eternamente agradecido”. Estoy feliz no sólo de compartir el Evangelio cada día, sino también de saber que Tiago está haciendo lo mismo.

La autora vive en São Paulo, Brasil.

Pon a prueba estas once maneras fáciles de
compartir el Evangelio en conversaciones cotidianas.

EXTENDER INVITACIONES Y HACER EL SEGUIMIENTO

Si quieres compartir el Evangelio pero te sientes nervioso o no estás seguro de cómo hacerlo, este artículo es para ti. Compartir el Evangelio es mucho más que simplemente invitar a tus amigos a reunirse con los misioneros. Ésa es una muy buena idea, pero hay muchas otras cosas que puedes hacer para “invitar a las personas a venir a Cristo” (*Predicad Mi Evangelio: Una guía para el servicio misionero*, 2004, pág. 1). Y es más fácil de lo que piensas. Quizá una analogía de fútbol sea útil.

Los buenos jugadores saben cómo y en qué momento pasar la pelota a sus compañeros de equipo a fin de darles la oportunidad de avanzar. El invitar a las personas a aprender en cuanto al Evangelio es como pasar la pelota, excepto que en vez de darles la oportunidad de anotar un gol, les estás dando la oportunidad de venir a Cristo.

A continuación se presentan algunas ideas para ayudarte a comenzar. Ora pidiendo inspiración y sé creativo a medida que adaptas estas ideas para que se ajusten a los intereses y las situaciones de tus amigos. Y luego, ¡ánimalos!



Invita a un amigo a la Mutual

Tienes una amiga que está obsesionada con el deporte, así que, cuando te enteras de que la actividad de la Mutual de esta semana es una noche de deportes, te das cuenta que es la oportunidad perfecta para invitarla a ir contigo.

Invita a una amiga a ver la conferencia general contigo

Estás escuchando un discurso de la conferencia general en tu reproductor de MP3 mientras vas caminando a la escuela. Una amiga te pregunta qué estás escuchando y tú le dices la verdad: que estás escuchando las palabras de un profeta viviente de Dios. “¿Qué quiere decir eso?”, te pregunta tu amiga. Le explicas en cuanto a los profetas y apóstoles modernos y luego le preguntas a tu amiga si le gustaría escuchar junto contigo lo que esos líderes van a decir en abril.

Comparte un artículo de la revista *Liahona*

Uno de los artículos de un número reciente de la revista *Liahona* te recuerda una conversación que tuviste con uno de tus amigos. Le compartes tu ejemplar de la revista (o un vínculo para que lo vea en línea) y lo invitas a leer el artículo.

Dile a alguien en cuanto al Libro de Mormón

Tu barrio tiene la meta de leer el Libro de Mormón antes de que termine el año, por lo que llevas tus Escrituras a la escuela. Una de tus amigas ve tu libro y te pregunta de qué se trata, así que le explicas lo que es el Libro de Mormón y compartes con ella tu testimonio del libro.

Lee la historia de Kenneth más adelante en este artículo para ver lo que sucedió cuando vio a una miembro de la Iglesia con un Libro de Mormón en la escuela.



INVITAR Y HACER EL SEGUIMIENTO

“Es mi testimonio que al trabajar juntos para buscar personas a quienes enseñar, invitar y hacer el seguimiento con confianza y fe, el Señor estará contento con nosotros y miles de los hijos de Dios encontrarán propósito y paz en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días”.

Élder M. Russell Ballard, del Quórum de los Doce Apóstoles, “Hacer el seguimiento”, *Liahona*, mayo de 2014, pág. 81.

Invita a un amigo a ir a un baile de la Iglesia

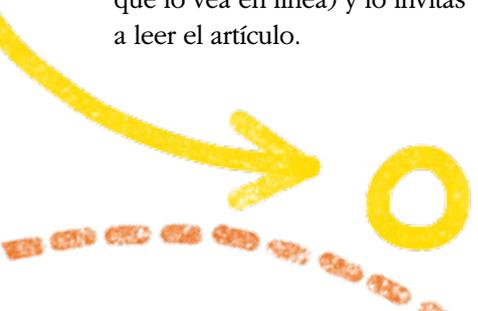
Tu mejor amigo te invita a pasar la tarde con él el viernes, pero esa noche tienes un baile de la Iglesia. En vez de rechazar su invitación, ¡lo invitas al baile!

Invita a un amigo a la Iglesia

Se te pidió enseñar parte de una lección el domingo. Cuando una amiga te pregunta lo que vas a hacer durante el fin de semana, en vez de omitir tus planes para el domingo, le explicas que vas a enseñar parte de una lección en la Iglesia. Tu amiga siente curiosidad, por lo que la invitas a ir contigo para que te escuche mientras enseñas.

Muestra Mormon.org a tus amigos

Tus amigos tienen muchas preguntas en cuanto a nuestras creencias, por lo que les enseñas Mormon.org a fin de ayudarles a encontrar la respuesta a sus preguntas.





PEQUEÑOS PASOS POR EL CAMINO DE LA CONVERSIÓN

El primer día que estuve en mi nueva escuela, observé a una joven que era diferente a los demás. Su vida en casa era difícil y los otros alumnos siempre la molestaban. Puesto que su casillero estaba junto al mío, al poco tiempo la llegué a conocer mejor. Era buena, pero tenía la mala costumbre de decir palabrotas.

Le expliqué mis creencias y las normas que se enseñan en *Para la Fortaleza de la Juventud* y se interesó mucho. La invité a la Mutual durante varias semanas y se esforzó mucho por superar el hábito de decir palabrotas.

Con el tiempo, le di un ejemplar de *Para la Fortaleza de la Juventud* y uno de *Leales a la Fe*. Al día siguiente, me dijo en la escuela que había aprendido muchísimas cosas nuevas en esos dos libritos. La invité a la Mutual esa noche, y después, mientras limpiábamos, me dijo: “Hannah, ¿me puedo bautizar?”.

Me quedé paralizada. Nunca había ayudado a alguien a unirse a la Iglesia. Por un momento sólo me quedé allí parada; no podía hablar. Pero finalmente la tomé de la mano y la llevé con un miembro de la presidencia de Hombres Jóvenes, el cual ayudó a mi amiga a ponerse en contacto con los misioneros para que pudiera empezar a prepararse para el bautismo.

Me sentí muy bien porque mi amiga había decidido bautizarse. El pensar que yo la había ayudado a lo largo del camino de la conversión fue maravilloso, e inmediatamente empecé a pensar en maneras de ayudar a otras personas a seguir el mismo camino.

Hannah Christensen, Idaho, EE. UU.

Comparte un pasaje de las Escrituras en un mensaje de texto

Durante tu estudio de las Escrituras de la mañana, lees un versículo que le ayudaría mucho a una amiga que ha estado teniendo dificultades últimamente. Le mandas un mensaje de texto informándole que has estado pensando en ella y que encuentras un pasaje de las Escrituras que quizá le agrade.

Invita a alguien a cenar

¡Papá va a cocinar su afamado espagueti esta semana! Ves a un nuevo alumno en la escuela que no parece tener muchos amigos, por lo que decides invitarlo a cenar con tu familia. Si es lunes por la noche, quizá hasta lo puedes invitar a que se quede para la noche de hogar después de la cena.

Pídele a un amigo o amiga que te ayude a trabajar en un proyecto del Progreso Personal o de Mi Deber a Dios

Cuando estás planificando tu proyecto grande, te das cuenta de que necesitas ayuda, por lo que decides pedirle ayuda a algunos de tus amigos que no son miembros. Ello te dará la oportunidad de explicarles por qué prestas servicio, y además, pueden divertirse al prestar servicio juntos.

Dale a un amigo el librito *Para la Fortaleza de la Juventud*

Si un amigo te pregunta por qué vives ciertas normas, dale un ejemplar de *Para la Fortaleza de la Juventud* y dile cómo el vivir las normas te ha ayudado a sentirte más feliz.

Lee la historia de Hannah en este artículo para ver la forma en que compartió ese librito con una amiga.

¿TE GUSTARÍA SABER MÁS SOBRE MI RELIGIÓN?

Percibí algo diferente en Apryl; no sabía exactamente qué era, pero fuera lo que fuera, era algo bueno. Con el tiempo descubrí que era Santo de los Últimos Días.

Un día, durante el almuerzo, me senté en una mesa vacía; no había nadie, excepto por los libros de Apryl que estaban apilados sobre la mesa. Encima de la pila estaba el Libro de Mormón. Estiré la mano y lo tomé.

“Estoy mirando tu libro”, le dije a Apryl cuando llegó unos minutos después con su almuerzo. “Está bien”, me dijo, con una expresión algo sorprendida.

Leí unas cuantas páginas y quedé fascinado. Yo creía en Dios, pero también me consideraba ser una

persona orientada hacia la ciencia. Sin embargo, lo que leí me sonaba como que era verdad; realmente pudo haber sucedido. Y si realmente había sucedido, ¿entonces qué? Pensar en ello me conmovió el alma.

Cuando se terminó la hora del almuerzo, le devolví el libro a Apryl y me fui a la siguiente clase. Lo que había leído en el Libro de Mormón me había conmovido, pero todavía era demasiado tímido para hablarle al respecto.

Unas semanas después, Apryl se me acercó durante una sesión de estudio independiente con una mirada seria en el rostro. “¿Estás realmente interesado en saber más sobre mi

religión?”, me preguntó. Si lo estaba, y se lo dije. “Hay una reunión especial este viernes para las personas que quieren saber más sobre nuestra Iglesia”, me dijo. “Estaba pensando si querrías ir”.

Sí quería. En la reunión, el presidente de misión explicó algunas doctrinas básicas de la Iglesia y todo lo que dijo tuvo sentido. Al poco tiempo, empecé a recibir las lecciones misionales. No me convertí al instante, pero después de ayunar y orar, recibí mi testimonio y me bauticé.

Mi vida es muy diferente de lo que hubiera sido si no hubiera aceptado el Evangelio restaurado; y es una diferencia buena.

Kenneth Hurst, Alabama, EE. UU.

No olvides hacer el seguimiento

Después de invitar, el siguiente paso es hacer el seguimiento. En fútbol, los mejores jugadores saben que su función no termina una vez que pasan la pelota; es necesario que se mantengan en movimiento y que eviten que la defensa los marque.

El hacer el seguimiento puede ser tan sencillo como preguntarle a tu compañera lo que pensó en cuanto al pasaje de las Escrituras que compartiste con ella, o lo que sintió tu amiga después de ir a la Iglesia contigo.

Si deseas leer un ejemplo de la forma en que hacer el seguimiento cambió la vida de un joven, lee la historia de Kenneth.

Cuando haces el seguimiento después de haber invitado a otras personas a aprender en cuanto a tus creencias, estás demostrando que te interesas en su felicidad. Ellos percibirán tu deseo sincero de ayudar y se sentirán cómodos para hacerte más preguntas en el futuro. ■



*¿Era éste un secreto
que Luisa debía
guardar?*

Contar

Por David Dickson

Revistas de la Iglesia

Basado en una historia verdadera

*“Como os he amado, amad a otros”
 (“Amad a otros”, Himnos, N° 203).*

Luisa cerró el libro de Matemáticas cuando sonó la campana; de todas formas, no se había podido concentrar en los problemas durante la última hora.

Todos los otros alumnos salieron corriendo, pues era la última clase del viernes. Por lo general, Luisa también se alegraba por el fin de semana; pero hoy, desde el almuerzo, lo único que sentía era preocupación. Fue durante el almuerzo que su mejor amiga, Carlotta, le había hecho una pregunta: “¿Puedes guardar un secreto?”.

En ese momento, Luisa se había acercado y había asentido con entusiasmo; a ella le gustaba guardar secretos. Estaba segura de que Carlotta le iba a contar de algún chico guapo que le gustaba; pero el secreto de Carlotta no era para nada divertido.

Una voz interrumpió los pensamientos de Luisa; parpadeó y levantó la vista del pupitre.



SECRETOS



“...un amigo demuestra interés; un amigo ama; un amigo escucha y un amigo hace lo posible por ayudar”.

Presidente Thomas S. Monson, “Al rescate”, *Liahona*, julio de 2001, pág. 59.

“¿Tienes alguna pregunta en cuanto a la tarea, Luisa?”, le preguntó la maestra. Todos los otros alumnos ya habían salido del salón.

“No”, contestó Luisa. Miró a la maestra a los ojos; se lo *tenía* que contar a alguien; pero Carlotta le había hecho prometer que no lo haría.

“Tengo que llegar al autobús”, dijo Luisa apresurada; se puso el abrigo y salió corriendo al frío aire de invierno.

En todo el camino a casa, Luisa se sentía tan nerviosa que casi no lo podía soportar; sentía presión en el pecho, como si no pudiera respirar.

Luisa no podía dejar de pensar en el secreto de Carlotta. Durante el almuerzo, Carlotta le dijo que había estado haciendo algo peligroso. Luisa todavía casi no podía creer lo que había oído. ¡Creía que conocía a su mejor amiga!; no se podía imaginar que Carlotta estuviera haciendo algo tan alarmante. Cuando terminó el almuerzo, Carlotta hizo que Luisa prometiera que nunca se lo contaría a nadie.

¿Pero y si Carlotta se hiciera daño? En el autobús, Luisa intentó no hacer caso a las risas y las voces a su alrededor al cerrar los ojos y orar en su corazón.

“Por favor, Padre Celestial, ayúdame a saber qué hacer; no quiero que mi amiga se enoje conmigo, pero tampoco quiero que le ocurra nada malo. En el nombre de Jesucristo. Amén”.

Caminar hasta casa le pareció más largo de lo normal. ¿Podría darse cuenta su mamá de que ocurría algo malo cuando Luisa llegara a casa? ¿Qué debía decir?

Al mirar la nieve en el suelo, Luisa recordó la lucha con bolas de nieve que ella y Carlotta habían tenido con algunos niños en el parque la semana anterior. ¡Fue muy divertido! Pensó en las otras cosas que a ella y a Carlotta les encantaba hacer juntas. Pasar tiempo juntas. Hacer caminatas. Hacer la tarea de la escuela. Jugar deportes.

¿Qué pasaría si Luisa contara el secreto y Carlotta ya no quisiera ser su amiga? El pensarlo hizo que a Luisa

se le retorciera el estómago aún más.

Entonces se le ocurrió otra idea. Lo más importante por ahora era lo que fuera mejor para *Carlotta* y no lo que Carlotta pudiera pensar en cuanto a *ella*. Carlotta necesitaba una verdadera amiga, una amiga que la ayudara a mantenerse fuera de peligro. Luisa sabía que Jesús siempre hacía lo que era mejor para los demás, aunque algunas personas no estuvieran contentas con Él.

Sabía lo que debía hacer; tenía que hablarle de ello a su mamá. Además, llamaría a Carlotta y le diría lo preocupada que estaba y que un adulto tenía que ayudar. Quizás entonces Carlotta también hablaría con su mamá.

Luisa sintió alivio en el corazón mientras se dirigía a la puerta de su casa.

“¿Mamá?”, llamó cuando entró; “¿podemos hablar?”

Tal vez Carlotta se enojara, pero Luisa sabía qué era lo que debía hacer: Sería una verdadera amiga.

Algunos secretos eran demasiado importantes como para guardarlos. ■

Por Jan Pinborough
Revistas de la Iglesia

¿CUÁNDO debo decir algo?



Si alguien está—

Jugando a algo peligroso
Tomando medicamentos que
no son suyos
Comiendo, bebiendo o aspirando algo extraño
Haciendo daño a su cuerpo
Haciendo algo que no quiere que sepan los adultos

Si alguien—

Intenta que tú hagas algo de lo que aparece en la lista anterior
Te enseña imágenes de personas sin ropa
Te pide que mires o toques su cuerpo, o que le dejes mirar o tocar tu cuerpo
Te pide que guardes un secreto en cuanto a algo que te hace sentir mal
Te está acosando o hablando de manera irrespetuosa a ti o a otra persona, ya sea
en persona, en mensaje de texto o en línea

Si algo—

Te hace sentir inseguro
o incómodo
Parece no estar bien o
te da un sentimiento
de temor

Escucha al Espíritu Santo y
confía en tus sentimientos!

¿A quién se lo debo decir?

A un padre, abuelo o tutor legal
A un maestro o consejero de la escuela
A un maestro o líder de la Iglesia
A un hermano o una hermana mayor
A un doctor
A un amigo que te pueda ayudar a contárselo a un adulto

No tienes por qué sentirte solo con un secreto. Un adulto te puede ayudar a saber qué hacer. Sigue contándolo a las personas hasta que recibas la ayuda que necesitas.

¡Sé valiente! Eres fuerte. ¡Hablar del asunto puede ayudar a mantenerte a ti y a otros a salvo! ■



Por el élder Robert D. Hales
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Los miembros del Quórum de los Doce Apóstoles son testigos especiales de Jesucristo.

¿Por qué debemos **ESCUCHAR** la conferencia general?



ILUSTRACIÓN POR ANDREW BOSKEY.

De "La conferencia general: Fortalece la fe y el testimonio", Liahona, noviembre de 2013, págs. 6–8.

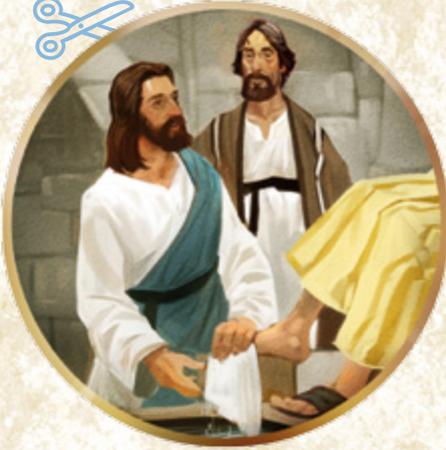
Les prometo que, si prestan atención, sentirán el Espíritu.

Podemos oír la palabra del Señor dirigida directamente a nosotros.

Por medio de las conferencias generales, nuestra fe se fortalece y nuestro testimonio se hace más profundo.

Si oran con verdadero deseo de escuchar la voz del Padre Celestial en los mensajes de esta conferencia, descubrirán que Él ha hablado para ayudarlos.

Jesucristo nos dio el ejemplo perfecto para que lo sigamos. Puedes usar esta actividad para aprender más acerca de Él y para prepararte para la Pascua de Resurrección. Empieza con el número 1, el domingo antes de la Pascua de Resurrección. Cada día, lee acerca de Jesús y contesta la pregunta; después, recorta la imagen que corresponde y añádela al cuadro.



Preparándonos Pascua

1

1. Jesús lavó los pies de Sus discípulos y los consoló diciéndoles: “No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27). ¿Qué podrías hacer hoy para servir o consolar a un amigo?

2. Durante la Última Cena, Jesús enseñó a Sus discípulos a tomar la Santa Cena. Él les dijo: “...haced esto en memoria de mí” (Lucas 22:19). ¿De qué manera puedes ser más reverente durante la Santa Cena?

2

3

3. Cuando Jesús comenzó la Expiación en el Jardín de Getsemaní, hizo lo que el Padre Celestial quería que hiciera, aunque fue muy difícil. Él oró: “...no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). ¿De qué manera puedes ser más obediente en la Iglesia, la escuela o en casa?

para la de Resurrección

4

4. Cuando las personas le hicieron daño a Jesús durante la Crucifixión, Él dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). ¿Por qué es importante perdonar a otras personas?

5. Jesús se aseguró de que alguien se ocupara de Su madre cuando Él muriera. Él le dijo a Juan: “He ahí tu madre”, es decir, que tratara a María como si fuera su propia madre (Juan 19:27). ¿Qué podrías hacer hoy para ayudar a tus padres o a los que cuidan de ti?

5

6

6. Poco antes de morir, Jesús oró al Padre Celestial y dijo: “...en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46). ¿Qué puedes hacer para que tus oraciones sean más especiales?

7. Después de que murió, ¡Jesús volvió a vivir! Ésa es la razón por la que celebramos la Pascua de Resurrección. Cristo visitó a Sus discípulos después de la Resurrección y dijo: “...no seas incrédulo, sino creyente” (Juan 20:27). ¿Por qué es tan importante la Pascua de Resurrección?

7



Entendimiento

Basado en una entrevista por
Richard M. Romney

Revistas de la Iglesia

Me llamo Magnolia. Voy a un barrio donde hablamos español. Un día, Mia fue a mi clase de la Primaria. Ella sólo habla inglés; yo quería que Mia se sintiera bienvenida, así que decidí ayudarla. ¡Yo sería su intérprete!

MUCHO EN COMÚN

Las dos nos acabamos de bautizar y de ser confirmadas; a las dos nos gusta la música, especialmente los himnos y las canciones de la Primaria; a las dos nos gusta la noche de hogar, y a las dos nos gusta leer las historias de la revista Liahona.

MANTENER EL RITMO

Al principio era difícil mantener el ritmo cuando estaba interpretando para Mia, pero después los maestros hablaron más despacio para darme tiempo. Todos nos sentimos bien de poder ayudar a Mia.

Un intérprete traduce las palabras que alguien está hablando en un idioma diferente.

¡AYÚDANOS!

¿Cómo demuestras tu amor al servir a otras personas?

Traza tu mano y mándanos tu historia y tu fotografía, junto con el permiso de tus padres. Visita liahona.lds.org o manda un correo electrónico a liahona@ldschurch.org.

MAGNOLIA

INMEDIATO

UNA RESPUESTA AL OÍDO

Me llamo Mia. Mis padres hablan español, así que fuimos a un barrio donde se habla español. Yo no entendía lo que la gente decía, y Magnolia vio que yo estaba frustrada. Fue a sentarse a mi lado y me susurraba al oído en inglés.



CÓMO PUEDES AYUDAR

Consejos de Mia y de Magnolia:

Si alguien:

- Es nuevo en la Iglesia o en la escuela, ayuda a que se sienta bienvenido.
- No va mucho a la Iglesia, invítalo a ir contigo.
- Está sufriendo acoso escolar, defiéndelo. Díselo a tu maestro.
- Parece sentirse solo, invítalo a estar contigo.
- Necesita un amigo, pídele que sea tu amigo. Con el permiso de tus padres, invítalo a tu casa a jugar.

Si hablas más de un idioma, ofrécete para interpretar.

BUENAS AMIGAS

Después de la Primaria, le pregunté a Magnolia si sería mi amiga y dijo que sí. Desde entonces, Magnolia fue mi amiga y mi intérprete. También me ayudó a hacer otros amigos.

HAZ LO QUE HARÍA JESÚS

Todos pueden ayudar a otras personas, igual que Magnolia me ayudó a mí. Ora. El Padre Celestial te ayudará a saber a quién ayudar. Es como la canción, "Con el Salvador al lado" (Bosquejo del Tiempo para compartir de 2008, pág. 11). Podemos intentar hacer lo que Jesús quería que hiciéramos. ■

MIA

El relato del hombre prudente y del hombre insensato

¿QUÉ ES UNA PARÁBOLA?

Una parábola es un tipo especial de relato; trata de cosas sencillas, como una tormenta o una perla, que son conocidas. Jesús contó parábolas para ayudar a las personas a entender verdades espirituales. En Mateo 13:44–46 se encuentra una parábola. ¿Qué enseña en cuanto a lo valioso que es el Evangelio? ¿Puedes encontrar otras parábolas?

Por Jean Bingham

Un día, Jesús quería enseñar a las personas cómo mantenerse fuertes aun cuando ocurren cosas difíciles. Les contó un relato en cuanto a una fuerte tormenta, un hombre prudente y un hombre insensato. Cuando llegó la tormenta, la casa del hombre sensato no se cayó porque estaba edificada sobre la roca; pero la casa del hombre insensato se cayó porque estaba edificada sobre la arena.

Jesús estaba enseñando lo importante que es tener fe en Él y seguir Sus enseñanzas. Cuando edificamos un testimonio fuerte, seremos lo suficientemente fuertes para mantenernos firmes, sin importar las cosas difíciles que ocurran. ■

La autora vive en Utah, EE. UU.

¿ROCA O ARENA?

Escribe en tiras de papel actividades como las que aparecen a continuación. Tomen turnos para escogerlas y leerlas en voz alta. Analicen por qué hacer cada una de ellas sería como edificar una casa sobre la roca o sobre la arena. ¿En qué forma el escuchar a los profetas nos puede ayudar a seguir las enseñanzas de Jesús y a tomar buenas decisiones?

Leer las Escrituras juntos	Hacer trampas en la tarea de la escuela
Aceptar un desafío	Incluir a alguna persona que sea nueva
Ir a la Iglesia	Decir malas palabras
Culpar a otra persona de un error	Jugar con un hermano o hermana
Hacer la tarea escolar	Compartir con otras personas
Mostrar respeto por los demás	Pasar muchas horas en juegos de la computadora
Decir la verdad	Tomar algo que no sea tuyo
Quedarse callado cuando estén molestando o acosando a alguien	Orar todas las mañanas y todas las noches
Escuchar la conferencia general	Incluir a alguien a quien se rechaza

ARTE DE ROCAS

Elige una roca lisa. Con rotulador o pintura, escribe en ella "Jesucristo". Habla de por qué es tan importante edificar nuestra vida basándonos en Sus enseñanzas. Coloca la roca en un lugar donde la puedas ver a menudo.



CONSEJO DE LAS ESCRITURAS

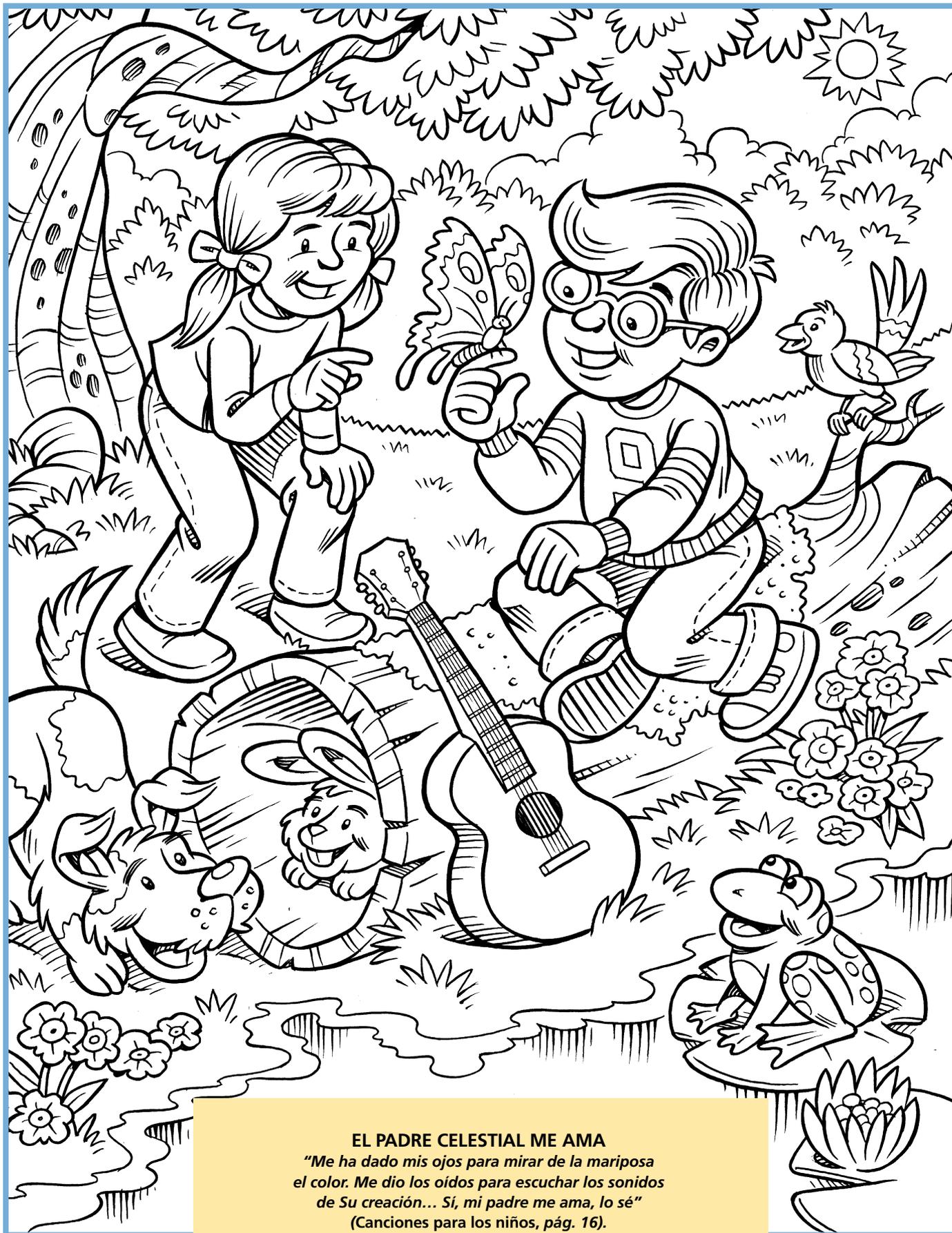
El Libro de Mormón nos puede ayudar a entender el Nuevo Testamento. Lee Helamán 5:12. ¿Qué aprendiste sobre el significado de la palabra *roca* al leer ese versículo? Busca "Roca" en la Guía para el Estudio de las Escrituras para ver si puedes encontrar otros versículos que te ayuden a entender más.

CONVERSACIÓN FAMILIAR

Lean juntos Mateo 7:24–29. También podrían hacer un dibujo del relato y después podrían hablar en cuanto a estas preguntas: ¿Qué cosas en nuestra vida son como la lluvia y el viento? ¿En qué forma el tomar decisiones de acuerdo a lo que es popular podría ser semejante a edificar una casa sobre la arena? ¿Cómo el seguir las enseñanzas de Jesús nos protege y nos hace tan fuertes como una casa edificada sobre la roca? Hablen en cuanto a las formas en que pueden edificar su fe en Jesucristo.

Canción: "El sabio y el imprudente" (*Canciones para los niños*, pág. 132)

Escritura: Mateo 7:24–29



EL PADRE CELESTIAL ME AMA

*"Me ha dado mis ojos para mirar de la mariposa
el color. Me dio los oídos para escuchar los sonidos
de Su creación... Sí, mi padre me ama, lo sé"*
(Canciones para los niños, pág. 16).



ESCRITURAS bajo las estrellas

Por Bonnie L. Oscarson

Presidenta General de las
Mujeres Jóvenes



“...por medio del Espíritu sé que [las Escrituras] son la verdad” (Canciones para los niños, pág. 66).

Cuando era pequeña, a mis hermanos y a mí nos gustaba dormir afuera durante el verano. Colocábamos nuestros sacos de dormir en el porche y entonces buscábamos constelaciones de estrellas y escuchábamos los grillos mientras nos dormíamos.

Una noche, mi hermano mayor, Larry, y yo nos encontrábamos en el porche; nos tendimos y nos pusimos a ver las estrellas. A Larry, por lo general, no le gustaba hablar mucho, pero esa noche dijo que me quería contar algunas historias. Me

contó relatos del Libro de Mormón, comenzando con el de Lehi y su familia cuando salieron de Jerusalén.

Yo ya había oído relatos del Libro de Mormón en la Primaria, pero cuando Larry los contaba, era diferente; parecían más reales. Al mirar las estrellas y escuchar a mi hermano, sentía calidez y felicidad en mi interior. Aunque en aquel entonces no lo sabía, estaba sintiendo el Espíritu Santo decirme que el Libro de Mormón era verdadero.

Unos meses después, encontré en nuestra casa un libro de relatos ilustrados del Libro de Mormón. Cuando comencé a leer, tuve el mismo sentimiento de calidez y

consuelo que había tenido cuando Larry me contó las mismas historias.

Años después, cuando intentaba decidir si tenía un testimonio, me sentí un poco decepcionada porque nunca había tenido una respuesta grande o fuerte. ¿Significaba eso que no tenía un testimonio? Entonces recordé cómo me sentí cuando mi hermano me contó relatos del Libro de Mormón, y supe que *sí* sabía que la Iglesia era verdadera.

Un testimonio no siempre llega en un gran momento; normalmente, llega en muchos momentos pequeños y tranquilos, cuando el Espíritu Santo nos susurra que esas cosas son verdaderas. ■

Dormir el sábado y sonreír el domingo

Por Miche Barbosa

Basado en una historia real

“Siempre me siento feliz cuando a la Iglesia voy” (Children’s Songbook, pág. 157).

Mara le encantaba hacer sonreír a las personas; hacía sonreír a su maestra de la escuela cuando levantaba la mano para hacer preguntas; hacía sonreír a su hermana, Marcella, cuando le decía cosas amables.

Entonces Mara también sonreía. Se sentía bien al ayudar a otras personas a ser felices.

Pero había un tiempo de la semana en que Mara casi

nunca sonreía; ese tiempo era el domingo temprano por la mañana; era cuando Mara y Marcella siempre estaban más cansadas. El tener que apresurarse para prepararse para ir a la Iglesia las hacía estar aún más malhumoradas. Entonces estaba el largo camino a la Iglesia que ¡era de más

de un kilómetro y medio de distancia! Mara y Marcella con frecuencia llegaban tarde y se perdían la primera parte de la Primaria.

“Las extrañamos cuando no están aquí a tiempo”, dijo un





día la hermana Lima. Ella era la presidenta de la Primaria de su barrio en Brasil.

Mara sabía que debía llegar a la Iglesia a tiempo, pero, ¿cómo? Entonces tuvo una idea. La noche del siguiente sábado decidió intentar algo nuevo; en lugar de comer golosinas a la hora de acostarse después de la cena, Mara se cepilló los dientes. Casi todos los días, la mamá tenía que recordar a las niñas que apagaran el televisor y se fueran a acostar. Incluso entonces, jugaban y susurraban bajo las sábanas hasta tarde en la noche. A veces se quedaban hasta tan tarde que al día siguiente casi no podían mantener los ojos abiertos y tenían que moverse para evitar quedarse dormidas.

Esa noche, Mara se puso los pijamas y se metió de inmediato en la cama. La mamá ni siquiera

le tuvo que recordar. Comenzó a mirar las imágenes al principio de su Libro de Mormón.

“¿Qué haces?”, preguntó Marcella.

“Una prueba”, dijo Mara. Tenía la mente llena de pensamientos felices y ya se sentía somnolienta.

Para cuando Mara se dio cuenta, el sol se asomaba por la ventana. Casi era hora de

prepararse para ir a la Iglesia. En vez de sentirse mal, Mara se sentía muy bien; no se sentía

soñolenta ni se sentía cansada.

Llegó a la Primaria incluso antes que algunas de las líderes.

“Gracias por ser tan buen ejemplo para los otros niños”, dijo la hermana Lima.

Ahora le tocaba sonreír a Mara. Decidió que siempre se iría a acostar temprano el sábado; de esa forma, podría repartir sonrisas todo el domingo. ■

La autora vive en Utah, EE. UU.





Por el élder
Orson F. Whitney
(1855–1931)

Del Quórum de
los Doce Apóstoles

EDIFICADOS SOBRE LA ROCA

No hay libro que sea lo suficientemente grande ni bueno para presidir esta Iglesia.

Hace muchos años, vino a Utah un sabio clérigo de [otra] iglesia... Había asistido a una reunión sacramental “mormona”, y criticó mucho nuestro método de administrar la Santa Cena del Señor, en particular por usar agua en vez de vino para tales ocasiones. Comentó que se estremeció cuando vio a la gente beber el agua, y señaló el hecho, ya que es un hecho, que según la Biblia, cuando el Salvador instituyó la Santa Cena entre los judíos, usó vino, declarando que era Su sangre, o que representaba Su sangre. Yo podría agregar que en el Libro de Mormón también se afirma que el Salvador usó vino al instituir la Santa Cena entre los nefitas.

Mi... amigo, lo supiera o no, había dado en el clavo respecto a la gran característica distintiva que diferencia a la Iglesia de Dios de todas las demás iglesias del mundo, que es ésta: mientras que ellas están fundadas sobre libros, tradiciones y los preceptos de los hombres, esta Iglesia está fundada sobre la roca de Cristo, sobre el principio de la revelación inmediata y continua. Los Santos de los Últimos



Días no hacen las cosas por el hecho de que estén impresas en un libro [de Escritura]; no hacen las cosas porque Dios les dijo a los judíos que las hicieran, ni hacen nada ni dejan de hacerlo a causa de instrucciones que Cristo haya dado a los nefitas.

Cualquier cosa que esta Iglesia haga [oficialmente] es debido a que Dios, Quien habla desde los cielos en estos días, ha mandado que se haga... Ésa es la constitución de la Iglesia de Cristo. Si en los emblemas de la Santa Cena del Señor usamos agua en vez de vino, es porque Cristo así lo ha mandado [véase D. y C. 27:1–4].

La revelación divina se adapta a las circunstancias y a las condiciones de los hombres, lo que da lugar a cambio tras cambio, a medida que la obra progresiva de Dios sigue adelante hacia su destino. No hay libro que sea lo

suficientemente grande ni bueno para presidir esta Iglesia.

Al decir esto, lo hago con toda la debida reverencia por la palabra escrita de Dios, la que está impresa en los libros, una porción de la cual podrá ser obsoleta tras haber cumplido su propósito y haberse colocado en el estante [como sacrificios de animales; véase 3 Nefi 9:19–20], mientras que la otra parte es convincente, llena de vida, y pertinente a nuestro estado presente... a nuestro actual grado de desarrollo. No obstante, incluso esta parte se debe interpretar correctamente. Ningún hombre ha de abogar por lo que está en los libros, ante el portavoz de Dios, quien habla por Él e interpreta Su palabra [véase D. y C. 1:37–38]. El tomar esa postura es preferir escritos muertos en vez de las palabras del oráculo viviente, lo cual es siempre una postura falsa.

Lo que el Señor dijo a los judíos y a los nefitas hace dos mil años, o lo que dijo a los Santos de los Últimos Días hace cincuenta o sesenta años, no tiene ninguna validez en esta época a menos que concuerde con la revelación actual, con las instrucciones más recientes que el Señor ha dado a Su pueblo a través de Su siervo o siervos escogidos o señalados; y aquellos que hagan caso omiso de este hecho podrían meterse en dificultades. ■

De un discurso pronunciado en la Conferencia General del 7 de octubre de 1916, según se reimprimió en “Edificados sobre la Roca”, Liahona, junio de 2010, págs. 12–13.

PERSPECTIVAS



¿Cuál es la función del padre en la crianza de los hijos?

“Los padres dan bendiciones y efectúan ordenanzas sagradas para sus hijos, las cuales llegarán a ser puntos culminantes espirituales en su vida. Los padres se ocupan personalmente de estar a cargo de las oraciones familiares... Los hijos nunca olvidarán los recuerdos de esos tiempos especiales que pasaron juntos. Los padres efectúan charlas con cada uno de sus hijos y les enseñan principios del Evangelio. Los padres enseñan a los hijos y las hijas el valor del trabajo y les ayudan a establecer metas dignas en su vida. Los padres dan el ejemplo de prestar servicio fiel en el Evangelio. Por favor tengan presente, hermanos, su sagrado llamamiento como un padre en Israel —su llamamiento más importante en esta vida y por la eternidad”.

Reúnase con su familia, amigos y vecinos

para la Conferencia General Anual N° 185 de
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

4 y 5 de abril de 2015: Sesiones generales para todos los miembros

28 de marzo de 2015: Sesión general de mujeres para las mujeres y niñas a partir de los ocho años

4 de abril de 2015: Sesión del sacerdocio para los hombres y los niños a partir de los doce años

Todas las sesiones se llevan a cabo en el Centro de Conferencias de Salt Lake City, Utah, EE. UU., y se transmiten a centros de reuniones alrededor del mundo. Puede ver o escuchar la conferencia en vivo en muchos idiomas en LDS.org y en algunos idiomas en BYUtv, plataformas del Canal Mormón y el canal de YouTube de la conferencia general SUD. Archivos de los discursos estarán disponibles en las aplicaciones de LDS.org y Biblioteca del Evangelio.

